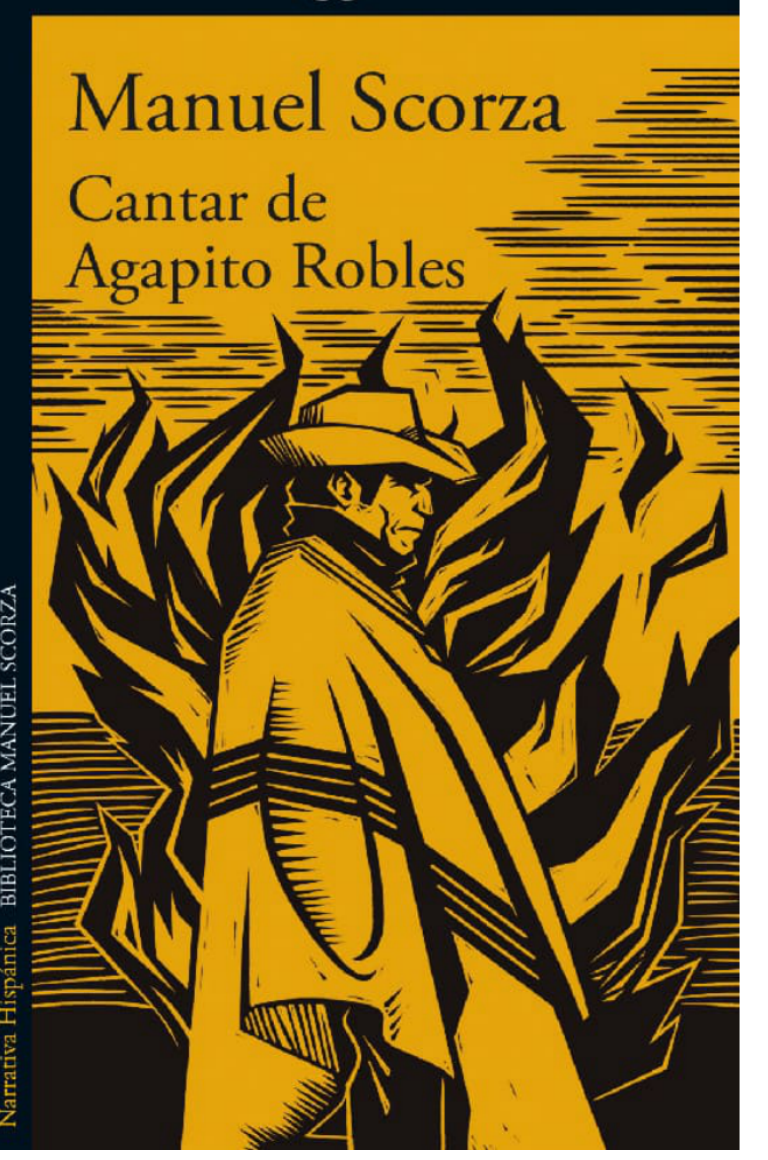

Manuel Scorza
Cantar de
Agapito Robles
Narrativa Hispánica BIBLIOTECA MANUEL SCORZA

Es temporada de masacre en Yanacocha, pueblo a más de cuatro mil metros de altura, en los Andes centrales del Perú. Sin embargo, la inminencia de la desgracia no disuade a su personero, Agapito Robles, quien ha decidido —revestido con su ígneo poncho y su orgullo intacto— recuperar las tierras tomadas por la hacienda Huarautambo, propiedad del todopoderoso Juez Montenegro, cuyas ubicuas atribuciones incluyen el domino de la naturaleza y del tiempo. La determinación, el coraje, la entereza de Agapito y de los personajes que lo acompañan configuran una historia tan memorable como ejemplar.

«Cantar de Agapito Robles» es la cuarta balada del ciclo «La guerra silenciosa», pentalogía del poeta, narrador y editor Manuel Scorza que narra la gesta de las comunidades campesinas en sus luchas por el reconocimiento de la propiedad de sus ancestrales tierras y por la dignidad. Esta es una historia que está basada en sucesos reales, pero que surca al unísono las vigorosas llamas de la crónica, la farsa y la epopeya gracias a su fuerza narrativa y poder poético.



Manuel Scorza

Cantar de Agapito Robles

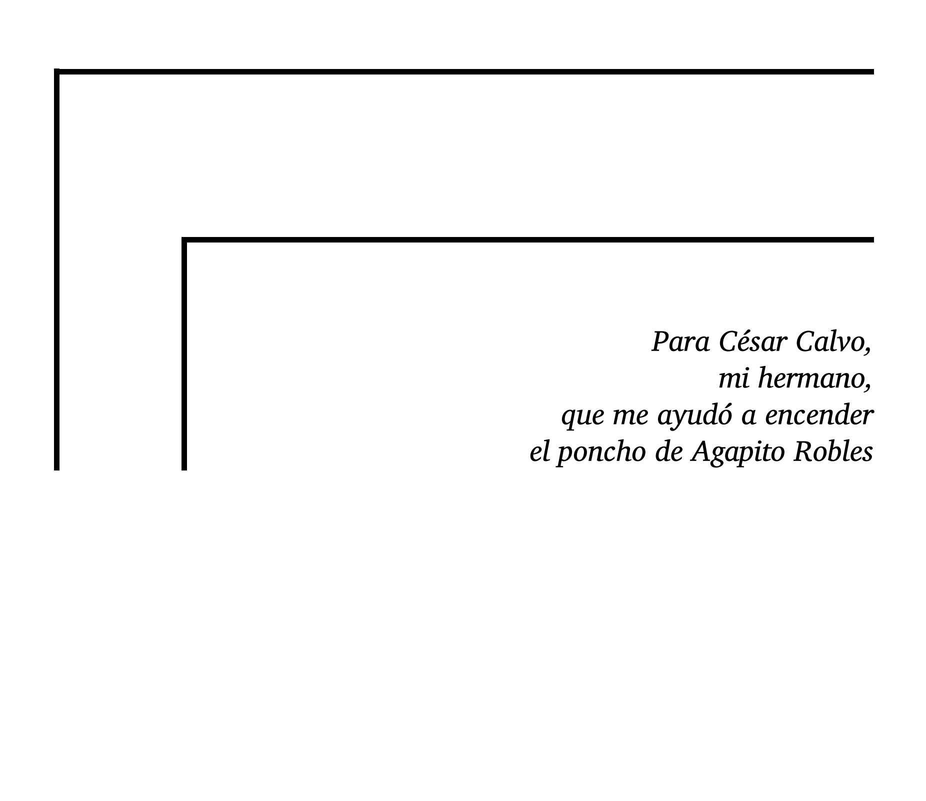
La guerra silenciosa - 4

ePub r1.0
Duard 25.10.2024

Título original: *Cantar de Agapito Robles*
Manuel Scorza, 1977

Editor digital: Duard
ePub base r2.1





Para César Calvo,
mi hermano,
que me ayudó a encender
el poncho de Agapito Robles

Prólogo
Saturados de realidad y trascendencia: la encrucijada de *Cantar de Agapito Robles*

La reedición de *Cantar de Agapito Robles* invita a pensar —desde el momento literario, político e histórico actual— el complejo proyecto narrativo de su autor. También a revisar, con una nueva mirada y sensibilidad, los materiales en los que se basó: el problema de la tierra, el racismo, la tiranía gamonal, la destrucción del medio ambiente, y las cruentas luchas entre las comunidades campesinas y los poderes económicos, políticos y religiosos en los Andes peruanos.

En las ficciones de Manuel Scorza —como en las de José María Arguedas y en los ensayos de José Carlos Mariátegui— estos problemas eran manifestación de una arraigada herencia colonial, de la ausencia de una noción democrática de ciudadanía y de la crisis permanente de las instituciones republicanas. Dichos problemas se extendían al campo cultural. Se manifestaban como tenaces desencuentros entre la cultura oral y la escrita; como encarnizadas luchas entre modelos económicos individualistas y colectivistas; y como un polarizado antagonismo entre la razón instrumental tecnocientífica y formas populares de pensamiento mítico.

Para Scorza, en su pentalogía *La guerra silenciosa*, narrar los conflictos sociales en los Andes supuso un desafío ante todo formal: *Cantar de Agapito Robles* es el resultado de un procedimiento narrativo poético, arriesgado y polémico.

El texto tiene un afán realista. Se basa en documentos, testimonios y en la propia experiencia del autor. Agapito Robles es —actualmente tiene 93 años— un reconocido líder campesino de Yanacocha. Scorza lo entrevistó e incluso consultó el «Libro de actas de la comunidad de Yanacocha». En la novela se hace evidente esta huella documental; por eso, los archivos legales tienen una presencia significativa (el mismo Agapito es un personero, un

«letrado»). Así, por ejemplo, se enfatiza con ironía en que la importancia del título de propiedad es tal que se lo describe casi como un objeto mágico.

Cantar de Agapito Robles retoma un tema indigenista clásico: el problema de la tierra, pero lo hace de una manera distinta. El narrador se distancia de la visión heroica, romántica y solemne del pueblo rebelde y emplea el humor, la ironía e incluso un tono carnavalesco, irreverente y socarrón para representarlo. En otros lugares, el narrador recurre a la hipérbole, a la saturación y a la metaforización para intervenir aquellos materiales documentales. Eso se aprecia, por ejemplo, cuando el texto parodia la declaración de la Independencia y utiliza los nombres de notables personajes para conformar una «corte de idiotas» (capítulo 6). O, también, cuando contamina la historia política con registros «menores», como la canción criolla, el huayno, el circo, el melodrama, el western y el relato carcelario y de burdel. Vista así, *Cantar de Agapito Robles* es un *collage* y exhibe una red de textualidades cruzadas que se complementan y repelen.

En esta novela nos encontramos con un narrador consumado. Construye escenas cargadas de acción, drama y aventura; despliega personajes multifacéticos, vivos, algunos impredecibles; recrea lúdicamente la oralidad popular y diversos registros de la tradición literaria; monta varias voces para crear un relato coral. Es un narrador que sin problemas transita del registro realista al épico y al mítico. Crea un mundo autónomo.

La crítica ha señalado que una limitación de *Cantar de Agapito Robles* es su estructura. José Miguel Oviedo comenta que, por momentos, la secuencia de acciones parece una yuxtaposición azarosa de anécdotas; que hay capítulos de relleno; que la historia de Maca (una mujer que seduce a varios hombres y que produce malestar en el pueblo por su singular personalidad y conducta) es la trama hegemónica en la primera mitad del libro, pero que, después, poco tiene que ver con la de Agapito y Yanacocha[1]. Tomás Escajadillo afirma incluso que los seis capítulos dedicados a Maca «no tiene función visible en el todo de la novela» y que constituyen un «cuerpo extraño»[2].

No estoy tan convencido de que los divertidos capítulos dedicados a Maca carezcan de función narrativa. Desde una mirada

aristotélica, cerrada, puede que sí. Pero creo que tienen función como presencia paralela, como contrapeso argumental y literario a la trama de Agapito. A pesar de su lugar tangencial, inestable, esa historia «extraña» representa una variante picaresca, melodramática, incluso absurda, que matiza y suplementa la gran cantidad de materiales políticos, épicos y telúricos presentes en la historia de la lucha social. Parece, entonces, que la novela no se despliega por un principio de unidad, sino que tiende a la dispersión. Es una historia coral, sin centro fijo.

Visto así, Agapito es un intermediario. No hay protagonista eje. Por momentos, la hegemonía la tiene Maca; en otros, el Nictálope; o el Juez Montenegro; o Nuño; o la comunidad. Es decir, el centro de la estructura narrativa oscila y, por eso, se percibe una atmósfera de contradicción, un efecto laberíntico y de contrapunto. No aparece un solo cantar, el de Agapito como individuo: su cantar está compuesto por diversas voces.

A pesar de los problemas estructurales, no hay que perder de vista que *Cantar de Agapito Robles* es ante todo una novela política. Sus principales materiales provienen de rebeliones campesinas reales. Su trama central narra, desde una perspectiva épica e histórica, la lucha —primero legal y luego armada— del personero Agapito y la comunidad de Yanacocha contra el Juez Montenegro, propietario de la hacienda Huarautambo. ¿El motivo de la confrontación? El viejo problema de la tierra.

La manera más notoria como las novelas de Scorza intervienen la realidad es por medio de un uso bastante singular de la imaginación y la fantasía. Uno de los momentos más memorables es cuando el caballo Cachabotas habla con su amo Agapito (capítulo 27). Pero al final del cantar la fantasía irrumpe de una forma hiperbólica para nada silenciosa. Allí se narra cómo los campesinos invaden la hacienda y triunfan. Sin embargo, poco después, cuando Agapito se entera de que la Guardia de Asalto se aproxima a masacrarlos, este enloquece, se ríe y ejecuta una danza mágica en la que su colorido poncho avanza por el pueblo «incendiando el mundo». La crítica de la época calificó este recurso narrativo como una singular forma de «realismo mágico» [3] .

Roland Forgues leyó este final de una forma edificante. La danza de Agapito adquiría «la dimensión sagrada de ceremonia mágica de

exorcismo»[4]. El texto antes decía que el tiempo estaba enfermo, detenido, y que la misión de Agapito era vencer al Juez Montenegro para curarlo y posibilitar una rebelión emancipadora. Agapito es, entonces, al mismo tiempo un personaje real y predestinado, mesiánico, un héroe que guiará a la comunidad hacia la trascendencia, a pesar de la masacre que se aproxima.

Otras lecturas detectan en ese final un momento alienante. Mabel Moraña considera que el resultado de ese procedimiento literario (intervenir la realidad política con la fantasía y el mito) muestra a una comunidad que vive fuera de la historia, en un espacio atávico, anacrónico, y a los campesinos en un estado de «alienación». Es más: el discurso narrativo —o sea, la novela— se manifestaría como «falsa conciencia»[5].

Aquí conviene formular algunas preguntas. Por el uso hiperbólico de la fantasía, ¿*Cantar de Agapito Robles* convirtió la violencia histórica en entretenimiento? ¿Sus buenas intenciones no exotizaron acaso a sus personajes? ¿Los caricaturizaron? ¿Su esquema revolucionario y su visión idealizada de los campesinos y los mitos eran tan rígidos que ya mostraban fisuras? ¿O fue la ficcionalización de la realidad una lúdica forma de resistencia y crítica? ¿La deformación no servía acaso para que aflorara lo más íntimo de lo que se quería representar?

La mezcla que practicó Scorza en su narrativa colocó a su proyecto en una encrucijada. Sí, el realismo mágico se consolidó como una categoría comercial y hegemónica no solo para narrar América Latina, sino también para exotizarla. Fue una estética polémica porque partía de una mirada genealógica y providencial de la historia, y de una concepción limitada de la magia que descontextualizaba los mitos históricos y los convertía en entretenimiento[6]. Años antes, Juan Rulfo y José María Arguedas habían producido un realismo que criticaba el pasado colonial e integraba los mitos colectivos devastados por la dominación europea cristiana. Pero en *Cien años de soledad*, esos mitos ya no reflexionaban sobre la historia colonial, sino que se convertían en un espectáculo efectista, en una forma de esparcimiento que, como ha señalado Pasolini, reciclaba gastados trucos de los guionistas de Hollywood[7].

Pareciera que *Cantar de Agapito Robles* susurrara que no es

posible contar lo real de los antagonismos en los Andes sin mostrar, al mismo tiempo, los límites de los códigos de representación, del realismo, la crónica y el discurso mítico. La novela muestra así su carácter de artificio, de simulacro sobresaturado. Inconscientemente, señala que no confía en los registros literarios consagrados que utiliza, dice que no son un camino seguro, y que al final se percibirá un malestar, una sensación de fracaso y tal vez un goce.

Richard Parra
Lima, noviembre de 2023

1. Del hielo con que Yanacocha recibió al personero Agapito Robles a su salida de la prisión

Recorrió la plaza, el mercado, las callejas de Yanahuanca sin tropezar con nadie. Descendió al embarcadero y esperó calmosamente la partida de la Tiburón. Tres veces por día, la lancha asegura el servicio entre Yanahuanca y Yanacocha, antaño unidas por un camino de herradura, ahora en el fondo del lago Yawarcocha. En la antigüedad, para viajar de la provincia al distrito, bastaba subir una fragosa cuesta. Pero desde que el Primer Vecino detuvo el tiempo, se hizo forzoso utilizar la vía lacustre o gastar tres días bordeando una enormidad que se perdía ya en las fronteras de Junín.

Las autoridades que sobrevivieron a la masacre de Yanacocha fueron conducidas al Puesto de la Guardia Civil. Allí hubieran permanecido semanas. Pero cuando todos imaginaban su libertad, el Juez Montenegro revivió la archivada muerte de Amador Leandro, el Cortaorejas, y sorpresivamente los acusó del crimen. Fueron trasladados a la cárcel de Huánuco. Allí doce meses se quedaron. Agapito Robles siguió encarcelado tres meses más: su mujer demoró ese tiempo en obtener los mil quinientos soles que requerían los trámites de su liberación.

En el muelle, Agapito Robles esperó encontrar yanacochanos que le adelantaran noticias de su comunidad. Pero salvo comerciantes hoscos, un agente viajero afectado por la altura y mineros borrachos, la Tiburón partió casi vacía. La niebla escamoteaba la vastedad del lago. Con dificultad avizoró las embarcaciones que navegaban hacia los puertos occidentales. El poniente era entre los pisonayes, cuando el enflaquecido personero desembarcó en Yanacocha. Por todo equipaje acarreaba un costalillo donde se entreveraban una camisa blanca sin cuello, dos camisetas, dos pares de medias de lana amarilla, un panetón, algunas latas de sardinas y una consultadísima Constitución del Perú. Con pasos lentos y corazón presuroso recorrió el Jirón Carrión, rememoró el rostro azul del difunto Raymundo Herrera e

ingresó a la Plaza de Armas. Esa es la hora en que los vecinos se reúnen para aprovechar la última luz: no encontró a nadie. El viento del atardecer lavó su desconcierto, las fachadas de la iglesia, de la municipalidad, de la gobernación, silentes. Bajó por el jirón San Pedro, recorrió la calle Vicuña, refiló los arbustos de la subida a Chiuyán, bordeó las chacras salpicadas en el camino a Quencash, retrocedió por el jirón Huancapi, retomó la callejuela Estrella y retornó a la Plaza de Armas: solo tropezó con el desgarbado concierto de los perros.

El atardecer ribeteó su poncho cuajado de soles azules, verdes, rosados, amarillos. Porque el personero de Yanacocha amaba los colores tanto como el Juez Montenegro los execraba. Solo una vez, por orden expresa del presidente Raymundo Herrera, durante la marcha, Agapito Robles se resignó a vestir de oscuro. «Por eso me enfermé». Todo en Robles era pretexto de color. En uno de sus viajes encontró un cementerio abandonado. Entonces todavía existían fechas. Se acercaba el primero de noviembre. Agapito se apiadó tanto del abandono que padecían los muertos, que retornó al pueblo más cercano, compró pintura y volvió para colorear de rojo, amarillo, verde y azul, todas las cruces de las tumbas. «Así sentirán menos frío». Pintó también las del cementerio de Jupaicocha, el más alto y apesadumbrado del mundo. Esas cruces de palo multicolor, bajo las cuales mascullan los llameros, Agapito las pintó. Su pasión por los colores era invencible y más de una vez, temeraria. Porque entre las señas de su prontuario, la policía difundía que «el prófugo viste como un espantapájaros», calumnia que nunca lo forzó a rebajarse al gris.

Siempre sin encontrar a nadie descendió la calle del Rosario. Entrando a la plaza tropezó o creyó tropezar con Isaac Carbajal. Lo llamó. Pero su antiguo jefe de disciplinarios esbozó un ademán y se esfumó. En la esquina, otros comuneros que el reverbero del sol le prohibió reconocer, lo eludieron. Ya era oscuro cuando descubrió la casa de Juan Robles.

Tres veces la cruzó sin reconocerla hasta que aceptó que esa fachada sin pintar era su casa. ¿Y las paredes violeta, las puertas naranja y las ventanas verdes? En la primera habitación, ante la mesa donde en otro tiempo Agapito Robles solucionaba los asuntos de la comunidad, con la cabeza sepulta entre las manos, un anciano

dormitaba.

—Buenas noches, padre.

El viejo Robles levantó una mirada descolorida por el desconsuelo.

—¡Agapito!

Se abrazaron llorando. El personero ofreció el panetón de regalo. El viejo siguió sufriendo.

—¿Por qué llora tanto, padre? No estamos de duelo.

—Peor, Agapito. Los muertos no requieren nada, pero los vivos necesitamos comer y nosotros hemos perdido todo. No tenemos chacra ni corral ni animales ni nada. Mientras estabas preso, el Juez Montenegro embargó todo. Hace un mes mandó capturar mis caballos y tu rebaño. Dice que para pagar los gastos de la justicia.

—Yo dejé esta casa bien pintada.

—El doctor mandó despintarla. No nos quedan ni semillas, Agapito.

—¿Ni un caballo?

—Al único que dejaron fue al inútil de Cachabotas.

—¿Se salvó alguna montura?

—La montara que abandonó tu tío Eustaquio.

—Suficiente.

Sonrió. El terror badilejeó la cara del viejo.

—¿Para qué necesitas caballo? ¿No intentarás seguir tu guerra contra el doctor? No se puede. Los humanos no pueden combatirlo. Ha detenido los ríos, ha encarcelado los meses y si se encapricha ordenará oscurecer al sol.

—Conozco el remedio de esos males.

El viejo siguió temblando.

—¿Para qué vienes, Agapito? No te metas con los grandes. Varones inmejorables intentaron sublevarse. ¿Dónde acabaron? Héctor Chacón se rebeló. ¡Ojalá salga vivo de la cárcel! Garabombo se rebeló. Era invisible, se disolvía a voluntad, pero las balas lo encontraron. El viejo Raymundo Herrera se rebeló. ¿Cómo rabiará ahora revolviéndose en su tumba? ¡No insistas! El domingo los caporales de la hacienda Huarautambo recorrieron el pueblo advirtiendo: el que se atreva a dirigirte la palabra, se las verá con el doctor.

—¿Y nuestro Título?

—Sigue enterrado en la cueva Nahuanpuquio.
—¿Protegido?
—Envuelto en hule y metido dentro de tres costalillos.
—Con su permiso, padre.

Salió. El fulgor de la noche exageraba la belleza de los campos por los que se peleaba desde 1705.

—¡Cuándo acabará este viaje!

Sintió el poderío de la noche andina, el paso de los pumas invisibles. Con lentitud, nutriéndose de aromas, llegó a Nahuanpuquio. Con su linterna ubicó el peñasco bajo el cual, poco después del retorno y poco antes de la muerte de don Raymundo Herrera, él mismo había enterrado el Título. Excavó cincuenta centímetros con su cuchillo. Había llevado, por precaución, dos ponchos. Uno para abrigarse y otro para ocultar el resplandor del Título. Protegiéndose los ojos desenvolvió los costalillos: ninguna luz lo cegó. ¿Qué pasaba? ¿Alguien había sustituido el Título? Ansiosamente lo extrajo. ¡Necesitó alumbrarlo! Sus dedos reconocieron las costuras. La linterna recorrió el texto que él sabía palabra por palabra. Un escalofrío recorrió al personero. ¡No brillaba!

Doblegando la cordillera Culebra, el Título los había salvado de morir congelados. Por eludir a la Guardia Civil que acosaba a la comunidad empañada en levantar su plano, el presidente Herrera ordenó escalar la Joroba del Diablo. Sosteniéndose unos a otros, brazo con brazo, encadenados para no rodar al abismo, treparon. Los inmovilizó una tempestad de tres noches. Si el viejo Herrera no hubiera sacado el Título, estarían aún bajo la nieve. Lo extrajo de la alforja. ¡Una llamarada vasta como un corral de ovejas doró la Joroba del Diablo! Solamente en esa isla de luz sobrevivieron. Descendieron maltrechos, hambrientos, agotados, pero cantando. ¡Y ese Título, ahora, no emitía ninguna luz! Agapito Robles aguardó el resto de la noche. El Título no recuperó su esplendor.

El amanecer mostró un mero legajo de papel amarillento. Agapito abandonó la cueva Nahuanpuquio, consideró las embarcaciones que estriaban la quietud del lago. De golpe intuyó por qué el Título se había rendido. Durante doscientos cincuenta y siete años la comunidad creyó poder recuperar sus tierras legalmente. Al precio de mortandades, persecuciones, cárceles, el

pueblo había preservado fervorosamente el Título, ociosa prueba de sus derechos.

Doscientos cincuenta y siete años Yanacocha había reclamado, suplicado, gestionado, esperado, conminado que se le hiciera justicia. Alto de claridad, Agapito comprendió: ¡Yanacocha se había equivocado! El Título por el que se inmolaron tantas generaciones, era solo papel apagado. Despidiéndose, el Título hablaba por última vez: toda reclamación es insensata. Yanacocha solo recobraría su país por la fuerza. El día atravesó su corazón. Y Agapito Robles decidió que Yanacocha no imploraría nunca más.

2. De lo que pasó el día en que Maco Albornoz lamentó tener nombre

Primero vi un caballo enardecido. Luego un caballo desbocado, un caballo sacrificado por insolente jinete, desdichado corcel que enfilaba derecho a estrellarse contra la tapia del hotel donde yo me hospedaba camino de mi hacienda. Soy aficionado a las bestias. Sentí lástima por el potro y alegría porque el perverso montado se sacaría la madre, pero justo al borde de la tapia se detuvo en seco. El caballo rodó quebrantado. Agonizó en minutos. Y entonces, sin tener vela en el entierro, por amor a las bestias, me acerqué para provocar al hijo de perra que despreciando la agonía inocente avanzaba al hotel. Y vi, carajo, por primera vez, esos soles verdes que mareaban desde la cara de la hembra más bella qué he mirado en este puto mundo. Así conocí a Maca. Sin verme se metió a la cantina. Embobado, carajo, la seguí. Del mostrador arranchó la botella que yo bebía con los Chamorro, dueños de la hacienda Jarria, quienes habían solicitado permiso para acompañarme. Mandó:

—¡Música!

La palabra hermosura limosneará siempre para describirla. Su belleza nos embruteció. ¿Se me conoce como hombre, no? Las rodillas me temblaron. Los Chamorro, los Julca y el suscrito, vivimos minutos, días, meses colgados del cielo. Me recuperé del relámpago, del dolor, del vértigo:

—¡Música para la señorita!

—En Uspachaca no hay orquesta, don Migdonio —tartajeó el baboso que nos servía.

—Tráeme músicos o te cuelgo de ese pisonay —grité.

Entonces, por primera vez. Maca me sonrió y juro que conocí lo que provocó, carajo, la caída de los ángeles. Lo que provocaría, maldita la hora en que nací, el desespero que me está quemando. El baboso que nos atendía trajo, a poco, a un tal Quijada, guitarrista temblón y ciego. Al tiro mandé a mi caporal Nuño, usted conoce a Nuño (él le llevó a la morenita que nos alegró en Ambo), lo mandé

embarcarse en la lancha que después se bautizó, por algo sería, La Reina del Ande, y traerme, urgente, a la orquesta de Yanahuanca. La luz con que Dios me favoreció me impulsó a escribirle unas líneas al sargento Astocuri. Hice bien. Porque doña Pepita Montenegro tenía acaparados a los músicos. Solo gracias al sargento, que arrestó a los Huamán, conseguí una corneta, un clarinete y un arpa tolerables. El viejo Quijada ya no daba. La mujer que nos mejoraba o nos empeoraba con su presencia, reconozcamos como hombres que somos, la verdad, carajo, bailaba sin parar desde el mediodía. Quijada se dobló como saco vacío y los Huamán comenzaron a tocar. Cuando suplicaron permiso para descansar, la madrugada aclaraba. Entonces, con ese miedo que se siente de noche, por ejemplo, y en los cementerios solos, comprobamos que la oscuridad calumniaba la belleza de Maca y que la luz mostraba una cara que nadie jamás, carajo, había visto en este mundo cabrón. Ordené el desayuno. Ella disfrutó y siguió bailando. Ordené una pachamanca. Siguió bailando. En la tarde me peleé. Veinte años de amistad quebrados con razón, señores, con el viejo Chamorro, pobre diablo que nació pata en el suelo, que pretendía disputarle una mujer a don Migdonio de la Torre y Covarrubias del Campo del Moral. Maca siguió bailando. Esa noche supe que después de haber dormido con cientos de mujeres, yo era virgen. Conocí, maldita la hora en que mis padres se entreveraron, conocí que el cielo y el infierno tienen la misma puerta tibia, y que se puede vivir dentro de un relámpago.

Yo sé que por allí circula, imagínense, una cojudez titulada «Memorial de las esposas ofendidas de Yanahuanca».

La vieja Queta de los Ríos recorre la provincia recogiendo firmas. ¡Hasta bote le han prestado los enemigos de la felicidad humana! ¡Franqueza, carajo! Yo también sabía que «ese Lucifer con faldas cuyo nombre nos negamos a pronunciar, señor Prefecto, por respeto a su alta investidura y por respeto a nosotras mismas, llegó a nuestro pueblo con la pregonada intención de probar la inferioridad del género humano». ¡Huevadas! Con el «Memorial de las esposas ofendidas» yo hago lo mismo que con los reclamos de mis peones. De nuestra dicha o de nuestra desgracia, ni siquiera el Cojo Domingo es culpable. Yo sé cómo llegó a Goyllarizquizga quien entonces no era Maca sino Maco Albornoz. Veinte años

montaraces vivió entre sus hermanos, criada como varón. Y varón se creía hasta que los Albornoz apostaron quién robaría el ganado del coso municipal de Goyllarizquizga. ¡Maco decidió llevárselo en pleno día! La jactancia lo perdió. El Cojo Domingo —¡un cojo!— lo enlazó cuando escapaba. «Es evidente que si las autoridades hubieran tomado en cuenta la dignidad de las que somos guardianas de la urna donde se preservan las sagradas esencias de la mujer peruana, no lamentaríamos las desgracias que pasamos a enumerar, señor Prefecto». ¡Huevadas! La verdad: el Cojo Domingo —en ausencia, sea dicho, del Alcalde obligó a Maco Albornoz a recorrer Goyllar cargando uno de los terneros que pretendía alzarse. A fustazo limpio lo forzaron a bajar, entre insultos y risotadas, por la callejuela central. Sin medir «las consecuencias que esta imprudencia acarrearía en la paz de nuestros hogares hasta entonces benditos por la Divina Providencia, señor Prefecto», lo olvidaron en el calabozo que Goyllarizquizga acababa de inaugurar. Tres abigeos recibieron el cuerpo maltrecho del ladrón. Curándolo descubrieron lo que Maco, criado como varón, vestido como varón, altanero como varón, había olvidado: que era mujer. Se conocen los nombres de los afortunados cateadores. Se sabe que compartieron una noche inmortal. Se conoce el emplazamiento de sus tumbas. La risa que acometió a Goyllar cuando se propagó que «los Albornoz eran mujeres», sacudió Cerro de Pasco. Pero ustedes saben quiénes son los Albornoz. De su inalcanzable descubrimiento, un tal López, un tal Bollardo, un tal Avelino, solo pudieron jactarse cinco días. Al sexto, Roberto Albornoz, el Puma, los balaceó en la puerta del juzgado.

—¿Quién quiere el vuelto? —preguntó.

Sus otros hermanos y seis cazadores ninguneaban los cadáveres. Con negligencia los clavaron a ganchos de carnicero. Sin apuro los arrastraron trescientos metros de ida y trescientos de vuelta y después de mearlos los tiraron en la puerta del Puesto de la Guardia Civil. Los guardias fingían dormir la siesta. Sus fusileros vigilaban las calles. Siempre procesionales, los Albornoz trajeron un alazán chúcaro para consolar al hermano en desgracia.

—El padre te necesita. ¿Nos vamos, hermanito? —preguntó el Puma.

En la puerta del calabozo donde había conocido el oprobio,

Maca sonrió.

—Yo ya no tengo padre ni madre. ¡Soy hija del aire!

Toda la tarde batallaron los Albornoz para convencer a Maca.

Luciendo «esa sonrisa idéntica a la que Satanás exhibe en el Juicio Final de la iglesia de Tusi» —¡huevadas!— Maca siguió emborrachándose. El crepúsculo le recordó la única sangre que no hubiera querido verter. Por fin derramó la sola lágrima que se le conocería en los siguientes doce años. (Doce años después lloraría en una empinada callejuela de Ayacucho.) Con voz cambiada, «con esa voz gastada por las jaranas y el tabaco malo» como dice el babieca del notario Pasión, abarcó la impotente rabia de sus hermanos, el fervor de sus compadres, el pavor del pueblo y murmuró:

—¡Yo ya no los conozco! Apártense de mi camino porque el día que los encuentre los mataré como corresponde a bandoleros que son. ¡Adiós, hermanos queridísimos, adiós hijos de la gran puta!

De los Albornoz se sabe que sin motivo abatieron a tres infelices, que balacearon todos los animales que encontraron en su camino, que incendiaron la municipalidad, que patearon al ciego Quijada. De Maca, que entró a la casa del Cojo Domingo, que depositó sobre la mesa mil soles, que no salió durante tres meses. Poco después, mal disimuladas por anteojos ahumados y bufandas chillonas, comenzaron a llegar las más insignes rameras de Cerro de Pasco. ¿Compradas o amenazadas por Roberto, el Puma? La flor y nata del putero de Rancho Chico y Rancho Grande, los burdeles de Cerro, viajó a Goyllarizquizga. Hay testigos: la Culo de Bronce, la Calzón de Fierro, la Nalgapronta, la Rompecatres, la Culo Eléctrico y hasta la Gallina Clueca y la Triplete, desembarcaron de automóviles expresos y visitaron la casita del Cojo Domingo. Porque respetando su hazaña los Albornoz no lo castraron. Maca misma no desdeñó su forzada hospitalidad, pronto transformada en amistad y luego en petulancia imborrable del cojo. Él había conseguido lo que todos los destacamentos de la Guardia Civil vanamente anhelaban: capturar a un Albornoz. Con dengues de princesa y desairando ofertas pueblerinas, (taconearon Goyllar las más ilustres chuchumecas de Cerro. El Cojo Domingo pone cara de circunstancias cuando se le pregunta por las visitas, pero por un sobrino del cojo —ese que mis caporales abandonaron por muerto en una esquina de Chacayán—

deduzco que las artistas de Rancho Chico y Rancho Grande no vinieron a rezar el rosario. Por el Baboso sé que Roberto Albornoz dijo: «Hombre o mujer, los Albornoz somos siempre los primeros». La Culo Eléctrico, la Calzón de Fierro, la Nalgapronta, la Rompecatres, la Gallina Clueca y la Triplete, elevaron a Maca hasta la maestría de su Arte superior. Tres meses después de su desgracia, Maca se vistió de mujer. Con cara de mujer, cabellera de mujer, andares de mujer, irreparablemente mujer, salió a la calle. Tiritando la contemplaron los hombres. Con melancolía (¿o, con desprecio?) Maca entró a la tienda de Portales y solicitó «una copita de aguardiente». Así comenzó la dictadura de sus ojos, el cimbreante imperio de su paso, la brujería de su voz levemente ronca. Antes que acabara el día tres mineros se acuchillaron por acompañarla. Una semana después, dejando cuatro muertos, seis heridos y quince esposas ofendidas, Maca abandonó «ese pueblo podrido donde descubrí que era mujer». «¿Por qué no intervinieron entonces las autoridades? ¿Por qué no cumplieron con su deber de cautelar las instituciones cuya guardianía les encomienda la Constitución que por juramento se han comprometido a velar?». ¡Huevadas! En un soberbio potro que injustamente apellidó Maricón, Maca descendió a Uspachaca, uno de los puertos más bellos del lago Yawarcocha. En tiempo de gloria su hotel ruinoso alojó la altanería de los cateadores afortunados y el despilfarro de los superintendentes de la mina que los fines de semana bajaban a perderse en tierras aromadas de eucaliptos. ¡Hoy no se encuentra allí ni un escuálido estofado!

Sirvientes deformados por el bocio rascaban nuestras sobras. El viejo Sóstenes fumaba en el patio de piedra, frente a ese atardecer que recordaré el día que Satanás me achicharre en su parrilla, cuando de los eucaliptos no talados por las aguas, emergió la relampagueante razón por la que ahora y a la hora de mi muerte los mando a todos ustedes a la pura y mismísima mierda.

3. De las infelices consecuencias que tuvo una feliz iniciativa del director Eulogio Vento

Agapito Robles alzó los ojos. La nube en forma de hormiga, anclada sobre el cielo de Yanacocha desde el entierro del presidente Herrera, se empecinaba allí. Bajo esa misma nube lo sepultaron. El Personero se estremeció. Cegados por la emoción del retorno, los sobrevivientes de la cabalgata no se percataron de la inmovilidad del cielo. Solo en el cementerio, cuando se preparaban a darle la última tierra, el profesor Nicolás Soto avizoró la calamidad. Entró entonces el destacamento de la 21a Comandancia que durante meses había tratado de capturarlos. Sin intimar rendición dispararon: docenas de hombres, mujeres y niños cayeron. Pero Agapito Robles sobrevivió. El apuro del capitán Reátegui, jefe del destacamento, deseoso de liquidar a quienes tanto tiempo burlaron sus batidas, paradójicamente lo salvó. Las ráfagas segaron ciegamente al gentío y las autoridades de Yanacocha lograron escapar. Una siniestra paz acható la provincia. En los Andes las masacres se suceden con el ritmo de las estaciones. En el mundo hay cuatro; en los Andes cinco: primavera, verano, otoño, invierno y masacre. Las autoridades se refugiaron en las alturas. Semanas después descendieron. De a pocos, primero horas, luego días, se reintegraron al trabajo. Y fue entonces que al profesor Vento se le ocurrió construir una nueva escuela.

La antigua ocupaba un caserón que se disputaban los Ruiz y los Valle, familias que en vez de aceptar uno de los inexplicables fallos justos del doctor Montenegro, prefirieron apelar a la Corte Superior de Huánuco. Un rayo había fulminado el techo de paja de la casa y provocado el incendio. Mientras la Corte de Huánuco sentenciaba, el profesor Vento obtuvo permiso para ocupar provisionalmente el controvertido caserón. Diez años hacía de eso cuando la Corte falló en favor de los Valle. Diez años hacía también que el director Vento suplicaba a la Inspección Escolar de Cerro la inclusión de una partida para el local escolar. Y diez años que se la prometía para «el próximo presupuesto». Los Valle solicitaron y obtuvieron el

desahucio de la escuela 4953. ¿En qué local funcionaría? El preocupado director Vento descendió hacia la casa de Agapito Robles. El personero trabajaba sobre el libro de cuentas de la comunidad. Saludó a don Eulogio con grandes aspavientos y le ofreció una silla.

El director se sentó resoplando. Una precaria mesa de madera, seis silletas, una desvaída bandera peruana —la misma que soportó la cabalgata—, un calendario caduco y un retrato del Libertador San Martín, constituían el mobiliario de la personería.

—Agapito, yo vine a Yanacocha para remplazar por un semestre al profesor Valenzuéla. Tú eras entonces niño. El profesor Valenzuela pobrecito, se tuberculizó. Y aquí estoy.

—La desgracia de unos es la suerte de otros. Eso permitió que usted fuera nuestro maestro.

—Hace veinte años que soy director de la escuela 4953 y no hay queja de mi conducta. ¿O hay queja?

—Nos sentimos orgullosos de que un hombre como usted nos mejore con sus luces.

—Me casé con una yanacochana. Mis hijos son yanacochanos. Me siento yanacochano. Creo que siempre he actuado bien. Nunca he provocado escándalos. Ningún padre de familia ha presentado jamás una queja en mi contra. Nunca solicité un favor al pueblo. Algunos padres, reconocidos, me traen gallinas, papas, cuyecitos. Acepto por no desairar.

—Usted siempre luchó por nosotros, señor. Usted nos ayudó, incluso enfermo, a redactar nuestros memoriales, nuestras quejas.

—Tú fuiste mi alumno Agapito, y conoces nuestra escuela. Es un caserón en ruinas. Y ahora que la Corte de Huánuco ha fallado, nos quedaremos en la calle. Los niños no tienen carpetas, se sientan en piedras o tronquitos, pero hasta para eso necesitamos techo. Quisiera construir un local digno. Hace años que solicito partida pero el Estado nunca se acuerda de nosotros. ¿Por qué los padres no nos ayudan? ¿Creen que la comunidad podría cedernos un lote para sembrarlo en beneficio de la escuela?

—Se podría.

—Carecemos totalmente de recursos. No bastaría la tierra: se necesitaría además que los padres de familia tomaran a su cargo la siembra y la cosecha.

—Sembraríamos y cosecharíamos.

—¿Crees que sea posible?

—Puedo consultar. Esta noche se reúne la Junta Directiva de la comunidad.

El director Vento durmió mal. Se levantó antes que clareara. Se preparó una taza de café. Salió de su casa. En el camino Agapito se le acercó a grandes pasos, sonriente.

—¡Felicitaciones, señor director! La Junta ha aprobado su pedido. El terreno que usted solicita está en Huajoruyuc. Es tierra magnífica. Muchos le tenían puesto el ojo pero la Directiva ha acordado darle preferencia a la escuela. Nos comprometeremos a semblar y cuidar. Hemos fijado fecha para el barbecho: la primera quincena de mayo.

El director Vento lo abrazó.

—El barrio Tambo ha desafiado al barrio Rabí. Apuestan que el día del barbecho ellos abrirán más surcos.

—Pero Rabí tiene tres veces más habitantes que Tambo.

—Tambo ofrece cerveza para los ganadores.

Entrando mayo corrió el rumor: Tambo contrataría bartechadores en Chipipata. Tambo desmintió. No necesitaba refuerzos para vencer a Rabí.

El segundo domingo de mayo, a las siete de la mañana, los dos barrios acudieron embanderados a Huajoruyuc. Hallaron tendidas las «mesas» que es costumbre ofrecer a los voluntarios de toda faena comunal: mantas con cigarros, aguardiente y coca. Los participantes encontrarían una mesa cada veinte metros para reanimar sus fuerzas. El sol brillaba sobre el regocijo de la multitud. Huajoruyuc era un campo capaz de recibir cincuenta sacos de semilla. Produciría cuatrocientos: suficiente para iniciar la construcción. Constantino Lucas tocó una corneta. Los barbechadores se alinearon. Ya se inclinaban sobre la tierra cuando aparecieron guardias montados.

—Estos mierdas no vendrán para nada bueno —auguró Agapito Robles que con el torso desnudo se aprestaba al trabajo.

Detrás del cabo Bejarano, reconocieron a cuatro guardias del Puesto de Yanahuanca. El personero y las autoridades se acercaron a los montados.

—¿Quién los ha autorizado a barbechar este terreno? —increpó

Bejarano.

—No tenemos necesidad de autorización, mi cabo. Este campo es de propiedad comunal y la Junta ha decidido…

—¡El doctor Montenegro dice que este terreno pertenece a su hacienda!

—Este terreno consta en nuestro Título de propiedad...

—¡Qué título ni ocho cuartos! Usted y los responsables de este abuso me acompañan al puesto. ¡Amarren a estos huevones!

Ante la comunidad pasmada maniataron a Agapito Robles, Blas Valle, Sinforiano Liberato, Anacleto Minaya, José Requis, José Castro y Felicio de la Vega. Los condujeron al muelle y los amontonaron en La Independencia. Una hora después desembarcaron en Yanahuanca. Atados cruzaron las calles y la Plaza de Armas y entraron al Puesto. Detrás de una mesa cubierta por un paño verde esperaba el sargento Astocuri.

—¿Quién mierda los ha facultado para invadir la hacienda del doctor Montenegro?

—Nosotros...

—¡Qué nosotros ni qué carajo! ¡Metan a estos rateros al calabozo!

4. Primeras noticias acerca de un magíster con cola, un catión perfumado y otros romanos desterrados

Póngase en mi lugar. ¡Cómo sospechar que lo que anhelaba ese Serafín pavoroso era demostrar la insignificancia de los hombres! Yo soy, señores, el primer varón que la vio en esta provincia y repito que verla es desgraciarse. ¿Podía imaginar lo que hervía en su corazón? Hoy se sabe qué leche negra bebía ese tigre. Digo tigre, y digo mal porque el tigre mata para comer y ella humilla solo por sorber la nata de nuestra humillación. Seduce para poder arrojar lo que seduce. Si de los cielos bajara o de los infiernos subiera una mujer tan impiadosamente bella como esa (que con todo el daño que causó, repito, es lo único que veré en mi agonía el día que me vaya de este cabrón planeta que gira al mismo tiempo con los babosos y con los hijos de puta, con los raros amigos y con los traidores que son los más) sabría a qué atenerme. ¿Pero entonces? Hasta corazón tierno simulaba. Díganlo los cómicos del Gran Circo Romano, los racimos de idiotas que ella recogía. No conozco, señores, gente más desgraciada que los artistas que suben a Cerro de Pasco. A Cerro llegan los dentistas sin dientes, las putas que los soldados desdeñan y los payasos que los infelices sacan a pedradas de las tierras bajas. En Cerro de Pasco estos prófugos sí encuentran público. Igual hubiera pasado con el Circo Romano, pero desconociendo nuestro clima no aseguraron convenientemente su carpa. Se confiaron del cielo hipócrita como los ojos de Maca, sin saber que aquí la claridad se entinta en minutos. ¡Figúrense! Armaron su carpa en un baldío. «Si hubiéramos dado esa función le juro, don Migdonio, que no mendigaríamos en estas tierras donde —aparte de conocer a un caballero como usted— se lo comen a uno vivo los piojos», me dice el Pedorro cuando se achispa. «Si mi abuela no estuviera muerta estaría viva, Simeón». «Le juro, don Migdonio, que habíamos vendido toda la taquilla», lloriquea el Pedorro —¡Huevadas! Nadie tiene la culpa. A las seis de la tarde, cuando todo Cerro se preparaba a asistir a la primera función del Gran Circo Romano, se desató la más granputísima tormenta que he

visto. ¡Y vaya si he visto! En instantes el viento quebró el mástil de la carpa y las esperanzas del Circo. Los artistas hubieran sufrido la frígidísima noche en descampado, si los varones caritativos no les hubiéramos ofrecido nuestras camas, a hombres y mujeres separados, se entiende, porque en estos casos las hembras tienen que agradecer con algo. Así acabó ese circo, en sus tiempos aplaudido en Huancayo, Huánuco y Ayacucho y hasta en suburbios de la Capital. En Cerro se dispersó. Yo no conocí a Sócrates ni a Aristóteles, caballos prodigiosos. Entiendo que los vendieron para comprar los pasajes de regreso. Pero a Arquímedes, «ese burro que de ser parlamentario cumpliría mejor papel que los que nos representan en la Cámara», lo conocí aquí, en Uspachaca. Y lo admiramos porque Simeón el Pedorro lo reclamó como parte de sus sueldos atrasados con la esperanza —la esperanza es el alimento de los cojudos—, con la esperanza de levantar cabeza con un espectáculo que fracasó como fracasan todos los proyectos que acariciamos en este pánfilo mundo.

La mayoría se desbandó. Pero Simeón el Pedorro, la Emperatriz de Borneo y Macario, el Entusiasta, intentaron una función en Huánuco: se fueron al carajo. Retrocedieron a Uspachaca: fue allí que tropezaron con la mujer que digan lo que digan es y será siempre nuestra patrona. Con perdón de la palabra, yo era entonces feliz, señores. Por ella menospreciaba mis negocios, arriesgaba mis haciendas, desmejoraba mi salud y si mucho apura hubiera preñado a mi abuela. Paseaba, me dicen, mi reina, por el borde del lago Yawarcocha, cuando oyó una conversación. Mi soberana creyó que eran las quejas de dos viajeros abandonados por la suerte, cuando Simeón y su burro sabihondo salieron de las breñas.

—¿Dónde está el otro? —se asombró mi odalisca.

—¿Cuál otro, señorita?

—Su amigo que se queja tanto.

—Aquí no hay amigo ni enemigo.

—Entonces ¿con quién hablaba?

—Yo soy ventrílocuo. Hablaba con este señor burro, el único amigo que nos queda en el mundo a los artistas en desgracia.

—¿Ustedes dos hablaban?

—Desgraciadamente, señorita.

—¿Por qué desgraciadamente?

—Porque mi vida es una desgracia.

Así, me lo contó él mismo, el Pedorro conoció a la patrona. Al resto de los cómicos me los presentaron esa tarde en el hotelucho.

—Qué suelte tienes, Migdonio —dijo Maca.

—¿Por qué, mi reina?

—Porque siendo rico puedes auxiliar a los que se me antoja.

Y rió con esa risa que me sonaba como pedazo de arcoíris y que recordaré, lo juro, cuando juegue póquer con Satanás. Circo en Uspachaca nunca conocimos. El baboso que nos atendía, por mi orden colocó una docena de silletas en el patio. Los infelices —mil soles me costó la pendejada— instalaron un proscenio de mala muerte cubierto con sábanas remendadas. Usted conoce el hotel. Macario el Entusiasta, un rapaz cuya habilidad consistía, imagínese el número, en retorcerse como lombriz, a tambor batiente, anunció a Arquímidcs —más esqueleto que acémila— el prodigio por el que me cobraban doscientos soles extra. ¿Saben cuál era la gracia?

El tal Macario anunció:

—Dignísima y hermosísima Protectora de las Artes, señorita Maca Albornoz, dignísimo caballero don Migdonio de la Torre, respetabilísimo público, permítanme presentarles al señor Arquímedes, el único burro que se ha negado a ocupar una cátedra en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

Maca se moría de risa y yo feliz, imagínese, y conmigo los babosos.

—Este inteligentísimo magíster, señoras y señores, entiende más de lo que hablamos. Comprende y lee inglés, francés, holandés y un poco de japonés, pero fatigado por el viaje en el que se ha cosechado tantos triunfos, se limitará a demostrar una sola de sus facultades. Don Arquímedes, permítame presentarlo. Aquí entre nuestro simpatiquísimo público se encuentra la mujer más hermosa del Perú. ¡Perdón! La mujer más hermosa del mundo. ¿Me quiere usted hacer el favor de señalarla?

¡Créame! El bendito catedrático dio una vuelta y rebuzno delante de Maca reilona, rosada como esos odiosos melocotones riquísimos, como todo lo que me da calor y hielo recordar.

Aplaudimos.

—Dilecto señor Arquímedes, ahora háganos el favor de señalarnos al caballero más generoso del departamento, que honra

con su presencia esta culta reunión.

El dichoso educador volvió a dar una vuelta y rebuznó frente a mí y como yo veía a Maca feliz, aplaudí, y conmigo los babosos. Y cuando el magíster señaló al hotelero más simpático de la provincia, al guardia civil más atento y hasta a la solterita que se casaría dentro de seis meses, aclamé como todo el mundo, y conmigo los babosos.

Salió Arquímedes y Macario anunció que «por un contrato especial el Gran Circo Romano tenía el privilegio de contar entre sus estrellas al único culo capaz de tirarse mil pedos».

Simeón el Pedorro se adelantó orgulloso:

—Soy, señores, estricto en mi arte y antes de demostrar que si entre los animales hay ciempiés, entre los hombres hay ciempedos, quisiera solicitar al público que me honra con su audiencia (¡y Maca muriéndose de risa!) que se sirva designar un contable imparcial.

Sacó un pizarrón y una tiza.

—Usted que tiene buena letra, lleve la cuenta —le ordené al baboso que nos atendía. ¡Y Maca muriéndose de risa!

—Con su permiso comenzaré con una salva de veinte. ¡Uno, dos, tres… !

Sonaban igualito que los cañonazos del Almirante Grau.

Me maravilló. Pedorros conozco y, sin ir más lejos, Arutingo, capaz de marchitar jardines con sus flatulencias (por algo el finado Remigio lo motejaba de «culo con fuelle») pero no sé de humano que iguale ese prodigio. Acabó y sonrió:

—¿Hay alguien que quisiera comprar más petardos?

—¿Puede venderme tres docenas?

—¿A sol el tiro?

—Pago.

El Pedorro cambió de posición, apuntó y disparó treinta y seis cañonazos.

—Señoras y señores, si entre los presentes existe algún escéptico que, perdonando la comparación, como Santo Tomás, necesite oír para creer, no tiene más que levantar la mano.

—¿A que no se tira cincuenta pedos más?

—¿A sol por tiro, señor de la Torre?

—Valen.

¡Otra vez nos encandiló! No he visto nunca ningún público

aplaudiendo tanto. Pero al llegar a los treinta, sus altaneros pedos se espaciaron.

—Treinta y tres… —contabilizó el baboso que nos atendía.

Casi no se escuchó el treinta y cuatro. Más que pedo el treinta y cinco pareció un suspiro de melindrosa enamorada.

—¡Doblo la apuesta!

—¡Sus cien y cien más! —contestó el Pedorro ofendido.

—Doblo —gritó mi reina muerta de risa.

Simeón respiró, giró como bailarina, nos dio la espalda y recomenzó.

—Treinta y cinco… treinta y seis. .. treinta y siete.

Una justísima ovación premió su quincuagésimo disparo. Sonriendo (¡y cómo no, con sus quinientos solifacios!) el artista anunció que, siendo el aniversario nacional, dispararía veintiún cañonazos de regalo. ¡Y Maca muriéndose de risa!

5. El error de tener cólico (capitulo ilustrado con ejemplos)

—¿Cuánto tiempo se quedarán en la cárcel nuestros presos?

—Treinta días —contestó el guardia.

Los yanacochanos suspiraron aliviados. Desde que el tiempo avanzaba o se detenía según las órdenes del Juez Montenegro, la diferencia entre treinta días y un mes podía ser una cosecha. ¿Quién sabía ahora en qué mes estaban? Y aunque lo supieran ¿quién podía decir cuántos días tendría? El último junio había partido tres días después de su llegada y julio llevaba, en cambio, más de noventa días sin columbrar su término. Y aun eso nada significaba. Los mismos meses se extraviaban, se entreveraban, se entremezclaban en la confusión. También los días. Ni ellos ni nadie sabían ya si era el miercomingo 19 de enemarzo o el jueviernes 37 de juliciembre de quién sabe cuál año. Los presos escogieron el calendario más efectivo: cada día que, según los cálculos de las autoridades, correspondía a un sábado, los alguaciles del pueblo depositaban una gallina en la casa del jefe del Puesto. Tan primitivo método produjo efecto: treinta días después el cabo Bejarano —ablandado por idéntica medicina— les comunicó que el sargento Astocuri había firmado la orden de libertad.

La víspera de la salida Agapito Robles sufrió un cólico. Creyeron que se calmaría con un té de toronjil pero en la noche se agravó: los despertó con sus gritos. Mucho debería sufrir para que él —tan hecho a las fatigas— se retorciera gimiendo. El día mostró la cara sudorosa, verde, del personero.

—Me muero —susurraba. Me han dado bocado.

Se estremecieron. Hacía una semana que un abigeo sorprendido en Michivilca les había prevenido: «¡Cuídense! He oído que el Juez quiere envenenarlos».

En esas angustias estaba cuando el guardia Rómulo lo llamó:

—¡Presente! —gimió el personero.

—¿Por qué no te levantas cuando te llamo?

—Estoy mal, señor Rómulo.

—¿Qué tienes?
—Un cólico, señor.
Siguió revolcándose.
—El jefe de Puesto te necesita. ¡Levántate!
Los yanacochanos lo ayudaron pero el personero no logró sostenerse. El guardia salió. Al rato entró al calabozo el sargento Astocuri.
—¡Qué mala pata, Agapito! Yo pensaba soltarlos hoy pero acabo de recibir un oficio del Poder Judicial. El Juzgado de Primera Instancia los reclama para esclarecer un crimen.
—¿Un crimen?
—El Juez Montenegro los acusa de haber participado en la muerte de Amador Leandro, el peón de la Hacienda Huarautambo.
—Pero si Héctor Chacón está en la cárcel de Huánuco por ese crimen, mi sargento.
—Chacón no admite su crimen. Y la justicia exige culpables. El Juez piensa que Amador Leandro fue asesinado por orden de ustedes. Como personero te corresponde prestar instructiva.
—¿Ante quién, mi sargento?
—Ante el Juez
—¿Ante el doctor Montenegro?
—¿Hay otro juez?
—Yo no puedo prestar instructiva ante mi verdugo.
—¿Te niegas?
—Me niego, mi sargento.
El sargento Astocuri salió. Agapito Robles siguió gimiendo. Mediodía era cuando se abrió, de nuevo, la puerta del calabozo: escoltado por cuatro guardias entró el Juez Montenegro.
—¿Qué te sucede, hijo?
Se lo preguntó con voz tan educada que el dolor se le desvaneció.
—Sufro de un cólico, doctor.
—¿Por qué no tomas un enterovioformo?
—No he traído dinero, doctor.
—¿Es posible que un hombre sufra porque no tiene medio sol para comprar una pastilla?
Se metió la mano al bolsillo, sacó una moneda y ordenó al guardia Paz.

—Vaya y compre un enterovioformo o en su defecto un mejoral.

Paz salió boquiabierto. De puro estupefacto Agapito Robles ya no sentía nada.

—¿Es cierto que te niegas a prestar instructiva ante mí? —preguntó el Juez, bonachón.

—Somos enemigos, doctor —se excusó Agapito.

—¿Crees acaso que no voy a hacerte justicia?

—Nosotros tenemos diferencias graves, doctor. Yo prefiero prestar mi instructiva ante el Tribunal de Huánuco.

—Pero tendrías que pagar los gastos que demande tu desplazamiento y el viaje de los guardias civiles que te escoltarán. Eres pobre. ¿Para qué vas a gastar lo que no tienes?

—Somos adversarios, doctor —insistió Agapito.

—Somos adversarios como arrendatarios. ¿Quién no se pelea con su vecino? Pero esto es un caso criminal. Como autoridad mi deber es aplicar la Ley. ¿Me has visto condenar a inocentes?

Se volvió.

—¿He condenado alguna vez a un inocente?

Nadie contestó.

—¿Entonces?

El personero vaciló.

—No sé, doctor.

—Yo sé que tú eres inocente. Te pido una declaración de fórmula para cerrar el expediente. Si no se cumple el trámite se acusará a inocentes como tú. Lo mejor es aclarar todo.

—En ese caso…

—Gracias por la confianza, Robles. Te espero en el Juzgado.

Salió dejándolos de una pieza. Nunca habían conocido Montenegro tan suave y comprensivo.

—¡Qué cambiado está el doctor! —comentó De la Vega.

—Si así fuera en los comparendos por la tierra, otro gallo nos cantaría —soñó Requis—. Con los años se cambia. ¿Por qué no el doctor? Si así se portara con el pueblo no tendríamos problemas. No todos los yanacochanos aprueban esta guerra eterna.

El dolor cedía. La amabilidad del doctor, la salida del calabozo, la animación de la calle, lo mejoraron. Escoltado por el guardia Paz, Agapito Robles cruzó la plaza, entró al Juzgado. El Juez Montenegro, el escribano Pasión, el secretario Del Carpió lo

esperaban.

—Siéntate, hijo.

Pasión miró asombrado la amabilidad del Juez.

—Está enfermo —explicó el magistrado.

«Ah, si el doctor cambiara», pensó Agapito.

—Agapito Robles: está de más advertirte que ésta es la casa de la justicia y que aquí hay que decir la verdad. ¿Tú conocías al difunto Leandro?

—Sí, doctor.

—¿Eras su amigo?

—No, doctor. Yo apenas lo trataba. Él era peón de su hacienda. No vivía en Yanacocha.

—¿Lo viste la víspera de su muerte?

—Yo estaba ausente, doctor.

—¿Cuándo lo viste por última vez?

—Una semana antes de su muerte lo vi tocando el bombo en la fiesta de Santa Rosa.

—Bueno, ya terminamos. Ya ves que fue fácil. Pronto saldrán libres.

El personero miró la sonrisa campechana del Juez, el parpadeo de los ojos del escribano detrás de la destartalada Underwood y la triple fila de condecoraciones que blindaba el pecho del presidente Prado en la fotografía. De todo ello se acordaría la mañana en que el secretario de la Corte de Huánuco le leyó su declaración. En esa Sala de Audiencias de Yanahuanca, él, Agapito Robles, personero de Yanacocha, había reconocido que la muerte de Amador Leandro fue premeditada y ejecutada por orden de las autoridades de la comunidad.

Tres días después de su declaración fueron embarcados en La Independencia. En el puerto de Chipipata los descendieron para transportarlos en camión a la cárcel de Cerro. Antes que concluyera lo que según unos era enediembre y según otros octumayo, los trasladaron a la prisión de Huánuco.

6. Pretextos por los que el Opa Leandro y Brazo de Santo nunca ascendieron a generales

Solidoro —exarriero, hoy Comandante de La Serranita— divulgó que don Migdonio de la Torre estaba gastando lo que tenía y lo que no tenía. Conociendo su avaricia se descreyó, pero pronto los navegantes aportaron la prueba: Nuño, su primer caporal y alcahuete, cruzó el lago mañana y tarde con lanchas abarrotadas de demenciales cargamentos. Los comerciantes agotaron de golpe sus reales provisiones de whisky, anisado, vino, enlatados de mariscos, atún, salmón, caviar de Huánuco, frutas, galletas, caramelos y panetones. Debieron luego encargar a Cerro un organillo con monito (sic), seis docenas de cucharas de chifa (sic), tres equilibristas (sic), tambores, espadas, estampillas de Groenlandia, un triciclo, poemas de Bécquer, seis patinetes y banderas de Alemania, Francia, Inglaterra y Japón (sic). Solicitados por las fiestas de doña Pepita y por las perentorias órdenes de don Migdonio de la Torre, las orquestas se angustiaron. Nuño no se andaba en chiquitas. Para remplazar a los agotados músicos de Uspachaca, revólver en mano, embarcó a la banda contratada para la fiesta de Roco. Eso no fue nada: Solidoro comenzó a propalar que «un caballero como don Migdonio de la Torre no tenía derecho a pisotear un apellido ilustre». Nadie se atrevió a interrogarlo. Demasiado respeto se tenía en Yanahuanca a don Migdonio, prócer que idolatraban los comerciantes enriquecidos por sus órdenes: una docena de máquinas de coser Singer (sic), un fonógrafo RCA Víctor con perrito, un perrito sin RCA Víctor, cien almanaques, ochocientas seis serpentinas, semillas de fresa (sic), treinta carpetas, una docena de overoles y otra de trajes de torero, banderillas y el *Tesoro de la Juventud,* acerca del cual no quedó más remedio que consultar al profesor Vento (sic). Mauro Huaynate recibió el encargo de confeccionar doce uniformes reversibles: por delante de General y por detrás de Vicealmirante.

En la puerta del sastre, Nuño precisó:

—Es para personas que miden a lo máximo un metro.

Escándalo: tantas maravillas acabaron en manos de cacasenos, de pobre diablos y hasta de comuneros a quienes regalaba Maca, principesca con la bolsa de don Migdonio. Solidoro mismo, que se favorecía con los fletes, proclamó que «si el señor De la Torre no se ajusta los pantalones, las autoridades debieran poner fin a tanta mariconada». Ella no se conformaba con sorberle el seso al hacendado: una semana sí y otra también se perdía con «amistades». Lanchas expresas rebuscaban los puertos. La primera vez don Migdonio la encontró desayunando con un viajante. Su airado reclamo fue cortado por Maca:

—¿Me has comprado? ¿Crees que el dinero que le chupas a tus esclavos basta para comprarme?

—Pero, Maquita, por Dios.

—No me levantes la voz, gamonalito, que aquí no estás con tus peones. Solamente gracias a mi debilidad, un don nadie como tú ha podido desayunar en mi mesa y dormir en mi cama. ¡Pero eso puede acabar!

—Maquita…

—¡Contesta lo que se te pregunta, insolente!

—Pero si no me has preguntado nada, amorcito. ..

—¡Por eso mismo debieras tener la respuesta preparada!

—Yo estoy preparado a todo, mi reina…

—¿Y qué haces entonces que no te pones el mandil y le traes el desayuno a mi amigo, el Ingeniero Alpiste?

—El señor Alpiste no es Ingeniero. Es propagandista médico.

—¡Si a mí me da la gana es Ingeniero!

«Y ahí su sonrisa regresó, carajo, como una generación de claveles que cambiaban de color y de fragancia, locos como mi desgraciado corazón. Porque los hombres, los simples hombres de carne y hueso que en las madrugadas agradecíamos vivir en el mismo planeta que ella, en las tardes maldecíamos el destino que nos condenaba a coincidir en la tierra con la hermana de Barrabás, esa maldad de inolvidables ojos azules».

Siguió sonriendo. Le alisó el pelo al propagandista amedrentado. Y con voz mejor que la miel de abejas de Curahuasi, suplicó:

—Sírvenos, por favor, el desayuno. Pero con mandil.

—¿Con mandil, yo?

—Es un juego, querido, es un juego. Sé bueno. Hazme un regalo que nada te cuesta. Sabes bien que las negativas me hacen daño...

El azul de sus ojos se borró de lágrimas. El hacendado perdió ánimo. Maca abrazó una guitarra: así ordenaba que prosiguiera la jarana.

«Obedecí a su sonrisa, esa sonrisa que veré trescientos años después de que me pudra debajo de esta pendeja tierra. Así, ella se adicionó a humillarnos públicamente a los hombres. ¡Y a qué afrentas me hubiera rebajado yo! Pero un buen día Maca y sus cómicos viajaron "ante la completa indiferencia de nuestras autoridades políticas, judiciales y municipales". ¡Huevadas!».

Un juelunes entretejido de gorriones, era mediodía, La Reina del Ande atracó en el muelle de Yanahuanca. Esos ojos de Virgen del Socorro, esos pechos, esos hombros, esas orejas, ese cuello, esas caderas, todo suavizado con grasa de cuculí. Esa hembra capaz de pararles la pinga a los héroes que huevean en los monumentos, desembarcó seguida por su Corte de idiotas. Porque predicando que «los imbéciles y los locos son los únicos hombres dignos de confianza», Maca recogía a todos los que encontraba en los puertos, caseríos o caminos, y blasfematoriamente los bautizaba con los apellidos de nuestros próceres. Así, a un enano que padecía la incurable costumbre de robar caramelos, lo motejó general Prado. Un tomillo de masa que arrastraba una pierna resultó el coronel Balta. Dos cretinos de Chacayán ascendieron a general La Mar y general Gamarra. Un retaco de cuello arbolado por el bocio acabó en el Mariscal Ureta. Y no obstante mis súplicas, no hubo manera de cambiarle el apellido a un estúpido que ella juramentó como el presidente Piérola. Pocos días después adoptó al Opa Leandro y a Brazo de Santo, quienes —pese a ser tan babosos como sus superiores jerárquicos— nunca pasaron de comandantes.

7. Que identifica al autor de los murales de la iglesia de Yanahuanca

Don Migdonio de la Torre conminó a la viuda Lovatón, dueña del hotel Mundial, para que expulsara a todos sus pasajeros y pensionistas. ¿Podía ella oponerse? Don Migdonio en persona se preocupó de comprobar la desocupación del hotelucho: quedó escandalizado. Para alojar un mayor número de viajeros, la viuda había dividido y subdividido los cuartos con tabiques de madera y hasta de cartón pintarrajeado y sucio, salpicado de grasas y vómitos. Don Migdonio dispuso que Nuño reacondicionara el local.

El caporal recibió la orden sin alterarse pero por dentro tiritó. Él también soñaba con Maca. Muchas veces ella lo sorprendió mirándola, con ojos llenos de lágrimas, y otras tantas el caporal bajó la cara refunfuñando contra la polvareda. A Maca, que se vestía o desvestía delante de los sirvientes como si fueran paredes, le daba igual. Para Maca, Nuño era un hombre; por tanto «indigno de compararse con un chivato».

Nuño dirigió la cuadrilla de peones que durante semanas abatió tabiques, rasqueteó paredes, compuso escaleras y pintó el hotel. Un día se embarcó a Yanacocha. Los pasajeros de la Tiburón acostrumbados a sus bravatas, se sorprendieron de tanta compostura. Más todavía los yanacochanos, a quienes el alcahuete saludó respetuosamente camino a la casa del profesor Vento. Este también desconoció la cortesía de Nuño.

—Muy buenos días, señor Vento. Con el debido respeto, mi patrón le manda estas pequeñeces.

Dos peones depositaron costalillos con carnes, papas, choclos y quesos suficientes para dar de comer a los Vento durante un mes.

—¿Se puede saber el motivo de estas atenciones?

—No es mi patrón sino yo quien suplica, señor Vento.

—¿Qué es lo que quieres, hijo?

—Mi patrón me ha encomendado refaccionar el hotel para recibir a la niña Maca. Hemos trabajado duro. Quisiéramos que usted nos ayudara a conseguir un dibujito de angelitos. En el pueblo

dicen que usted tiene un libro con pinturas.

—No entiendo, hijo.

—A la niña Maca le gustaría encontrar su dormitorio adornado con angelitos. Eso pienso.

—¿Ya tienen al pintor?

—Yo mismo pintaré.

El profesor Vento parpadeó. Hacía tiempo que pensaba dirigirse a los hacendados de la provincia solicitando ayuda para comprar carpetas. ¿Era la oportunidad de congraciarse con don Migdonio de la Torre?

—Espera, hijo.

De la vitrina donde guardaba sus libros sacó *Los genios de la pintura*: mostró reproducciones de Giotto, Fra Angélico, Leonardo, Miguel Ángel, Rafael.

—¿Esto es lo que buscas?

—Algo así, señor Vento. ¿Podría usted prestarme el libro unos días? Si es preciso dejaré una garantía. Para atender a la niña Maca tengo gasto abierto.

—No es necesario, hijo —suspiró el profesor, resignado a sacrificar el libro a cambio de carpetas para la escuela. Para no perderlo todo, arrancó la página que reproducía *La Virgen de Alba* de Rafael y se la dio.

Siete días después La Reina del Ande atracó en Yanacocha. Dos peones de El Estribo desembarcaron seis cornetas y seis tambores para la escuela y la súplica escrita de que «el ilustre maestro de Yanacocha, lumbrera del magisterio de la provincia, se digne revisar la pintura». El profesor Vento, que debía presentarse en Yanahuanca para deslindar las acusaciones de agitador que le formulaba doña Pepita Montenegro, decidió aprovechar el viaje. Desembarcó a las diez. El comparendo era a las doce. Fue primero a agradecer el regalo y a examinar las barbaridades que habría perpetrado Nuño. Desconoció la impecable fachada del Hotel Mundial. Un Nuño enflaquecido, lejano, lo invitó a pasar. El antiguo comedor tiznado por el humo de los fogones, era una magnífica sala comparable a las mejores de la ciudad. En el dormitorio destinado a Maca lo acometió un vértigo: en una pared reconoció la pintura de Rafael. ¡Era idéntica y al mismo tiempo distinta! El lago, los árboles, las casas, las colinas que se mostraban detrás de la Virgen

de Rafael eran menos verídicos, menos rumorosos, menos reales que los pintados por Nuño. Aterrorizado, transido, comprobó: los ángeles del italiano eran torpes bocetos de los incomparables arcángeles de Nuño. La Sublime Virgen, en lugar de su desabrida expresión de Madona, resplandecía con la sonrisa de Maca Albornoz.

—¡Esto no lo ha pintado un hombre! —exclamó.

—¿Le gusta, señor?

—¡Esto no lo ha pintado un hombre! —se escuchó repetir. —¿Podría prestarme otro dibujito, señor Vento?

—¡Por supuesto, hijo! ¡Lo que quieras!

Salió sofocado. Los gorriones tasajeaban el cielo. Se dirigió al Juzgado para desmentir la acusación que lo sindicaba como promotor de la «invasión» de la hacienda Huarautambo. El Juez Montenegro calificaba el sembrío de Huajoruyuc de «invasión de tierras». Para el profesor Vento comenzaba un «año» de tribulaciones. En el Puesto de la Guardia Civil le dijeron que el certificado de buena conducta «estaba a la firma». Por fin se embarcó con Nuño en la Tiburón. En Yanacocha Nuño volvió a revisar *Los genios de la pintura.* Con ojos extraviados escogió *La primavera* de Boticelli. Esta vez el profesor Vento arrancó la página sin vacilar.

Días después un peón enviado por Nuño lo visitó con tres corderos y el ruego de que fuera a Yanahuanca «para corregir los errores de la pintura». Se embarcó de inmediato. Del muelle fue derecho al Hotel Mundial. Entró sin llamar. En la sala se tambaleó: en la pared fulguraba un mural excesivamente superior al fracaso de Boticelli.

—Nuño…

—¿Señor?

—No sé lo que te pasa. En cuanto a mí te digo que si en algo puedo contribuir para que sigas decorando el hotel, estoy a tu mandar.

Pocos días después Maca llegó con su séquito de generales, esta vez vestidos de vicealmirantes. Sin dignarse responder saludos, atravesó las calles de una Yanahuanca maravillada y empobrecida. Se instaló en el hotel o mejor dicho instaló a los vicealmirantes.

—Este cuarto conviene al general Gamarra, este le cae al pelo al

coronel Balta, este es justamente el que necesita el general Iglesias, y este ni pintado para el general Gutiérrez.

—Este es un alojamiento para señores —gimió Nuño.

Maca se volvió.

—¿Has servido en el ejército, Nuño?

—No, niña.

—Si en lugar de contratar músicos y putas para tu patrón hubieras servido a tu patria, sabrías que en el ejército antigüedad es clase. Yo soy mujer sin grado. En cambio aquí tenemos generales y vicealmirantes. ¡Instálalos primero y luego veremos!

—Esto es para señores —protestó de nuevo Nuño.

Maca rió.

—¿En tu sesera, Nuño, se hospeda la idea de que un general no es un señor?

—Pero, niñita…

—¡Ah, carajo! ¿Tú también crees que en el Perú a los generales, en tiempo de paz, los tenemos que mantener y en tiempo de guerra los tenemos que defender?

—¡Patroncita!

—Nuño, si te las das de macho cómprate un cañón y establécete por tu cuenta, pero no comprometas inocentes.

No quedó más remedio que alojar a los vicealmirantes. El general La Mar se instaló en la habitación destinada a Maca. Los generales Crisanto y Gutiérrez ocuparon los dormitorios laterales y el general Prado y el coronel Balta las habitaciones contiguas. Brazo de Santo y el Opa Leandro, simples comandantes, se resignaron al comedor donde vomitaron un exceso de chocolates. El Pedorro, los romanos y los músicos ocuparon todo el segundo piso.

Maca salió a la plaza, desdeñó el estupor de los mirones y precedida por su división de bellacos, ignorando las venias de los paseantes enardecidos, cruzó la puerta del Círculo Social, centro de reunión de los notables donde jamás había penetrado una mujer. Ninguneando a los socios se acercó al mostrador.

—Un aguardiente.

—¿Fino u ordinario? —tartamudeó el sirviente.

—Grande.

El barman vaciló. El alférez Taramona, nuevo jefe de Línea, lo puso en su sitio:

—¿No has oído, carajo?

Se inclinó:

—Perdone la interjección, señorita, pero la cólera de no verla atendida se impone sobre el respeto que su belleza me merece.

Era un limeño canchero. Harta de rumores de disturbios, la 21a Comandancia había decidido cortar por lo sano. Los propietarios de la provincia —escenario de la segunda sublevación de Pasco— exigían aumento de la dotación policial. El coronel Zapata les envió al alférez Taramona, que se las conocía todas, y un refuerzo de quince guardias civiles.

—¿Le permite a un oficial sin más patrimonio que el respeto a la mujer peruana, el honor de proponer un brindis?

Maca le sonrió «con esa sonrisa que me consta que nos debilitaba aun a los hombres que no temblamos ante el fuego enemigo durante la guerra con el Ecuador».

Eran las cinco de ese «día que lamentaremos siempre las madres de familia de esta provincia que podemos con la frente muy alta pronunciar la palabra honor». A las seis el alférez ordenó rocotos rellenos a la arequipeña y un escabeche de pato con mucha cebolla. A las siete, los ojos del Juez Montenegro contemplaron «esas hogueras azules que ocupaban el lugar donde el resto de los huevones solo tenemos ojos» (Migdonio de la Torre). Desconcertado por la sacrilega presencia de una mujer en el Círculo Social, aunque rebajado por el milagro de su belleza, enarcó las cejas ralas. Pero miró sonreír a Maca y se descubrió.

—Doctor Montenegro —dijo el alférez Taramona— permítame presentarle a la señorita Maca Albornoz que con su visita honra a nuestra ciudad. Señorita Albornoz, permítame presentarle al doctor Montenegro, Juez de Primera Instancia de la provincia y luminaria del foro departamental. La señorita Albornoz, doctor, piensa establecerse en nuestra capital.

Por primera vez desde su juventud, el Juez se sintió torpe, desarmado, tímido.

«Y ante los ojos indiferentes de quienes tenían precisamente el deber de velar por los valores sagrados de una sociedad cristiana» (Memorial de esposas ofendidas) comenzó una jarana que solo declinó al amanecer del tercer día, cuando súbitamente grave Maca preguntó:

—¿Hoy es domingo?

—Domingo, lunes o martes, según usted quiera, señorita Albornoz —tartajeó el Juez.

Maca le palmeó la mejilla.

—Responde lo que se pregunta, Paco. ¿Es domingo?

El Juez palideció. Los notables desviaron la vista.

—Es domingo.

—No, es lunes.

—¡Claro que es lunes!

—No —corrigió Maca— es domingo.

Y volvió a reír con «esa sonrisa que nos atemorizaba hasta a los hombres que nos cortábamos las uñas bajo el bombardeo enemigo» (alférez Taramona). Salió seguida por su rebaño de generales. Cruzó la plaza y entró a la tienda de Sobero. Compró una mantilla. Se dirigió a la iglesia. El padre Chasán se preparaba a ofrecer la comunión. Blasfematoriamente, Maca se prosternó. «¿Un lobo puede comulgar?» (Josefina de los Ríos). El sacerdote entrevió una mujer espantablemente parecida a Santa Rosa de Lima y le ofreció la hostia titilando. En su turbación repartió la eucaristía a los generales. Maca salió con las manos juntas. Súbitamente monástica, canceló la baraúnda que preparaba la orquesta contratada por don Migdonio. Al día siguiente reapareció en la iglesia. Cinco días toleró la visión el padre Chasán. Al sexto, notificó que celebraría misa a las seis de la mañana. Maca se presentó puntualmente, con sus vicealmirantes impecable. El padre Chasán anunció que al día siguiente celebraría misa a las cuatro. Encontró a Maca rezando con los ojos cerrados. Se le volcó el cáliz.

8. Del diluvio universal que en la cárcel de Huánuco provocó Héctor Chacón

No bien él aparecía, las calles se despoblaban. Bastaba que se sentara en algún banco, para que los vecinos desertaran la plaza. Hasta los niños escapaban. Solo el profesor Vento acudió a darle la bienvenida. Envejecía: con voz temblorosa le informó lo ocurrido durante los últimos ciento ochenta años.

—¿Cuarenta años? ¡Estamos en 1962! —dijo Agapito mostrando la «fecha» de un periódico traído de Huánuco.

—Eso será en el mundo. En Yanahuanca estamos en 2182. Yo también tuve que adelantar la fecha de los exámenes. Soy un calzonazos, Agapito.

—A usted no le toca tener huevos sino cabeza y eso le sobra, profesor. Pero, ¿qué dicen nuestras autoridades?

—Ya no hay autoridades, hijo. El Juez las destituyó.

—¿Cómo puede destituirlas si el Poder Judicial no tiene jurisdicción sobre las autoridades comunales?

—La ley estipula que los hombres con antecedentes penales no pueden desempeñar cargos. Y como ustedes han estado encarcelados… Tú tampoco eres personero.

—¿Qué dice el pueblo?

—Nadie chista.

—¿Qué dice Isaac Carbajal?

—Trabaja en la Municipalidad.

—¡Cómo! ¿Isaac Carbajal a órdenes de la señora Montenegro?

—Así es, hijo.

—¿Y Cipriano Guadalupe?

—Tampoco se deja ver.

—¿Y mis compañeros de cárcel?

—Salieron mansos. Apenas llegaron los visitó el exsargento Atala. No sé qué les dijo. El hecho es que ninguno ha vuelto a abrir la boca. No se han vuelto a reunir. En nuestro pueblo ya nadie pronuncia la palabra «reclamo».

—¿Para esto se ha sacrificado Héctor Chacón? ¿Para esto murió

don Raymundo? ¿Para esto sufrimos tanto en la cárcel?

Salió. Era noche de luna. Los grillos cantaban un cielo polvoriento de mundos. El personero subió a la loma Quencash, distinguió el metal del lago y las confusas luces de la capital de la provincia. ¿Para esto se sacrificaron tantos hombres?, se preguntó de nuevo.

Rememoró la noche en la cárcel de Huánuco, cuando las autoridades de Yanacocha juraron continuar la lucha contra la hacienda Huarautambo. Cumplían un año de prisión. La cárcel ocupa una iglesia abandonada. En su semiderruida nave, de paredes penetradas por la orina, demasiado estrecha para quinientos detenidos, se apretujan un centenar de literas de madera desvencijada, privilegio de los presos antiguos; los nuevos duermen sobre jergones, frazadas o periódicos. Las autoridades de Yanacocha padecieron en esa cárcel hasta que Héctor Chacón, el Nictálope, decidió asumir la culpa de la muerte de Amador, el Cortaorejas. Agapito Robles se estremeció recordando los meses durante los cuales, en los ojos del Nictálope, más que el poder de atravesar las tinieblas, brillaba el odio contra su propia hija.

—Yo tenía todo listo para matar al Juez Montenegro. La vieja Sulpicia me había prestado sus ropas. Disfrazado de mujer pensaba meterme en la casa del Juez y degollarlo.

El Nictálope temblaba.

—Los guardias civiles vigilaban su puerta, pero disfrazado yo me hubiera introducido si es que mi hija no me delata. En este momento Montenegro se estaría pudriendo. ¡Sólo Juana y su madre sabían que yo me escondía en la troje! ¡Juana me entregó!

—Si tu hija te entregó, lo haría obligada por la desesperación —dijo Isaac Carbajal—. Como no podían capturarte, los guardias apresaron a tu yerno Calixto Ampudia. Yo vivía entonces cerca del Puesto. Soy testigo. Todas las noches colgaban a tu yerno para que revelara tu escondite.

—Él no sabía.

—Los guardias creían que sí. ¡Día y noche lo golpeaban! Todo el pueblo oía sus gritos. Tu hija amanecía en la puerta del Puesto suplicando que no lo mataran. Si te denunció fue para salvar al padre de tus nietos.

—Juana me entregó. Juana morirá. Todos los traidores deben

morir.

—¡Derrama cualquier sangre menos esa, Héctor!

Yo no lo delaté, papá. Esa mañana yo no bajé a la provincia. Cuando la Guardia Civil lo cercó a usted, los Ampudia me insultaban: me acusaban de provocar la muerte de Calixto. Mi marido agonizaba. Lo subían y bajaban de una viga en el Puesto. Hasta hoy sigue malogrado. No tiene nervio. No acomete tareas de fuerza. Es débil. A consecuencia de la tortura. Por mi culpa los Ampudia me gritaban «¡tú eres la raíz de sus desgracias!».

—Si matas a tu hija te condenarán a perpetuidad. Nunca saldrás. Montenegro se reirá de ti.

—Es cierto.

—Nuestros enemigos morirán viejos, felices, ricos.

—Es cierto.

—¿Sabes quién difundió que tu hija te había denunciado? —terció Agapito Robles—. ¡El escribano Pasión!

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Pasión nunca actúa sin consentimiento del Juez Montenegro. ¿Desde cuándo el Juez nos ayuda señalando a los traidores? Si esparcieron esas voces fue precisamente para que la calumnia llegara a tus oídos y te desesperaras. El enemigo ha conseguido llenar de salmuera tu corazón.

—Quizás tienes razón. Quizás el enemigo ha conseguido desviar la dirección de mi cólera. Quizás han calumniado a mi hija. Agapito ¿puedes escribirme una carta?

El personero consiguió papel y lápiz.

—Escribe: «Hijita: dicen que usted en un momento de desesperación me vendió a la policía…».

Yo no lo vendí, padre. Usted caminaba por las cordilleras. Usted no veía tiritar a las ollas. Poblaciones invisibles nos perseguían, papacito. Usted no vio la sonrisa insolente de las gallinas negras. Traían cartas. Usted vivía ausente. La Obra exhala Emanaciones. Las Emanaciones no alcanzan a los valientes. Usted es valiente. Nuestra casa comenzó a sudar. Paredes cansadas. ¡Por esta santa cruz, lo juro, padre! Las Emanaciones nos sitiaban. En la troje se oían picotazos vacíos. Pájaros no se veían. Las ventanas se abrían y se cerraban solas.

Las Emanaciones nos rodeaban. Pregúntele a los vecinos: la neblina vigilaba. Se turnaban. Primero la Obra alcanzó a nuestro burro. Poco a poco se achicó…

—«…Estoy enterado de que a Calixto Ampudia, mi yerno, lo torturaban por mi culpa. Sé que en la puerta del Puesto de la Guardia Civil usted se amanecía con la cabeza metida en su pañolón. Tal vez no pudo aguantar el peso de su tristeza y sabiendo que yo escogía papas en nuestra troje…»

Nuestro burro se redujo. Primero se rebajó a cabrito, luego a gatito, después desapareció. Para contrarrestar la brujería nosotros rezábamos padrenuestros al revés. ¡Por gusto! Luego de disolver a nuestro burro la Obra capturó a nuestros caballos. ¿Se acuerda de Vencedor? Él también se contrajo. Todos los días se achicaba…

—«Hijita: Yo anhelaba matar a los grandes para proteger a los chicos. Usted es chica. A usted y a su madre las perdono. Pronto se celebrará el Día del Preso. Ese día todos sin excepción tenemos derecho a recibir visita. Vengan sin temor y si no creen que las perdono manden por delante a mi yerno para que hable conmigo y certifique».

Mi hermano Rigoberto rodeó nuestra casa de espinas. Amanecían ensangrentadas ¡Alguien intentaba forzar nuestra protección! Nosotros llorábamos.

—Pronto nos alcanzará la brujería. Piedra a piedra se aproxima. ¡Haz algo, mamacita!

¿Qué podía hacer nuestra mamita? Ella lloraba.

—Nosotros también nos secaremos, como nuestros animales.

—Haz algo, mamacita.

El toro marrón se redujo: retrocedió a ternerito.

—Igual nos achicaremos, mamacita.

—Recemos otro padrenuestro.

Nuestras plantas y nuestras piedras también se achicaban. Usted caminaba por las cordilleras. La Obra no lo tocaba. Pero nosotros nos reducíamos.

—«…Traigan a mi nieto. Quiero conocerlo. Le tengo preparado un camioncito de madera. ¡Un camioncito rojo con barandas

amarillas!».

Un día usted amaneció en la casa. Nos encontró llorando.

—¿Por qué lloran?

—Lloramos porque nos volvemos sapos, papacito.

Usted se encolerizó.

—¿Por qué dicen estupideces? Ustedes no parecen mis hijos. ¿De qué leche nacieron? Hay que ser valientes. La brujería no alcanza a los valientes.

Usted se equivocó, papacito. Piedra a piedra los invisibles avanzaban. Hoy capturaban una piedrecita, mañana una ramita. Nadie podía contra los maleficios de Victoria de Racre. El Juez Montenegro la había contratado. Para asustarlo a usted, ella decidió convertirnos en alimañas.

Treinta días después Héctor Chacón recibió la respuesta. Entró a la covacha loco de contento.

—¡Lean, compadres! ¿Qué dice esta carta?

El personero Robles la leyó.

—Tu familia viene a verte, Héctor. Tu mujer, tu hija y tu nieto estarán aquí el Día del Preso.

El Nictálope se entusiasmó. Era uno de los capos de la cárcel. Tenía organizados quince tejedores. Los domingos vendía sus obras. Dinero no le faltaba: mandó confeccionar doce pares de zapatos para sus familiares. Obtuvo permiso para organizar una pachamanca gigante. En la cárcel ya no se habló de otra cosa. Se recolectó dinero y se compraron chanchos, carneros, cabritos, gallinas, papas, choclos, habas. La víspera se degollaron los animales, se excavó el hoyo para la grandiosa pachamanca.

El Nictálope resplandecía. El día de la visita vistió ropas nuevas. Alistó los doce pares de zapatos y el camioncito. Una comisión de presos invitó al director de la cárcel a plantar una bandera peruana sobre el montículo de la pachamanca. Eran las diez. El Nictálope esperaba impaciente. El patio hormigueaba de visitas. Eran las once. Se destapó la pachamanca. Eran las doce. Se sirvieron los carneros, se repartieron los chanchos, se regalaron los cuyes, se obsequiaron las humitas. Agapito Robles repletó las ollas de Héctor. El Nictálope miraba el cielo enfurecidamente azul. La una. Tengo que esperar a mi familia. Las dos. Su comida se enfriaba. Las tres. Las cacerolas

criaban grasa. Las cuatro. Mirando mustiarse al Nictálope los yanacochanos masticaban sin entusiasmo. A las cinco un pito anunció el fin de la visita. Pálido, palidísimo. Chacón caminó al centro del patio, bajó la cabeza, levantó el brazo, señaló a Dios. Aulló:

—¡Mi hija me delató y yo la perdoné! Yo que estaré encarcelado veinte años sentí el deseo de encontrarme, siquiera una vez, con mi familia. Me prometieron venir y no vinieron.

—Quizás la policía les impidió —carraspeó Agapito Robles—. Quizás no encontraron lancha.

Un brillante se quemó, un segundo, en los ojos de Chacón.

—¡Qué va a ser, compradres! ¡Qué desgracia ser hombre! ¡Qué mala suerte haber nacido! ¿Por qué no me busca la muerte? ¿Por qué existo? ¡No tengo a nadie en el mundo!

—Héctor, no llores: aquí estamos.

—Ustedes están presentes por unos meses, unos años, pero yo me quedaré en esta cárcel toda la vida. Ustedes saldrán y no se acordarán. Lo comprendo. El que sale libre olvida. No me resiento.

Él, el hombre más valiente de la provincia, dimitió al llanto. Las lágrimas le cavaban las mejillas, le caían por las barrancas de la cara. Sollozó largo rato, luego se calmó.

—¿Dónde están mis cacerolas? —preguntó con voz cambiada.

Liberato le alcanzó las ollas llenas de trozos de carne asada. El Nictálope las repartió.

—¡Coman, hermanos!

—Guárdalo para más tarde, Héctor.

—Es pecado tirar la comida. ¡Sírvanse! ¿Dónde están los zapatos?

Los alineó. Gritó:

—¿Quién quiere comprar doce magníficos pares de zapatos para mujeres y niños? Los remato por el precio del cuero!

Eran las seis. El pitazo de reglamento significó que los presos debían reingresar a las cuadras. En la puerta, Héctor Chacón exclamó:

—¡Un momento, yanacochanos!

El resto de los presos se alejó. Los comuneros rodearon la cara pálida de Chacón.

—Hermanos —dijo el Nictálope—, hace un año que ustedes

están aquí acusados de un crimen que no han cometido.

—Un año y diez días —corrigió Liberato.

—Nunca debí declarar ante el Juez Montenegro —se lamentó Agapito Robles.

—Él alteró tu declaración, personero, pero de todas maneras el Juez hubiera encontrado pretextos para fundamentar su calumnia. Sea lo que sea, la acusación existe y ustedes, autoridades, están encarceladas. Entre tanto, la hacienda Huarautambo avanza a costa de la impotencia de nuestro pueblo desamparado. ¿Se acuerdan de lo que nos dijo el mes pasado el personero de Yarusyacán? Desde Junín vino a decirnos que los pueblos de la pampa se preparan para la recuperación de todas las tierras usurpadas del Departamento. Esta vez las comunidades pelearán con las armas que les quitarán a los guardias de asalto y a los soldados. Pero para que las comunidades se animen a lanzarse a la lucha, es preciso recuperar primero la hacienda Huarautambo. Me acuerdo que el enviado de Junín dijo: «El Comando Militar de los comuneros de Tasco necesita que Huarautambo caiga y eso solo se logrará si el personero Agapito Robles sale a organizar a su comunidad».

El Nictálope miró a los yanacochanos.

—¡Agapito Robles saldrá!

—¡Imposible! Estoy acusado igual que ustedes. Mientras la Justicia no encuentre culpable, no me soltarán.

—¡Yo soy culpable! ¡Yo me declararé culpable de la muerte del Cortaorejas! Si es necesario, asumiré todos los crímenes pendientes de la provincia: los que se han cometido, los que se están cometiendo y los que se cometerán. ¡Todos los robos, todos los asesinatos, todos los estupros, todas las estafas! ¡De lo que quieran me declararé culpable! ¡Cualquier cosa, cualquier condena, cualquier mancha, será honor para mí, con tal que tú salgas de esta mierda, Agapito! ¡Yo me pudriré aquí hasta la eternidad, pero tú tomarás la inaccesible hacienda Huarautambo! Estoy viendo el día en que nuestra comunidad descienda victoriosamente por las laderas robadas. Estoy oyendo el griterío detrás de las banderas. Estoy viendo huir al Juez Montenegro. ¡Huyendo están todos los mandones, todos los abusadores de la tierra!

9. Sobre el matrimonio de Maca Albornoz con don Solidoro Cisneros de la Torre

—¿Qué hay, Nuño?

—Mi patrón pide permiso para verla, niña.

A la sombra de un molle, sentada sobre un batán, en un rincón del patio, Maca despiojaba al general Crisanto.

—¿Dónde está el chupasangre de tu patrón?

—Espera su autorización en la puerta. Trae músicos. ¿Ha escuchado a los Jilgueros del Ande, niña? ¡Precioso cantan! Fui a Cerro a cumplir un encargo y los descubrí tocando en la fiesta de Rancas. Difícil fue convencerlos de que rompieran su contrato, pero por usted…

—¡Qué bueno! Porque precisamente el general Crisanto ha dispuesto pasar revista a su oficialidad. Dile a tu patrón que deje los músicos y que me haga el regalo de irse.

Curvando su ceremoniosa estatura, alisándose las barbas rojas, entró don Migdonio de la Torre y tras él, descubriéndose, una banda de músicos. Maca seguía despiojando al general Crisanto que, mientras mordía una manzana, gangueaba:

—¡Qué rico pollo!

El uniformado confudía los sabores. Masticando gallina exclamaba «¡Qué rico pescado!» o saboreando un melocotón «¡Qué rico chocolate!».

—Permítame, Maquita.

—Doña Maca.

—Permítame, doña Maca, decirle cuánto me place poderla servir. Sabiendo lo que aprecia usted la música me he permitido traerle a los Jilgueros del Ande, famosos en toda nuestra serranía, para que le ofrezcan las canciones de su placer.

Maca les sonrió. Los músicos se aturdieron.

—¿Saben tocar marchas de guerra?

—Lindas marchas, señorita.

—¡Magnífico! La banda nos cae a pelo para el desfile. Desgraciadamente tú no podrás asistir, Migdonio. Los generales

están en maniobras y estos movimientos son secretos de guerra.

Don Migdonio ensayó una sonrisa pálida.

—Cuando te necesite te llamaré.

—Nuño estará esperando, mi reina.

—A propósito, ¿no te sobran cinco mil soles?

—De haber, habría —tartamudeó el hacendado.

—Tú que eres tan fiestero quizás conoces a doña Añada, la cocinera del doctor Montenegro.

Saliendo un mediodía de la escuela el profesor Vento descubrió a Nuño soportando el sol con indiferencia.

—¿Qué haces aquí, hijo?

—Mirando, don Eulogio.

—A ti no te pagan para mirar. ¿A qué vienes?

—Esta vez vengo por mi cuenta. Ganas de saber si tocan sus cometas. ¿Tocan bonito, don Eulogio?

La cara del director resplandeció.

—¿Oyes? Son mis alumnos que se preparan para el desfile del 28 de julio.

—Pero, ¿no estamos en agosdiembre, don Eulogio?

—Eso dicen los alcahuetes del Juez pero según mis cálculos estamos en julio. ¿No oyes redoblar los tambores? Créeme, hijo, que todavía me pregunto qué mosca le picó a tu patrón para regalarnos la banda.

—No fue mi patrón, don Eulogio: fue la niña Maca. Mi patrón es tímido para regalar pero doña Maca tiene la mano abierta. Ella ayuda, don Eulogio.

—Eso he oído.

—Doña Maca supo que hace años usted sueña con una banda para la escuela y ordenó a mi patrón que se la regalara.

—¿Ordenó?

—Don Migdonio es mi patrón pero la niña Maca es la patrona de los patrones.

—Eso me cuentan. ¡Si asi fueran todos los patrones…!

—Si asi fueran todos los patrones ¿quién querría mejorar su condición?

—¿Te comerías unos choclos, Nuño?

—Encantadísimo, don Eulogio.

Terminado el almuerzo el profesor Vento se colocó sus anteojos y examinó Los genios de la pintura. *Sin vacilar arrancó una reproducción de* La Aurora *de Guido Reni.*

—¿Esto qué es, don Eulogio?

—El padre Chasán anda buscando un pintor para decorar una de las paredes de la iglesia.

—Francamente no conozco a Añada.

—Doña Añada, Migdonio.

—No conozco a doña Añada.

—Es una viejecita que necesita lana.

—¿Cinco mil soles de lana?

—Por el momento.

Tratando de no lastimar la ingenuidad de su ofrecimiento, el padre Chasán le preguntó a Nuño si creía que los mandados de don Migdonio le darían tiempo para pintar el cuadro. «Juntaré pedazos de sueño, padrecito» contestó Nuño con una mirada surcada por tales bandadas de inocencia que el curita no tuvo corazón para rechazarlo. Suspiró pensando «ya me jodi con la pintura que tendré que pagar para ocultar su barbaridad».

—¿Cuándo quieres empezar?

—¿Se podria esta noche, padrecito?

—¿Piensas pintar de noche?

—Encenderá una vela, padrecito.

«Yo encenderé otra para encomendarme» —pensó el padre.

El cura Chasán notificó al sacristán el permiso otorgado y se embarcó para Chipipata. De allí siguió a Tambopampa y después a Chinche donde celebró una misa por el reposo de los muertos de la masacre. Diez dias después el padre Chasán volvió, abrió las puertas de la iglesia y retrocedió aterrado. En una de las paredes Nuño había mejorado La Aurora. *El cura boquiabierto miró a los corceles conducidos por el divino auriga, el grupo de doncellas entre las que sonreían mujeres tan sacrílegamente reales que pensó tocarlas. Aterrorizado se abstuvo, y se quedó contemplando. ¡Todo era más hermoso, más veraz, más iluminado que en el lastimoso proyecto de Reni!. A los pies del mural, agotado por el*

trabajo, de espaldas, Nuño roncaba. Pisado por un tarro de pintura, al lado de una vela extinguida, encontró el «original», indigno de compararse con su resplandeciente reproducción. En La Aurora *reconoció los rasgos de una mujer que le pareció Maca Albornoz. Emocionado bendijo a Nuño y se arrodilló para rezar.*

Don Migdonio se reclinó en el sillón, sonrió soñador.

—Sí, señor. En una oportunidad la comunidad colindante con mi hacienda pretendió levantarme un plano clandestino. Contrataron a un ingenierito que se gana la vida calentándoles la cabeza a los salvajes. Pero por unos reales todo se sabe y yo me enteré que pretextando estudiar el paisaje el pendejete me hervía el agua. Ja, ja. ¿Te acuerdas, Nuño? Dejamos que acabara su plano y cuando salía de mis tierras Nuño lo cazó. Ja, ja. ¿Te acuerdas de lo que hicimos, Nuño? ¿Qué pasa, Nuño?

—El desfile se ha anulado, patrón.

El hacendado se alegró, se levantó:

—¡Perdón, señores!

—Desgraciado en juego, afortunado en amores —rio Arutingo.

—Nuño: tráeme músicos y cerveza.

Tratando de no correr, regresó. Encontró a Maca entusiasmada ya con los Jilgueros del Ande. Iniciaron la jarana. Nuño salió para encargar un aguadito de pato al Círculo Social. ¡Conocía el punto exacto de ají que gustaba Maca! En una pausa del baile sirvió. Después siguió la jarana. Cerca de medianoche vio a Maca y a don Migdonio subir la escalera del hotelito. Los músicos, los generales y los ayayeros se retiraron. Él apagó las luces, se envolvió en su poncho. Reclinó la espalda para descansar. No descansó. Comenzó a oír los bramidos de don Migdonio y las carcajadas y los susurros de Maca. Padeció toda la noche. Pero no oyó lo que a las ocho de la mañana, rigurosamente vestido de negro, suplicó el hacendado:

—Me llamo Migdonio de la Torre y Covarrubias del Campo del Moral. Los De la Torre acompañaron al Libertador Bolívar durante la campaña de la Independencia. Nuestra familia ha dado un presidente de la república, tres generales, cuatro obispos y dos vocales de la Corte Suprema. ¿Acepta ser mi esposa?

—Antes te aceptaría unos tamalitos, si no es ofensa tener hambre después de haber dado de comer.

—¿Tamalitos?

—Sí. Y verdes, salvo que tus ilustres antepasados tengan algo contra ese color.

—¿Cómo, Maquita? Perdóname, no comprendo… Yo acabo de abrirte mi corazón. Te he propuesto lo que jamás…

—Migdonio: como es de esperarse, no te has dado cuenta que atravesamos un momento crucial. La patria está en peligro y toda tu contribución cívica ha sido despertarme para jamonearte.

—Estee, estee…

—Deja de tartamudear e infórmate: ayer el presidente Piérola perdió la pelota de trapo del general Crisanto. Si los generales siguen perdiendo las pelotas, pronto perderán las guerras. Yo doy mi pleno respaldo a la actitud tajante que ha adoptado el Comando.

El hacendado intentó sonreír:

—Yo también estoy de acuerdo con el Comando, Maquita. Pero…

—¡Un momento! ¿Quién te ha dado autorización para estar de acuerdo con nada?

—Mi reina: si tú quieres que yo esté en desacuerdo...

—Lo que quiero es que te vayas. Y lejos. Porque hoy se celebrará el Consejo de Guerra y ningún civil debe entrometerse. Eres civil. Ya es tiempo que comprendas: ¡los civiles no tienen nada que ver con el destino de la patria! Después nos ocuparemos de tu demanda.

Don Migdonio salió animado por una visible esperanza. Presentía lo que iba a ocurrir. En los ojos de Maca leía el infortunio del general Crisanto. Por alguna razón desconocida, la gloria del cretino llegaba a su fin. Los demás generales, a la orden de Maca, lo sentenciarían al destierro. Sintió piedad por el idiota que pronto, degradado de su trágico oropel, retornaría al andrajo, al hambre y al frío de los caminos de los cuales —por un rápido verano— Maca lo había rescatado. No pudo impedir, sin embargo, que a su lástima por el espantajo se mezclara un manchado regocijo. Porque una vez sentenciado el infortunado general Crisanto, Maca se calmaría. Durante unas semanas volvería a fulgurar su sonrisa. Una de esas tardes, y acaso delante suyo, Maca convocaría a los generales para solicitar su depravada venia. Imaginó la escena. «Señores Oficiales: el caballero aquí presente me ha hecho el honor de pedir mi mano. Antes de otorgársela, quisiera merecer la aprobación de sus altas investiduras». Y en esa grotesca sesión, el nuevo Jefe de Estado

Mayor tendría voto determinante. Suspiró aliviado. Cualquiera que fuese el remplazante de Crisanto, estaría de su parte: hacía tiempo que don Migdonio, con sus regalos, cultivaba las simpatías de los imbéciles. Así, con sonrisa confiada, apresurado, feliz, se embarcó para Cerro. En la capital del departamento visitó al prefecto, honró prolongadas partidas de póquer y adquirió dos anillos de oro, un collar de perlas, sortijas y una montaña de regalos para los generales. Volvió a Yanahuanca. En el muelle tropezó con el escándalo de una banda de música.

—¿Qué celebran? —inquirió.

—El matrimonio de la niña Maca —informó un marinero negligente.

—¿Cómo supieron la noticia? —sonrió don Migdonio, sacando pecho.

—El mismo Solidoro lo ha comunicado.

—¿Queeeé?

—La niña Maca se casa con el señor Solidoro.

La tempestad sorprendió a la Tiburón de Yanacocha en la mitad del lago. Ilusionado con la prosperidad del comercio marítimo, Mauro Huaynate, su comandante, había rematado su sastrería para financiarla. Pero más tenía de sastre que de navegante. La Tiburón se extravió en la neblina. Por poco encallan en los arrecifes de Chacayán. Solo anocheciendo el padre Chasán desembarcó en Yanacocha. Rechazando invitaciones fue directo a la casa del profesor Vento. Lo encontró hojeando Los genios de la pintura.

—Buenas noches, profesor.

—Buenas noches, padre. ¿A qué debo el honor?

—¿Ha visitado usted la iglesia de Pillao?

—Ayer estuve, padre.

—¿Qué me dice?

—Que ese Tiziano con el que se llenan la boca estos libros es un pobre aprendiz. He visto la pintura de Nuño. ¡Obra del Diablo!

—¡Obra de Dios, don Eulogio!

—¿Cómo es posible que un gañán cuyo único mérito es servir de alcahuete a un malvado, pinte esas maravillas? Y lo peor es que no tiene la menor idea de lo que hace. Él cree que pinta

«angelitos».

—Obra de Dios, don Eulogio. Hace mucho que pido por él en mis misas. El amor es grande. El amor hace crecer a los árboles y volar a los pájaros.

—Con franqueza, padre: ¿Usted cree que es un milagro?

—¿Otra cervecita, don Eulogio?

—¿Es cierto que Nuño anda pintando la iglesia de Chacayán?

—Dios no lo quiera.

—¿Por qué, padre?

—Porque si supera a Miguel Angel, ¿de dónde vamos a sacar modelos?

El gordo Solidoro adelgazó de golpe. Se cortó los bigotes. Se trajeó a lo dandi. Abandonó a doña Clotilde, su esposa legítima, quien de inmediato ascendió a vocal del Comité de esposas ofendidas. Descubrió que las corbatas no solo servían para asegurar costalillos. Se compró tres pares de zapatos bicolores: dos blancos con marrón y uno negro con amarillo. En el Círculo Social rompió públicamente con amigos de infancia que se atrevieron a indagarle por la salud de doña Clotilde. Para atender los gastos del noviazgo, se deshizo de dos chacras. Dispuso traer seis cajas de orquídeas del Amazonas. Una candela todopoderosa lo sostenía desde la noche en que Maca lo desbarrancó hacia su terrible paraíso. Solo porque su novia insinuó que «Los vicealmirantes, aunque nadie lo crea, necesitan conocer el mar», el ahora esbelto Solidoro adquirió al contado La Reina del Ande, lancha que el ahora periclitado don Migdonio remató «en lo que me den, porque tengo urgencia de irme a la mismísima mierda». No acabaron de carenar la embarcación ni de pintar su nuevo nombre: La Sultana de mis Sueños. Un buen día, el entonces radiante Solidoro se presentó al Hotel Mundial con la Orquesta Huamán: encontró la puerta cerrada. Tocó. Asomó la cara fruncida del Pedorro.

—¿Está la patrona?

—Para usted no, señor.

—¿Cómo? ¿Te atreves a vedarme el ingreso a la casa de mi novia?

—Ahora es la novia del profesor Cisneros, señor.

—¿No tendría otro dibujito? —preguntó Nuño.

El profesor hojeó el libro. Se detuvo en la Adoración de los Reyes Magos *de Fra Angélico.*

—¿Lindo, no?

—Llévatelo, hijo.

Terminado el «mes», el profesor Vento acompañó al padre Chasán a la iglesia de Goyllar. Aparte del crucifijo y cuatro candelabros de madera labrada, carecía de ornamentos. Detrás del rústico altar donde se celebraban misas solo en las fiestas grandes, se detuvieron pasmados. El padree se hincó a rezar. El profesor, librepensador y todo, lo imitó. Mucho después, comentaron:

—He contado los hombres y los animales. ¡Están todititos!

—Sólo que éstos son más vivos. ¿Ha visto la cola del pavorreal?

—Yo diría que el rey arrodillado se parece a Nuño y la Virgen a Maca Albornoz.

El padre no lo oía: comenzaba un rosario.

Sin contemplaciones y ante el escándalo de todo el pueblo, el profesor Cisneros en persona embarcó a su mujer y a sus ocho hijos en la Tiburón. Menos temerario que sus predecesores, ni se jactó ni se exhibió públicamente con su prometida. Sorpresivamente, Maca abandonó a los idiotas y descubrió el placer de la literatura y la contemplación de los ocasos. En la paz de las tertulias inocentes, el profesor la conmovía declamando «Los mejores poemas de amor de César Calvo». Maca deportó a sus músicos y regaló a la servidumbre su pomposo vestuario. En pos de una modista que renovara «con la dignidad que mi novia merece» los vacíos roperos de la inminente Maca de Cisneros, el profesor viajó a Cerro. Allí descubrió que sus medios no eran suficientes. Visitó entonces al inspector Ruperto Izquierdo, jefe del Magisterio Departamental, para solicitarle un préstamo: sus próximos doce sueldos. El inspector lo atendió con indulgencia.

—Disculpe, profesor Cisneros, que me inmiscuya en algo tan íntimo. Pero creo que tantos años de leal compañerismo me autorizan a ello.

—Usted dirá, señor inspector.

—Para serle franco, ya he oído pregonar las virtudes de su

novia. ¿Tan bella es que usted no ha vacilado en disolver su hogar y comprometer tan seriamente su economía futura?

Al profesor Cisneros le relampaguearon los ojos. Extrajo una foto de su cartera.

—¡Juzgue usted mismo, don Ruperto!

El inspector retrocedió levemente.

—En su caso, amigo mío, yo haría lo mismo.

Seis días demoró el profesor Cisneros en obtener el préstamo y completar el ajuar de su prometida. Llegó radiante a Yanahuanca. En el muelle distinguió la sonrisa de Maca, el barullo de los uniformados y la inesperada elegancia del inspector Izquierdo. Se acercó.

—Placer de volver a verlo, señor inspector. ¿A qué debe nuestra ciudad el honor de su visita?

—He venido a casarme.

—¿Y con quién, si no es indiscreción, señor inspector?

—Con la señorita Albornoz.

10. Por qué el común de Yanacocha prefirió arrojar el pan de los Carbajal a los chanchos

Isaac Carbajal miró los pumas que constelaban el poncho de Agapito Robles y se escurrió por una callejuela. Sintió frío, calor, frío. Mientras escapaba comprendió que esos inviernos y esos veranos eran estaciones de su vergüenza: no tenía valor para enfrentarse al personero. ¿Sabía ya Agapito Robles que él, exjefe de los disciplinarios de la cabalgata, era celador de la Municipalidad de Yanahuanca que ahora presidía doña Pepita Montenegro? ¿Conocía que el terror se había domiciliado de por vida en Yanacocha? Isaac Carbajal suspiró. ¿Por qué escapaba? «Escapo porque trabajo bajo las órdenes de la mujer del hombre más odiado de la tierra». El Juez se le apareció como una montaña empenachada de hielo negro. ¡Nieve negra! El poncho de Agapito subía la montaña. Carbajal sintió el impulso de correr y explicarle. Explicar ¿qué? Explicar que todos, absolutamente todos los que secundaron al viejo Herrera no podían ni vender sus cosechas ni conseguir trabajo. Los intermediarios compradores de papa rehusaban la de los hombres marcados por la inquina del Juez. Cercados por la necesidad se rindieron. Isaac Carbajal —¡el primero en vencer la Joroba del Diablo!— mozo en la flor de su edad, solicitó las más humildes ocupaciones. ¡En vano! Hasta que después de meses de penuria su hermano Julio —profesor de la escuelita de Huarautambo— le informó que la alcaldesa decía que «en la Municipalidad hay una vacante que quizás podría ocupar tu hermano Isaac».

—¡Trabajar para los Montenegro! ¿Qué diría el viejo Raymundo si me viera?

—El viejo murió, Isaac.

—Su alma no descansa, recorre las tierras de la comunidad. Los Quintana lo han visto penando en Chinche.

Pero «semanas» después acudió a la Municipalidad. Isaac solo conocía de vista a la hacendada. La temible propietaria resultó una mujer amable. Lo sometió a una prueba de lectura y escritura y le

asignó el puesto de celador. Desde entonces pudo verse a Isaac escribiendo precios en la pizarra del mercado, controlando pesos y medidas, cobrando arbitrios. Nadie se lo reprochó al comienzo pero semanas después, saliendo de la cantina de Santillán, Joaquín Rojas le gritó:

—¡Amarillo!

El amarillo solo le evocaba los girasoles. No comprendió.

—¡Amarillo! —le repitió Rojas con asco.

—¿Qué quieres decir?

—¿No sabes lo que es un «amarillo»?

Rojas acercó su tufo a cañazo.

—Amarillo es un traidor. ¡Tú eres un amarillo al servicio de la hacienda Huarautambo!

—¿En qué falto a nuestra comunidad?

—Trabajas para la Montenegro.

—Trabajo en la Municipalidad. Soy un servidor del Concejo, no de los Montenegro. Cumplo con mis obligaciones comunales y cuando no cumplo pago mis multas.

—¿Sabes que las autoridades queman tu dinero?

El borracho cayó sentado sobre el fango. Lo siguió, insultando. Una semana después —eso fue peor— Cecilio Roque escupió a su paso.

—¿Por qué escupe don Cecilio?

—Yo acostumbro escupir delante de los traidores.

—Don Cecilio: yo podría arrancarle este insulto con los dientes, pero usted es hombre recto: fundamente su ofensa. ¿En qué traiciono?

—Eres traidor y además alcahuete. ¿No te ocupas de sus fiestas?

—Me encargaron dar licor a los músicos.

—¿El Concejo o tu patrona?

—La Municipalidad paga la banda. Me ordenan darles su cervecita a los músicos.

—¿Y quién se divierte? ¿El pueblo o tus patrones?

Isaac no supo contestar. Cecilio Roque tenía razón: la mitad del presupuesto del Concejo de Yanahuanca se usaba para pagar las bandas de música. Los Huamán —presos interdiarios del sargento Astocuri— tocaban gratis. Pero los Montenegro, hartos de sus huaynitos, exigieron una banda completa que la Municipalidad solo

pudo contratar en Cerro. Salvo una retreta semanal que daba al vecindario, seguía día y noche a los hacendados fiesteros. Caro le costó a un músico huaracino un paseo en lancha. A cincuenta metros del atracadero de Yanahuanca el saxofonista, Mateo Roque, de los Jilgueros del Ande, excedido en copas, rodó de el Valiente de Tapuc y se ahogó.

—Isaac: pronto se te tocará una campanada —anunció Cecilio Roque.

Isaac se alejó contra el viento. Tres días después su tía Faustina entró gritando:

—¡Desgracia, sobrino!

La vieja se arrancaba los cabellos.

—¿Qué pasa, tiíta?

—El pueblo tocó anoche una campanada contra los Carbajal.

—¿Qué dices, tiíta?

—Yanacocha ha acordado echar candado a las puertas de todos los que se apelliden Carbajal. ¡A mi edad! El pueblo quiere expulsar a todos los Carbajal. Todos los amarillos serán expulsados.

—¡No soy amarillo, tía!

—Mi corazón se raja. El pueblo dice que Julio y tú son compadres de los Montenegro.

—Julio es el maestro de la escuela de Huarautambo y yo soy el celador de la Municipalidad. Eso es todo.

No querían saberlo los yanacochanos que aprovechaban la menor oportunidad para insultarlo. Alguien le pagó al Comandante Leandro para que le llevara un sobre que contenía papel amarillo. Peor: para celebrar un bautizo, Juan Minaya organizó una diablada. Era domingo. Isaac estaba en Yanacocha. Salió a su balcón para admirar la maestría de los *danzaks;* se maravillaba con sus saltos cuando justo delante de su puerta los bailarines enmascarados gritaron «¡Amarillo!» Mareado por la humillación descendió a la carrera pero cortando el aire con sus tijeras, los *danzaks,* libélulas fantásticas, se alejaban. Peor: una madrugada no encontró a sus animales. Fue al coso: los alguaciles no dieron razón; sus animales no habían sido sorprendidos en pasto ajeno; solo atardeciendo su sobrino Anacleto informó que los caballos pastaban en Huajoruyuc. ¿En Huajoruyuc? ¿En la tierra que disputaban Yanacocha y Huarautambo? Corrió a recuperar sus bestias. Isaac tenía dos

caballos, Supercholo y Nerón, tan hermosos que el mismo subprefecto Valerio mandaba alquilarlos. Poseía, además, tres borricos. Dos resultaron comunes y corrientes pero Pachinono, en cambio, salió costeño y tomó cuerpo. ¡Una maravilla que exigía montura! Los encontró desherrados. Alguien había arreado sus animales y con un alicate había arrancado los clavos de las herraduras. Sus bestias cojeaban. Descendió a Yanacocha para suplicarle al herrero Ampudia que los herrase de nuevo, pero el gigante pretextó trabajos. Isaac aumentó el precio. «De veras lo siento muchísimo, don Isaac, pero no me abastezco», mintió Ampudia. Tuvo que bajar a suplicar al herrero de Yanahuanca. Pero siete días después, su tía Faustina, con lágrimas en los ojos, entró al Concejo para informarle que sus caballos habían amanecido de nuevo sin herraduras: Supercholo rengueaba lastimosamente. Por segunda vez lo herró. Por turnos cuidaban ahora los Carbajal a sus animales, pero más vigilaba el rencor de sus enemigos. Un día que según unos era Viernes Santo y según otros Navidad, Isaac descubrió que por tercera vez los habían desherrado. Con el corazón calcinado recorrió Yanacocha dispuesto a dirimir, como fuera, con la primera mirada, con la primera sonrisita, su desesperación. Encontró las calles desiertas. Bebió tres copas de aguardiente en la cantina de Santillán y abandonando sus responsabilidades tomó el camino de Huarautambo: quería explicarse, de una vez por todas, con su hermano Julio. En las fronteras de la hacienda se encontró con el Chuto Ildefonso, que reconociendo al celador de doña Pepita le franqueó los portones. Atardeciendo entró en la casa de su hermano.

—¿Quién se nos ha muerto? —gritó Julio mirándolo sollozar.

—¡Tú, yo y todos los Carbajal estamos muertos, hermano! El pueblo nos ha tocado otra campanada: todos los que tengan trato con nosotros serán declarados culpables. ¡Maldita sea la hora en que volví a Yanacocha! En Lima yo era un mayordomo estimado. Cuando el embajador de Bolivia recibió su notificación para trasladarse a Estados Unidos me dijo: «Isaac, aprecio tu trabajo. Eres un buen muchacho, conoces mis costumbres. Nos hemos aficionado a tu persona. Vente con nosotros a Estados Unidos». Pero en eso recibí tu telegrama avisando de la gravedad de nuestro padre y acudí para cerrarle los ojos. Él murió y ustedes me pidieron que

me quedara. ¡Malhaya la hora en que me apiadé! En vez de pisar una tierra que se retira de mis pasos, caminaría suelo extranjero. ¡Maldita la hora en que fui débil! ¡Por tu culpa me quedé en Yanacocha!

—No teníamos qué comer. Tú eras el mayor. Por eso te suplicamos que te quedaras, hermanito.

—Hace quince días el pueblo salió a rodear sus pastos. Yo no podía concurrir pero queriendo cumplir mandé doscientos panes. ¿Sabes qué hicieron? ¡Los tiraron a los chanchos! Los necesitaban pero prefirieron arrojar nuestro pan a los cochinos. ¡Tenemos que limpiar nuestro nombre, hermano!

Con los sollozos tartamudeaba.

—¿Cómo?

En su rostro se encendieron y se apagaron la desesperación y el odio. Hasta la noche discutieron. La luna enjalbegaba los eucaliptos. Hacía semanas que Isaac había perdido el sueño. Y ahora que atravesaba las interminables pampas del insomnio, rememoraba los páramos infnitamente más desolados que había cabalgado, antes de dormir, definitivamente, el viejo Raymundo. Hablaron y hablaron hasta el amanecer. Cuando se separaron, en sus caras ya no habitaba el desaliento.

11. De las guerras civiles que asolaron Yanahuanca

Pero de su triunfo, y de las corbatas floridas que encargó a Cerro de Pasco, el inspector Izquierdo solo alcanzó a jactarse quince días. «En el camino de mi felicidad —quién lo hubiera creído— se interpuso el pobre desgraciado Herón de los Ríos, indigno hasta de integrar el séquito de babosos de Maca. ¿Saben cómo se la ganó? ¡Sirviéndole de correo! Había que ver con qué gusto ese alcahuete llevaba y traía los mensajes de los amiguitos de mi prometida. Y yo sin imaginarme nada. Una maldita noche, Herón —que no era capaz de cruzar una batea vacía— desafió la tempestad y cruzó el lago para cumplir con las instrucciones de mi novia: entregó una carta al dueño de la Hacienda Jarria, y otra al hijo del dueño de la Hacienda Jarria. Los dos fueron citados —¡padre e hijo!— en la misma cama y a la misma hora del mismo día. Por eso se trompearon, y no por el asunto de la hipoteca. Mi novia, naturalmente, no acudió a las citas. Esa noche la pasó con los Chirinos. ¿Y quién les sirvió el desayuno después del combate? ¡Herón de los Ríos! Él era el mensajero, el mayordomo, el encargado de contratar orquestas, el hombre a mano de todos sus caprichos. Maca, pues, lo tuvo que recompensar». Al día siguiente, Herón pidió el divorcio a su mujer. Ante su sorpresa, la dignísima doña Magda de los Ríos, aceptó de inmediato.

«Señor Ministro de Gobierno: las esposas de Yanahuanca —por todo lo expuesto— solicitamos la intervención urgente de las Fuerzas Armadas. Nos consta que la brillante intervención de la Guardia de Asalto acabó con la agitación comunista que promovía una demagógica Reforma Agraria. Las esposas que suscriben confiamos en que —con igual firmeza— se ponga fin a este subversivo intento de reforma sexual» («Memorial de las esposas ofendidas»).

Por gusto se divorció don Herón.

En un viaje en lancha, Maca se encontró con el escribano Pasión, único varón de la provincia inmune a sus encantos. El escribano la saludó con respeto. Ella le sonrió. Algo se le desleería a Pasión porque solo a costa de gran esfuerzo logró quitar los ojos de ese

rostro. Maca, que nunca viajaba sin músicos, pidió una guitarra y cantó tan melancólicamente que al escribano se le mojaron los ojos. En el muelle, Pasión se despidió con una reverencia. Al día siguiente recibió el primer ramo de flores.

—Esto ¿qué es? —preguntó el Juez Montenegro.

—Una ofrenda para la iglesia de San Pedro —tartamudeó el escribano encarnado.

Apelando a mil astucias, logró disimular los diecisiete ramos de flores, con sus respectivas notas perfumadas, que los generales le llevaron.

Pero no pudo ocultar la serenata que Maca le ofreció noches después. Los Huamán, los Jilgueros del Ande y los Patriotas, tocaron y cantaron hasta que el empavorecido escribano salió al balcón. Enmurallada de músicos, Maca se acercó entonces para cantarle *E1 día que me quieras*. Pasión era uno de los hombres más elocuentes de la provincia. Ni eso ni la desesperada convicción de su inocencia, le sirvieron para encontrar argumentos que calmaran a su mujer. De mansa consorte, doña Clorinda, emigró a furia desencadenada: le rompió la frente de un florerazo. No hubo más remedio que llamar al sanitario Canchucaja. Encontró la casa llena de mujeres rabiosas. Sin dignarse reparar en las risitas que chasqueaban a su paso —no podía ocultar la venda— Pasión asistió al día siguiente, muy digno, a cumplir sus obligaciones. Hacia el mediodía el General Bermúdez lo alcanzó en la Plaza de Armas con una carta en la que Maca le pedía una entrevista «para excusarse». El escribano entrevió las espantosas consecuencias de una negativa y escribió unas líneas agradeciendo «la ocasión que se le presentaba de saludar a tan distinguida dama de nuestra sociedad». Como lugar de la cita, Pasión señaló una casa a medio construir que poseía en la subida a Yanacocha. Pretextando una convocatoria urgente del Juez Montenegro, salió puntualmente.

En el camino entrevió sombras. Despreciando temores entró en la casa. Sentada en un tronco del patio encontró a Maca. Iba a darle la mano cuando su boca tropezó con un beso: pensó escapar, oyó ángeles, sintió un intolerable verano. Su boca le pareció la entrada de una caverna donde lo aguardaba temblando el desconocido que había vivido cuarenta años debajo de su piel. Casi al alba huyó. Su mujer dormía. El escribano fingió que se levantaba y asistió a misa.

Pidió confesión. El padre Chasán lo escuchó suspirando.

—*¿Et tu, Brutus?*

—¿Qué dice, padrecito?

—Que Dios se apiade de tu alma, hijo.

—No es el alma lo que me preocupa, sino el cuerpo.

Cumplió la penitencia y marchó al Juzgado. Decidido a no volver a cruzar palabra con Maca, redujo sus actividades a las imprescindibles gestiones de su cargo. Pero el domingo, camino a la iglesia, cruzando la plaza, rodeada por su imperio de babosos, en una llamarada entrevió a Maca. Sintió un remolino de alas: se desvaneció. Sin mirarlo, Maca descendió al muelle para embarcarse a Uspachaca. Un mes estuvo ausente. Yanahuanca comenzó a restañar sus heridas. El Comité de Esposas Ofendidas ofreció una misa de Acción de Gracias que, aparentemente, la Divina Providencia no atendió. Porque tres días después Maca desembarcó. Filiberto Sobero la escoltaba. Dueño de una de las principales tiendas, de seis solares y cinco chacras, Sobero también pensó en abandonar a su mujer. En el muelle perdió el ánimo. Pretextando ocupaciones urgentes se despidió de Maca, quien no halló nada mejor que instalarse con su generales en el Círculo Social. Fue una mañana difícil, interrumpida tres veces por la pelea entre el presidente Piérola y el general Echenique, quien desde hacía tiempo gestionaba su ascenso a sargento. No había manera de hacerle entender que el grado de sargento era inferior. Durante el almuerzo Maca decidió que el uniforme de los generales no convenía a su jerarquía. Escoltada por la bulla de su Estado Mayor fue a la tienda de Sobero. Sonriendo, rodeó el cuello del comerciante. Sobero sintió que con un pie pisaba el paraíso y con el otro el infierno. Sintió ruido de rosas abriéndose. Sintió que el río de la felicidad se mezclaba con el río del terror. Escuchó las mentadas de madre de su mujer que ante el espanto de sus clientes comenzó a derribar frascos y balanzas del mostrador. Ella, que en veinte años de matrimonio jamás había alzado la voz, bramaba sus «cómo te atreves, hijo de puta, a traer chuchumecas a mi casa. ¿No te basta con exhibirte con esta zorrina que dejará apestando el pueblo tres generaciones después de su partida? ¡Salgan ahora mismo o les rompo la cara a escupitajos!».

Sentada sobre un costal de azúcar, Maca sonreía. Con dificultad,

los dependientes que nunca habían visto «entrar a la Virgen María a la tienda» impidieron que la mujer de Sobero la despedazara.

El Comité de Esposas Ofendidas acudió en pleno a «solicitar garantías» a la Guardia Civil. En ausencia del alférez Taramona, el sargento Astocuri procuró calmarlas. Sosegar a los maridos envidiosos fue más difícil. Los Cisneros rompieron con los Arutingo y los Atala con los Canchucaja. El domingo, en plena misa, Arutingo y Atala se agarraron a puñetazos.

Los camorristas fueron convocados el mismo día al Juzgado de Primera Instancia. Ni compadres ni contertulios del Juez se libraron. En la sala de espera se encontraron los favorecidos «por ese fango que camina por las calles de nuestra ciudad, que si jamás ha llegado a darse a conocer, señor prefecto, es porque como las esposas honradas, nunca dio motivo a la maledicencia ni al escándalo, dignos quizás, señor, de Sodomas y de Gomorras pero no de un pueblo que se precia de los valores que constituyen el tesoro moral de la mujer peruana» («Memorial»). Culpables (los que no eran amigos del Juez), e inocentes (los que lo eran), salieron todos empavorecidos. Un Montenegro inaccesible les leyó el artículo del Código Penal que prevé las penas por los delitos contra la «tranquilidad pública y las buenas costumbres». A todos se les prohibió abandonar la ciudad. Ni siquiera se les autorizó a viajar a los anexos fronterizos. Las diligencias se prolongaban. Los acusados gastaban los días en el Juzgado. Cesaron las disputas. Era demasiado arriesgar: poco a poco ralearon los admiradores de Maca, ahora entusiasmada con los festejos que preparaba la Guardia Civil para homenajear a la Guardia Civil en el aniversario de la Guardia Civil: «un festín digno, señor prefecto, de Calígulas de la antigüedad y no de una ciudad cristiana donde no creemos que el papel de nuestras autoridades sea el de tañer la lira mientras el incendido de la lascivia devora nuestra Roma» («Memorial»). Comenzaba o acababa el «año». Febreriembre o novimayo encontraron a un Montenegro reconcentrado, adusto, amargo, pétreo.

Ese momento escogió Nuño para excitar la cólera de don Migdonio de la Torre.

—¿Qué mierda te está pasando?

—¿Por qué, patrón?

—Desde hace días andas con las manos enguantadas. ¡Pareces pianista mariposón!

—Ando medio reumático, patrón —inventó Nuño.

—Procura sanarte. Eres mi primer caporal. Tu conducta me compromete. No me salgas con dengues de marica. ¡No los aguanto!

—Sanaré, patrón.

¡Mentía! Desde que padecía su inconfesable amor las manos le ardían como salidas de un horno. «¿Estás afiebrado, Nuño?», le preguntaban extrañados quienes lo saludaban. Nuño mismo, que había viajado a las tierras bajas de El Estribo, creyó que era malaria. El caporal se las arregló para evitar apretones de manos. Pero empeoró: tocadas por sus dedos las maderas florecían. La primera víctima fue su guitarra. Nuño, buen jaranista, gustaba acompañar a los conjuntos que por orden de don Migdonio de la Torre daban serenata a Maca. Benito Rueda, uno de los Jilgueros del Ande, observó:

—No sabía que usted apreciaba tanto las guitarras. La gente no agradece la música. Usted, sí. ¡Lindo lo que hace, Nuño!

—¿Qué, don Benito? —se asombró Nuño.

—¡Florear su guitarra! Primera vez que lo veo.

Sólo entonces Nuño descubrió los claveles que la infestaban. Intentó disimularlos con un exceso de cintas bicolores pero no consiguió detener el florecimiento. En pocas horas los claveles cubrieron la guitarra. Nuño la escondió en un desván. ¡Por gusto! Porque pronto se percató de que toda madera tocada por el verano de sus manos, recuperaba la memoria de los tiempos en que había sido árbol. En la mesa de la cocina del Hotel Mundial, donde comían los peones de El Estribo y la servidumbre —los generales almorzaban en el Salón Dorado—, brotaron gladiolos irreprimibles. El general Bermúdez se los devoró todos. Al día siguiente, los sirvientes encontraron la mesa sofocada de magnolias: creyeron que provenían de los innumerables ramos que su patrona recibía diariamente. Pretextando que la mesa cojeaba, Nuño ordenó trasladarla al depósito. ¡Decidió no volver a tocar madera! Pero comprendió luego que si no se curaba pronto, las flores ahogarían las sillas, las mesas, las puertas, las escaleras, su cama. Por fortuna se acordó de unos guantes de cuero que al final de una jarana en «Diezmo» arrojó un hacendado borracho. ¡Así ocultó por un tiempo

su maravillosa gangrena!

La salud del doctor Montenegro también empeoraba. Por primera vez en su vida conocía el insomnio. Él, que se regía por horarios inmutables, enredó el hilo de sus jornadas. En vano, como siempre, se acostaba a las diez de la noche y se levantaba a las seis. El sueño lo esquivaba: entre sus ojos y el reposo se interponía la sonrisa de Maca.

Una mañana, sobre la mesa del Juez, el escribano Pasión encontró *Los Titanes de la literatura amorosa*. Creyó que el libro era la prueba de un expediente de estupro. Pero días después, entre las páginas de un Código, descubrió algo peor: el inocultable comienzo de un poema:

Maca, Maquita, Maca,
la de la voz argentina
y el aliento de jazmín.
Sal a tu ventana, ingrata,
y oye la mandolinata
que te doy en el jardín.

Horrorizado, Pasión desvió los ojos del plagio que demostraba que el Primer Vecino padecía la misma enfermedad que llagaba a todos los hombres de la provincia. El Juez no se atrevía a admitirlo. Pretextando diligencias, rondaba el caserón donde se hospedaba Maca. Ciertas mañanas se cruzaba con su séquito. Saludaba ceremoniosamente. Ese gesto —leve inclinación que él creía el colmo de la amabilidad— era todo lo que lograba extraer de su severidad. Se consolaba alargando los interrogatorios de los acusados de «alterar el orden público». Ruiz y Sobero, compadres de veinte años, ahora separados por su pasión, comparecieron ante el Juez. En una disputa de borrachos habían quebrado una vitrina del Hotel Mundial. El doctor los sometió a un prolongado interrogatorio. Preguntado si se reconocía «culpable de albergar un sentimiento en contradicción con su condición de padre de familia», Sobero tuvo el tino de responder que la suposición era una «calumnia de los envidiosos».

—¿Envidiosos de qué, Sobero?

—De la paz que reina en mi hogar, señor Juez.

—¿Está usted dispuesto a jurar que no alberga ningún

sentimiento en contradicción con el Código Civil?

—¡Por la salud de mi madre y la felicidad de mis hijos!

—Yo siempre he pensado, Cristóbal —dijo el Juez devolviéndole antiguo trato—, que usted es un hombre digno. Y ahora, entre hombres, Cristóbal, dígame ¿qué tiene de extraordinario la tal Maca?

—¿Debo decir la verdad o la verdad-verdad, doctor?

—La verdad-verdad.

—El hombre que no traiciona a su patria por pasar una noche con esa mujer, es un canalla, doctor.

—Puedes retirarte, hijo.

¡Y qué maravillas no hubiera destronado Nuño si una tarde que esperaba la llegada de Maca para entregarle una carta de don Migdonio de la Torre, el jirón 28 de julio no se hubiera poblado con una multitud iracunda: el Comité de Esposas Ofendidas avanzaba detrás de los clamores de doña Josefina de la Torre, su presidenta, y de banderolas que proclamaban «¡Viva la Virtud, Abajo el Gobierno!». La chiquillería alborozada seguía el escándalo de las matronas. Nuño consideró con calma la multitud colérica, se plantó delante de la puerta del Hotel Mundial. Las Esposas Ofendidas desfilaron gritando:

—¡Puta, puta, puta!

Los generales excitados salieron a las ventanas. Sus risotadas irritaron a las manifestantes. La Canchucaja comenzó la pedrea. La Solidoro acertó a darle al general La Mar. Arbóreo, superior, impasible, Nuño sonreía. Doña Josefina de la Torre, que lo consideraba el más insigne alcahuete de la provincia, le atinó con un pedrusco. La sonrisa de Nuño no se alteró. La segunda piedra le rompió el pómulo, la tercera el labio. ¿A dónde hubieran llegado las cosas? Por fortuna, los guardias civiles, previendo la cólera del alférez Taramona, disolvieron la algarada.

Atardecía cuando Maca desembarcó de La Serfanita. En el muelle se enteró del asalto. Descubrió a Nuño vigilando la puerta. Le miró la cara ensangrentada y le sonrió. Ruborizada por la emoción o por el crepúsculo, pidió un pañuelo. Se acercó a Nuño. Con delicadeza le limpió la sangre que surcaba su palidez.

—¿Sufres, Nuño?

—Por usted yo recorrería despacio el infierno —tembló Nuño

sabiendo que veinticuatro horas después, veinticuatro años, veinticuatro siglos después, seguiría temblando. Maca le sonrió de nuevo. En sus ojos, Nuño miró el momento en que su padre se enredaba con su madre para traerlo a este planeta donde viviría ese minuto colgado de aquella ígnea felicidad.

—Yo sé qué cosa te quema, Nuño. Pero no necesito verte en el infierno, donde los hijos de puta nos volveremos a saludar. ¡Si me quieres, camina sobre el agua!

Se rió. En sus ojos, Nuño retrocedió vertiginosamente a su infancia.

—Eso es fácil, niña.

Enarboló una sonrisa melancólica, se volvió hacia el lago. El Pedorro rasgueó una guitarra. Los generales pelearon por los chocolates que Maca repartía. Desatendiendo las olas, Nuño se acercó a la orilla: comenzó a caminar sobre el agua. Los generales chillaron. Maca emitió un gemido ronco. Nuño siguió avanzando hacia Yanacocha, improbable en la neblina. De seguro perdería el rumbo. Porque amaneciendo lo encontraron ahogado en Uspachaca.

Nada de esto dio pretexto al doctor para aproximarse a Maca. ¿Qué hubiera sucedido si a Arutingo no se le ocurre organizar un concurso para elegir a la reina de belleza de la quebrada Yawarcocha? Arutingo pretendía ser nombrado perito del Juzgado. No encontró mejor camino que proponer lo que el doctor anhelaba. La Comisión Proelección de la Reina de Belleza y Protectora de las Artes de la Quebrada de Yawarcocha le solicitó al Juez que se dignara aceptar la presidencia del jurado. Se publicaron bandos con las convocatorias. Al día siguiente el magistrado recibió la visita de doña Josefina de la Torre, quien no perdió tiempo en informarle que «el Comité de Esposas Ofendidas, con cuya presidencia me honro, considera que este concurso es un acto típico de provocación comunista».

—Ignoraba que usted presidía el respetable Comité de Esposas Ofendidas. Primera noticia, señorita De la Torre, que usted tenía marido —se mofó el Juez.

—Doctor ¿cómo se atreve? Soy soltera a mucha honra. ¿Es motivo para no compartir los sentimientos de desilusión y dolor que nos embargan a las mujeres de esta digna y noble ciudad?

—Eso me suena a vals, señorita esposa.

Doña Josefina de la Torre citó despectivamente al poeta:

—«Hay aves que cruzan el pantano y no se manchan», doctor. El comité que me distingue con este cargo que por supuesto desempeño *ad honorem*, tiene conocimiento de que un grupo de agitadores marxistas se prepara a lanzar la candidatura de una persona con cuyo nombre no quiero ensuciar mis labios.

—Me habla en latín, señorita.

—Usted sabe bien de quién hablo, doctor.

—Si usted no me dice el nombre…

La directora se sonrojó.

—Los resentidos sociales de la provincia preparan la candidatura de una tal Albornoz.

—¿Se refiere usted a la señorita Maca Albornoz?

—¿Piensa tolerar ese escándalo, doctor?

—Yo estoy aquí, señorita directora, para garantizar el ejercicio de las libertades públicas y no me mezclo en intrigas ni envidias.

—¿Envidias?

—La señorita Albornoz hace de todo y lo hace bien y provoca la envidia de quienes no hacen nada y lo hacen mal.

—¡Doctor!

—¡Con su permiso, señorita esposa!

Esa noche el doctor Montenegro presidió el jurado que demoró minutos en proclamar a Maca Reina de la Quebrada Yawarcocha. La coronaron en una ceremonia a la cual, salvo las maestras conminadas a concurrir por la Inspección Escolar, faltaron todas las mujeres de la ciudad. Se decretó feriado. El Primer Vecino dispuso que el acontecimiento se celebrara con un paseo de lanchas que debía recorrer todos los puertecitos del lago Yawarcocha. En cada muelle esperaba una fiesta organizada por Arutingo. Y sucedió lo que tenía que suceder: doña Pepita Montenegro prohibió el paseo. Pero, por primera vez en su vida, su «¿cómo te atreves a pasearte con la puta de todos los marineros?», se encontró con «no te olvides que cuando yo te conocí tú estabas con un pie en la cárcel». La Primera Dama escapó sollozando a su dormitorio. El Juez descendió a la plaza donde esperaban las autoridades listas para embarcarse. Además de orquestas y sirvientes. Maca se encaprichó en viajar con los generales. En el muelle comenzaron los escándalos. No viendo al coronel Balta, Maca ordenó al escribano Pasión:

—Baje y tráigamelo.

—Con perdón de la señorita, yo no soy su sirviente —replicó Pasión.

Maca se volvió al Juez.

—¿Paco, permitirás que me insulte un mequetrefe?

—Señorita Albornoz, lo que don Santiago…

—¿Don? ¿Desde cuando los prevaricadores utilizan el «don»? Tú, que te proclamas el Primer Ciudadano de esta provincia ¿toleras que un pobre diablo me ofenda públicamente?

—Señorita Albornoz, le ruego… —gimió el escribano.

Y como el Juez vacilaba, Maca saltó al muelle y se alejó. Solo después de suplicar media mañana se consiguió que aceptara iniciar el paseo que, desde luego, excluía a Pasión, «único funcionario, señor prefecto, que en las trágicas horas que afrontamos las madres de familia de esta provincia, supo conservar la dignidad de su cargo».

La reina, los vicealmirantes y el presidente del jurado se embarcaron en La Constitucional. El subprefecto Valerio y las autoridades políticas en la Tiburón de Yanacocha, el magisterio en La Independencia y la plebe en toda suerte de embarcaciones. En la popa de La Constitucional, Arutingo había instalado una cabina pintada con los colores nacionales, donde Maca y el Juez encontraron dos sillones Luis XXIV, cojines floreados y una mesita con licores. El Huáscar zarpó para preparar el recibimiento. La flota se esfumó en la niebla. No se divisaba la otra orilla. El viento encrespaba las aguas. ¿El piloto perdió el rumbo? ¡Misterio! En La Constitucional viajaban el doctor Montenegro, la reina, Arutingo, el general Prado, el general Gamarra, el general Iglesias, el general Bermúdez, el coronel Balta, Brazo de Santo y un abotagado de bocio a quien Maca simplemente llamaba El Comandante. Arutingo evoca un viaje tranquilo hasta la mitad del lago donde —¿es posible?— el magistrado habría solicitado a la tripulación permanecer en cubierta. Las gaviotas chillaban en la niebla. La tripulación escuchó silbotear un huaynito, luego susurros, huaynitos, susurros. Mezclando el himno nacional y *El plebeyo*, los Generales cantaban. «Sus ojos me marearon. Algo más poderoso que la fuerza que obliga a beber a un hombre que ha vagado milenios en un desierto, me obligó a arrodillarme. Su mano me acarició el pelo. Me levantó.

Escuché el canto de sus idiotas. Ella se arrodilló. Me desabotonó. Vi, de nuevo, mi infancia, vi mi vejez, vi la constricción de todas las boas del mundo, vi mi nacimiento, vi mi muerte».

Emitió un bramido primario. El general Iglesias y el comandante Brazo de Santo se arrojaron al agua. Se ahogaron. Maca emergió de la cabina limpiándose los labios con un pañuelo floreado. En mangas de camisa no obstante el frío, silboteando *Nube gris*, el doctor comenzó a remar.

El Juez Montenegro que desembarcó en Uspachaca desconcertó por su regocijo. En el muelle, una multitud de escolares esperaba a Maca I. Los aclamaron gritando:

—¡Padrino sebo! ¡Padrino sebo! ¡Padrino sebo!

El Juez sacó un fajo de billetes que empezó a repartir como si fuera propaganda aprista. Mendigos, generales, vicealmirantes y niños se entreveraron en la disputa.

Coronaron a Maca en la Municipalidad. El doctor presidió el baile. La gente descreía del testimonio de sus ojos mirando al magistrado bailarín. La reina y su comitiva durmieron en Uspachaca. A la mañana siguiente se embarcaron rumbo a San Rafael. En el muelle los esperaba otra multitud entusiasta. El doctor repartió mil soles. La escena se repitió en todos los puertos.

Una semana duró la gira que devolvió un juez contentísimo: el mismo día de su desembarco adelantó el 28 de julio solo para acogerse a la tradición que autoriza a amnistiar presos el día del aniversario nacional. Por primera vez en 25 años, la cárcel quedó vacía. Pero pronto su benevolencia se vio nublada por los caprichos de Maca. Lo convocaba en los momentos más absurdos. Desdeñando los servicios perfectamente utilizables de amigos o sirvientes del doctor, Maca comunicaba sus órdenes por intermedio del general Bermúdez. El general cojeaba hasta el Juzgado, interrumpía el severo trabajo judicial, forzaba al magistrado a postergar comparendos o interrumpir sentencias para acudir a los imperativos llamados de la reina. Peor le fue en las fiestas que sin cesar promovía la Albornoz.

Más que por respeto, por temor a disgustar al Juez, las esposas de los notables asistían a esas jaranas «dignas señor prefecto, de Heliogábalos que arrojaban cristianos a las fieras o de Nerones que incendiaban Roma, mansos corderos comparados con este dragón».

Durante la fiesta que celebró el matrimonio de Flor Cisneros, Maca detuvo un instante su incansable huayno, sonrió y llamó con el índice al doctor Montenegro. El Juez palideció:

—¿No ves que te llamo?

—¿En qué puedo servirla, señorita Albornoz? —disimuló.

—¡Baila!

—Yo no soy aficionado a…

—Baila te digo. ¡Música!

El Juez inició un increíble huayno. No lo terminó: Maca comenzó otro con un sobrino de los Solidoro, mequetrefe recién llegado de Lima, estudiante de derecho con ínfulas de candidato a diputado. En las barbas de Montenegro, Maca se consagró al bellaco. El Juez se retiró temblando de rabia. En el camino se le acercó un pleiteante: antes que abriera la boca, el Juez lo abofeteó. Madrugó con la intención de recriminar a Maca. Lejos de dar disculpas, ella se dio por ofendida. Los generales recibieron al Juez a salivazos. También contrajeron la costumbre de apedrear su casa: el Juez no hallaba manera de explicar a doña Pepita por qué la Guardia Civil no impedía el atropello. En vano Montenegro envió mensajeros a Maca. Atala y Arutingo la asediaron con regalos que ella repartía de inmediato, y con cartas que sin mirar entregaba a los generales. Ellos se divertían fabricando gallitos y botecitos de papel.

Creyendo que Maca se alegraría con el desfile tradicional, el doctor adelantó, de nuevo, el aniversario patrio. Era la novena vez que el 28 de julio se celebraba en el «año». Los funcionarios recibieron instrucciones de preparar, en todos los caseríos, programas que incluyeran, obligatoriamente, un desfile y un baile. Por oficio de la Subprefectura se invitó, en primer lugar, a la Reina de Belleza de la quebrada Yawarcocha. Pero Maca I no se dignó asistir a la ceremonia. El magistrado la presidió, atormentado por la frase que —según un marinero— Maca había pronunciado en una cantina de Uspachaca: «Hijito: si la boca solo sirviera para comer ¿en qué nos diferenciaríamos de las gallinas?». Finiquitado el recital de poesía, Montenegro pronunció la oración patriótica:

—Señoras y señores: hay fechas grabadas con letras de oro en el mármol de la historia…

Y se zambulló en la campaña de la Independencia. Recordó la

marcha de los libertadores a través de estas cordilleras, señores, que culminaron en aquellas jornadas inmortales de la Emancipación: las heroicas batallas de Junín y Ayacucho donde se cubrió de gloria el general Sucre…

Demasiado tarde sus ojos enrojecidos por el insomnio divisaron la sonrisa cariada del General Sucre que pugnaba por acercarse al estrado agitando un sobre. Nadie ignoraba, desde luego, las altas funciones del general que avanzó tropezando hacia la tribuna. En un rapto de inspiración, Arutingo le arrebató la carta y la depositó sobre la mesa. Contenía solo dos palabras: «Ven: Yo».

—Y entonces, en el campo de Ayacucho, como muchos hermanos combatían en ejércitos diferentes, el general Sucre…

Creyéndose aludido, el idiota comenzó a chillar:

—¡Respuesta pagada!

Arutingo, que estaba en su día, lo sacó de las orejas.

—¡Respuesta pagada! —repetía el general.

Sobreponiéndose a la sospecha de que los rostros de los invitados escondían unas pavorosas ganas de reír, el Juez prosiguió la arenga. Evocaba la derrota de los españoles cuando con terror, con deseo, con escalofrío, advirtió que alguien se abría paso a codazos por entre la concurrencia boquiabierta. Cerca del estrado, Maca se lo quedó mirando.

—Señorita Albornoz honre esta ceremonia ocupando un sitio en la tribuna de honor —balbuceó el Juez.

—¿Sabes que hoy es mi cumpleaños?

—Hoy es también el aniversario nacional —tartamudeó el Juez.

—¿El aniversario nacional? ¿Por eso estás aquí? ¿En Yanahuanca se prefiere celebrar el aniversario nacional a mi cumpleaños?

—Pero señorita Albornoz…

—Dilo de una vez, Paco. Para ti las efemérides patrióticas son más importantes que mi cumpleaños. ¿O sea que celebras la libertad? Pues bien: desde este momento eres libre e independiente por la voluntad de Maca Albornoz y la estupidez de tu causa que los imbéciles defienden.

Era una blasfematoria parodia de las frases con que en un día «semejante» el Libertador San Martín había proclamado la independencia del Perú. Así Yanahuanca comprobó que para Maca

Albornoz el Primer Vecino era el último. Porque con el infalible sentido del poder que tienen los humildes, los litigantes y los quejosos acudían ahora a Maca. Peores las pasó el Juez. Para conservar a Maca debió rebajarse a situaciones aún más humillantes. Los graciosos, los bailarines y los chistosos que se ganaban la simpatía de Maca, obtenían indultos que el Código no contemplaba. El Juez comenzó a recibir «órdenes de salida» o «cortes de juicio» de falsarios y abigeos cuyos parientes destacaban en la jarana. No eran las únicas órdenes que recibía. Una noche que agasajaba en su casa al senador por Pasco con una comida que reunía a lo más granado de la sociedad yanahuanquina, el Juez miró cojear por la escalera la estúpida sonrisa del general Bermúdez. Solo de milagro el exsargento Atala impidió que el general entrara al salón. Traía un simple «Preséntate». Maldiciendo o agradeciendo su suerte el magistrado se guardó la orden. Eran las diez de la noche. En el salón comenzaban los discursos. Se preparaba a usar la palabra el Primer Vecino cuando sus orejas le comunicaron un familiar taconeo. Alborotada su espléndida cabellera, con ojos inolvidables. Maca preguntó:

—¿Molesto?

El mismo senador por Pasco, «testigo ilustre de los bochornosos sucesos que sin duda ese ciudadano ejemplar denunciará en el Parlamento», se quedó estupefacto. Nadie osó responder.

—¿Ah? … ¿Ni siquiera molesto?

—Señorita Albornoz…

—¡Claro! … Estamos en un salón, no en un dormitorio. ..

—Señorita Albornoz: me permito recordarle que se halla usted en un domicilio particular…

—¿Ya no nos tuteamos, Paco? ¿Ya no soy tu tesorito, el farolito que alumbra tu camino, el oasis de tu páramo conyugal?

Doña Pepita Montenegio avanzó su ofendida majestad:

—Doctor Montenegro: ¿va usted a permitir que conviertan su casa en una deshonra? Yo soy su mujer legítima, Doctor…

Maca acentuó su sonrisa:

—¿Así que me engañas con tu mujer, no?

—¡Sargento Astocuri! —tembló de rabia doña Pepita— ¡Expulse inmediatamente a esta zorra!

El sargento, que sabía bien quién mandaba en Yanahuanca, miró

al Juez, miró a Maca, tornó a mirar al Juez.

—¿Procedo, Doctor?

Los invitados volvieron su estupor hacia el Juez. Montenegro miró a otra parte. Titubeó. Luego de un milenio de agonía, de vergüenza, de ahogo, exhaló:

—Proceda.

En el Puesto, Maca quedó acusada de «desacato al Poder Judicial». El Juez esperaba que el alférez Taramona comprendiera su situación insostenible. Así hubiera sido si el alférez no se encontrara, a su vez, en una situación insostenible. «Porque con profundo dolor debemos informar, señor prefecto, que los encargados de velar por el orden en nuestra ciudad fueron los primeros en alterarlo». Entre los deberes del alférez figuraba el informe que quincenalmente debía rendir a la 21a Comandancia. De regreso traía los sueldos de todos los puestos de la Guardia Civil de la exquebrada Chaupihuaranga. Su mala suerte quiso que a bordo del Huáscar tropezara con tres tahúres que sin respeto por el uniforme propusieron:

—¿Se anima a jugarse un poquercito, mi alférez?

—Para matar el tiempo no más.

—¿A libra?

—¿Con retrucada?

— ¡ Ayayay!

A la quinta mano elevaron la apuesta: retruque hasta cien soles. El tiempo magnífico y las cervezas exaltaron los ánimos. Cuando Yanahuanca emergió en el horizonte, el alférez Taramona perdía quince mil soles.

—¡Pasajeros de Yanahuanca! —previno un marinero.

—¿No se irán dejándome este forado?

—Con gusto seguiríamos la partida pero ¿dónde, mi alférez?

—¿Qué tal un escabeche en el Círculo Social?

—Con su rocotito, mi alférez.

En el rostro del jefe de Línea, que no contestó los saludos de los guardias que controlaban el desembarco, los custodios del orden sospecharon su desgracia. Sobenes, el encargado del Club Social, les confirmó poco después, que el alférez perdía veinte mil soles, los dos tercios de la planilla. Los guardias se alarmaron.

—¿Qué esperan, carajo, para formar una cadena? —gritó

Astocuri.

Entre el Puesto de la Guardia Civil y el Circulo Social apostaron un guardia cada cincuenta metros. El mayordomo les comunicaba las novedades que transmitía Sobenes. El Puesto seguía la situación al minuto:

—¿Cómo va nuestro alférez?

—Perdiendo.

—¿Qué hay de la partida? ,

—Ha recuperado cinco mil soles.

—¿Ganamos o perdemos?

—Descansan. Están comiendo humitas.

A las diez de la noche, perdidos sus últimos mil soles, el alférez propuso jugar el reloj de oro, recuerdo de su padre. Por cortesía los tahúres aceptaron.

—No hay derecho, gruñó el cabo Bejarano.

—¿Con qué comeremos este mes? —preguntó el guardia Paz.

—Estas cosas deberían prohibirse —comentó el guardia Rómulo cariacontecido.

El sargento se irguió con la cara rabiosa.

—¡Están prohibidas! ¡El juego de azar está prohibido, carajo! ¡Prepárense para una batida!

Instantes después, pistola en mano, los guardias civiles violentaron la puerta del Círculo Social, justo en el momento en que los tres doces del alférez se humillaban sin remedio ante la escalera chica de un traía huancaíno.

—¡Manos arriba!

—¿Qué sucede?

—¡Todo el mundo contra la pared, carajo! —gritó el sargento Astocuri.

—¿No están viendo a su jefe? —preguntó un poquerista insolente.

—Con su permiso, mi alférez: el juego de azar está prohibido. La ley me obliga a proceder al decomiso. Le agradeceré que no me impida confiscar el cuerpo del delito.

Estrictos cumplidores del deber, los guardias recuperaron 53 512 soles, suma que sorprendió a los jugadores pues la banca no sobrepasaba los 25 000. Sin un centavo en los bolsillos, fueron conducidos al calabozo. De allí solo salieron a las veinticuatro

horas, después de una severa reconvención del sargento Astocuri. El alférez dormía la mona. A la una del día siguiente apareció en el Puesto. Entrando oyó un vals melancólico. En el patio, rodeada de generales, Maca cantaba la vanidad de los amores. Al alférez se le secó la boca. Se volvió al sargento Astocuri.

—¿Cómo se ha atrevido usted a encarcelar a esta dama, sargento?

—La señorita Albornoz está acusada de desacato al Poder Judicial —tartamudeó Astocuri.

—Y ustedes y todos los hijos de puta de este pueblo están acusados de desacato a la Belleza. ¡Despejen, carajo!

Se inclinó.

—Señorita Albornoz, le ruego perdonar la insolencia de los babosos que tengo la desgracia de mandar.

Despachó un guardia con la orden de traerle arroz con pato y músicos. La jarana creció con la tarde. A las seis mandó por champagne La Fourie. A las siete ordenó a los guardias evacuar el Puesto. Solo quedaron el alférez, Maca y sus generales. Y aquí se nublan las historias. Hay quienes predican que «deseando desnuda la verdad» y para facilitar el interrogatorio, el alférez desvistió a su prisionera. Hay quienes sostienen que «no teniendo nada que ocultar», quien se desvistió fue él. Lo indiscutible: aprovechando su estado adánico, Maca se apoderó del uniforme y escapó. «Porque ¿cómo explicar que la delincuente se embarcara en una lancha hacia Uspachaca, vestida con uniforme, gorra y capote de alférez de la Guardia Civil? ¿Para vestirse hay que desvestirse o para desvestirse hay que vestirse?». Días demoró Taramona en esclarecer la razón por la que su preso apareció uniformado en la sede de la 21a Comandancia para denunciar «el intento de seducción del jefe de Línea». El coronel Zapata cortó por lo sano: rompió el expediente e invitó a Maca a honrar el cumpleaños de su suegra. De lo que esa noche sucedió, hasta viejo se acordaría.

12. De las funestas consecuencias que puede traer la creencia de que el 28 de julio llega el 28 de julio

¡Isaac había convencido a su hermano Julio que el 28 de julio debía celebrarse el 28 de julio! Julio Carbajal dudaba.

—Estamos en diciembre de 2192, Isaac. Huarautambo se prepara para la Navidad. El mismo padre Chasán arma un nacimiento en la iglesia de Yanahuanca.

Isaac consultó un calendario de la antigüedad.

—Estamos en julio de 1962. Dentro de quince días se celebrará la Independencia. ¡Tú festeja el 28 el 28!

Julio no comprendía.

—¿Cuántos alumnos tienes?

—Treinta.

—Organiza un desfile para el 28.

—Sí, hermano.

—¿Entiendes?

—Sí, hermano.

Julio Carbajal era maestro de la escuelita de Huarautambo. Una sucesión de aciertos culinarios de los sirvientes de la hacienda había determinado que un día de buen humor el doctor Montenegro autorizara la apertura de una escuelita. Sus peones creyeron que era un permiso a ratificarse pero por razones nunca aclaradas el doctor no solo permitió la construcción: contrató un maestro: Julio Carbajal, un preceptor yanacochano que se helaba en la escuelita de Jupaicocha.

—En Huarautambo —prometió Arutingo el día que lo convenció— comerás carne y tomarás leche.

—¿Y el sueldo, don Ermigio?

—Se te marcará un terreno para tus sembríos y si quieres criarás carneros y gallinas.

—¿Y el sueldo, don Ermigio?

—Trescientos mensuales.

—Como maestro del Estado en Jupaicocha yo gano cuatrocientos.

—En Jupaicocha cae un metro de nieve diario. En Huarautambo hay sol.

—Cierto, don Ermigio.

—¿Cuánto te demoras en venir de Jupaicocha a Yanacocha a ver a tu familia? Dos días. De Huarautambo a Yanacocha, en cambio, hay horas.

Más que nada lo convenció la emoción que provocó su llegada a un pueblo que desconocía extranjeros. Porque salvo los invitados, ningún forastero podía jactarse de conocer el caserío que rodeaba la casa-hacienda de Huarautambo, imponente sobre las ruinas de la fortaleza incaica sobre la cual se levanta. A los huarotambinos, prohibidos de franquear los límites de la hacienda, el maestro les pareció visitante de otros mundos. El Juez autorizó el funcionamiento de la escuela en un galpón abandonado donde Julio Carbajal reunió a sus primeros alumnos. El primer día sacó un libro. Emocionado explicó cómo había ocurrido la Independencia del Perú y leyó la proclama del Libertador San Martín. Cuando acabó, los niños lo miraron con pavor. El más valiente se atrevió a coger el libro. Se lo llevó al oído.

—¿Qué quieres, hijito?

—Quería sentir la voz —dijo el mocoso.

Carbajal se estremeció. ¡Hacía más de cuatrocientos años, en Cajamarca, el Inca Atahualpa había reaccionado idénticamente ante el enigmático «papel que hablaba»! Al día siguiente comenzó a enseñarles el silabario. Entonces todavía existían fechas. El treinta del mes se acercó a la casa-hacienda para recibir su sueldo: le ofrecieron un picante de cuyos y rebosantes vasos de chicha. Treinta días después insistió: le sirvieron un estofado de gallina y más chicha. El tercer mes le regalaron un costal de choclos.

El cuarto se atrevió a cruzarse en el camino del magistrado.

—Perdón, doctor.

—¿Qué pasa, hijo? —contestó el doctor con bonhomía. —Se trata de… de…

—Franquéate sin temor ¿o tú también crees que yo como?

—Se trata de… de. ..

—¿Tienes alguna queja? Si alguien te ha faltado, ahora mismo sale derechito al cepo.

—Yo… yo… no tengo dinero y como la hacienda, sin ofender,

me adeuda tres meses, quisiera…

—¿Cobrar?

—Si usted está de acuerdo, doctor.

—Haces mal en cobrar, Carbajal. Yo sé que se te deben tres sueldos. ¿Para qué los necesitas? La plata la gastarás ¿No es mejor que te los guarde para entregártelos juntos a fin de año.

—¿Y entre tanto qué como, doctor?

—Ya ordené que se establezca la mitancia. Comerás gratis y a fin de año recibirás un montonal de plata.

La mitancia es la obligación que contraen los miembros de una colectividad de alimentar a un hombre que se ilustra por sus servicios. El padre que tiene tres hijos en la escuela se compromete a darle de comer tres veces al mes al maestro. El que tiene dos, dos veces. El que tiene un solo hijo, una sola vez. ¿Para qué sirve el dinero? ¡Para alimentar! El Chuto Ildefonso organizó los turnos que por lo demás los colonos cumplían con entusiasmo. Así Julio Carbajal vivió un año. La víspera de lo que él pensaba que era la Navidad, se colocó su único traje, se anudó su única corbata y pidió permiso para saludar al doctor. Soñaba con la áurea promesa de sus sueldos acumulados. El doctor aceptó con campechanía su homenaje y en cuanto a los sueldos se levantó del sillón de madera negra labrada y abrió un cajón del armario también negro. Sacó un fajo de billetes y lo colocó sobre la mesa.

—Aquí están tus tres mil seiscientos soles. Si quieres puedes llevártelos, pero no te lo aconsejo. El próximo años tendrás siete mil doscientos soles.

—¿Siete mil doscientos?

El doctor se rió.

—Todo un maestrazo ¿no sabes sumar? El doble, hijo. ¡De un porrazo! ¿Qué quieres? ¿Te los llevas o los dejas engordar?

Carbajal antevió la fortuna, la casa, las tierras que casi alcanzaban su mano.

—Los dejo, doctor.

—Antes nos tomaremos una cerveza, Julio. Tengo que comunicarte algo.

—Usted dirá, doctor.

—Estoy contento de tus servicios. Sé que tienes una hija por bautizar. Si buscas padrino tendré mucho gusto de ser tu compadre.

El maestro Carbajal suspiró recordando esos tiempos en que había tiempo y en que apellidarse Carbajal no era peor que beber salmuera.

—La comunidad nos considera traidores. Nuestro padre nos dejó un apellido limpio. ¡Tenemos que conservarlo, Julio!

El maestro levantó el rostro exaltado.

—Eres mi hermano mayor. Te obedezco.

A Isaac se le mojaron los ojos. ¡El agua de los ojos: lo único que corría en la provincia!

—Si tú ordenas que celebre el 28 de julio, celebraré.

—¿Sabes a lo que expones?

—¿Qué es peor que sentirse traidor?

—Te expulsarán, te castigarán, quizás te encarcelarán.

—Estoy listo, Isaac.

No bien se abrió la escuelita, Julio Carbajal comunicó a sus alumnos que pronto conmemorarían el aniversario nacional. Mientras la provincia esperaba la navidad de 2192, los alumnos de Huarautambo ensayaron el himno nacional y el desfile con que conmemorarían el 28 de julio de 1962.

El Pacho Ildefonso, primo del Chuto Ildefonso, le transmitió al doctor la estrafalaria noticia de que Huarautamto se preparaba a festejar una independencia del siglo pasado.

—¿Estás borracho? Tú sabes bien que estamos en diciembre de 2192.

El doctor le palmeó la mejilla y se concentró en la lectura del discurso que debía pronunciar en el Concejo. Pero quince días después el Chuto Ildefonso bajó de nuevo a Yanahuanca para comunicarle que la población de Huarautambo había asistido a un desfile escolar.

—¿Con qué motivo?

—Dicen que ayer fue 28 de julio, doctor.

—Todo es posible.

Esa tarde el Chuto Ildefonso notificó al maestro Carbajal que el Juez lo requería en Yanahuanca.

—Bajaré mañana.

—El patrón quiere que baje ahora mismo, profesor.

—Por lo menos me cambiaré —suspiró el maestro avergonzado de sus pantalones parchados y de su camisa de puños raídos.

—Tengo órdenes de bajarlo ahora mismo. Su caballo está ensillado.

La plaza de Yanahuanca todavía estaba animada por el movimiento cuando el profesor Carbajal cruzó el portón donde brillaban las enormes «F» y «M» de plata que el Municipio había decidido colocar, por unanimidad, como expresión del «aprecio de la ciudadanía a su ilustre vecino el doctor Francisco Montenegro». Carbajal atravesó el primer patio. En el segundo, entretenido con unas barajas, encontró a Arutingo.

—El patrón te espera en su escritorio —le informó de mala gana.

El maestro subió la escalera que conducta al tercer piso; entró en la vasta habitación donde el Juez Montenegro leía un periódico de años pretéritos.

—Buenos días, compadre… tartamudeó.

—Pasa —ordenó el doctor sin alzar los ojos.

Quince minutos después el magistrado se levantó, trancó la puerta sin hablar, abrió un cajón y sacó una endurecida verga de toro.

—Grandísimo hijo de puta, ahora me vas a contar lo que estás haciendo.

El maestro no supo qué responder.

—Piojo, hijo de piojo, nieto de piojo. ¿Es verdad que celebraste el 28 de julio?

—Es cierto, doctor.

—¿Quién te autorizó?

—La ley exige que las escuelas celebren el aniversario nacional, doctor.

—Cagada de perro ¿vas a decirme que tú conoces las fechas mejor que yo?

—Estamos en julio, doctor. Y como profesor…

Un vergazo le desgarró el pómulo. El maestro retrocedió. El doctor lo siguió azotando. Carbajal entrevió la cara de su padre en agonía, a Isaac sollozando y el probable rostro de su muerte. Se apoderó de una botella de cerveza; la quebró sobre la mesa; la sangre le surcaba la cara, le manchaba la camisa. Alzó la mitad de la botella erizada de filos mortales.

—Suelta ese vidrio, hijo de la grandísima perra.

—Suelte el látigo, doctor.

—Suéltalo y arrodíllate, traidor de mierda.

—Abra la puerta o le abro la cara de un botellazo —gritó Carbajal con voz que lo asombró. El azabache de sus ojos quemaba tanto como el negro de los ojos del doctor.

Atraída por la gritería, en la puerta apareció doña Pepita Montenegro.

—Deja, Paco. No te alteres.

—Me retiro de su casa y de la hacienda —exclamó Carbajal palidísimo.

Doña Pepita dijo con calma.

—¿Por qué, Carbajal? Esto no es para que te ofendas. Si alguien debería sentirse ofendido sería el doctor. Le han dicho que tú difundes herejías. El doctor te castiga para que no te tuerzas. ¡Por cariño!

—De todas maneras me voy, señora.

—Si te vas ¿quién recogerá tu cosecha?

—La perderé, señora.

Sin soltar la botella salió entre sirvientes aterrorizados. Desde la esquina de la plaza miró al doctor iniciar su paseo vesperal. Por primera vez en su vida se atrevió a cruzar la plaza a las seis de la tarde. Saliendo, el guardia Paz lo detuvo.

—¿Tú eres Julio Carbajal?

—Sí, señor.

—Hay orden de captura contra ti.

—¿Por qué?

—Por desacato al Poder Judicial.

Días después la puerta del calabozo se abrió para dejar paso a su hermano Isaac, responsable, según el Municipio, de defraudación en las cobranzas de arbitrios.

13. Agapito Robles y el no por chusco menos famoso caballo Cachabotas deciden emprender viaje

En la libreta donde, para evitar confusiones, Agapito Robles marcaba con rayas los días, nueve rayas después aparece una cruz: el día en que por primera vez sesionó con las autoridades. Hacía muchas rayas que los miembros de la directiva comunal buscaban lugares apartados para excusarse. A todos los escuchaba con paciencia. Nunca vejó a nadie. Desde su llegada se sacaba el sombrero al paso de los ancianos y sonreía cada vez que tropezaba con los jóvenes. Meses atravesó calles desiertas y se sentó en plazas solitarias. A nadie censuró. Se dedicó a pelear con los hierbajos de la chacra de su padre, hasta que la noticia de la solitaria rebelión de los Carbajal sacudió a Yanacocha. Entonces, como quien palpa la carne amoratada de una herida, poco a poco, comenzó a reconstruir el desmoronado coraje de sus autoridades. Porque por primera vez desde la paralización del tiempo, Yanacocha se enfebrecía comentando el cambio de los Carbajal, ahora blasfemos para los Montenegro.

Una noche en que descendía de la estancia de su padre, de las sombras de la calle Estrella emergió Cipriano Guadalupe. Con timidez solicitó permiso para hablarle. Conversaron hasta el amanecer. Tres noches después Agapito Robles se reunió con sus excompañeros de prisión: hablaron de los Carbajal. Acabando febrimarzo según unos, comenzando mayoctubre según otros (en cuanto al año nadie se ponía de acuerdo) Cipriano Guadalupe dijo:

—Ya me cansé de vivir de conejo. Isaac está preso. Antes me huía. Si sale ahora le correré yo.

—¿Qué propones, Cipriano?

—Haré lo que usted diga.

—Es hora de reunimos con Crispín, con Teodos o Requis y con los Minaya.

—No querrán.

—Cítalos con un pretexto.

Esa noche Cipriano Guadalupe tocó la puerta de Minaya.

—¿Qué pasa, Cipriano?

—Hemos capturado a un ratero. Como teniente-gobernador te corresponde dictar el castigo.

—¿Dónde está el ladrón?

—En la Gobernación.

Minaya se colocó su poncho y cogió su látigo. Salieron. Guadalupe y él encontraron una Gobernación en tinieblas.

—¿Dónde está el ladrón?

—Aquí está —respondió Agapito Robles con risa cristalina.

—¿Qué sucede, don Agapito?

—No hay ningún ladrón. Era un pretexto para que vinieras.

—¿Por qué no me dijeron la verdad?

—¿Hubieras venido?

Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad distinguió a Teodosio Requis, a Felicio de la Vega, al profesor Nicolás Soto, a Macario Valle, a Crisóstomo Crispín y a Guillermo Rivera. Con voz sin reproche, con voz que por el solo hecho de sonar anulaba el pasado, el personero anunció:

—Los hombres que osan franquear los límites de nuestra provincia saben que en el mundo los ríos corren, las nubes atraviesan el cielo, la lluvia cae, el tiempo fluye. En nuestra provincia todo está detenido por culpa de nuestra cobardía. El día que aceptamos que el doctor Montenegro acortara los meses para acercar las fiestas, el tiempo enfermó. Y cuando el Juez cambió el calendario a su capricho, enloqueció. Esta atrocidad solo terminará el día que acabemos con su tiranía. ¡Me propongo recuperar Huarautambo por la fuerza! Esa es la gran empresa que acometerá Yanacocha. El que quiera retirarse que se retire. Con los que se queden esta noche constituiremos la Junta Pro Recuperación de Tierras.

Nadie se movió.

—¿No cree usted que antes de actuar debemos consultar con el pueblo? —preguntó el profesor Soto.

—No.

—¿Por qué no?

—Si el pueblo conociera el tamaño de nuestra empresa se aterrorizaría. Al pueblo lo convenceremos poco a poco. En cada caserío hay por lo menos un hombre capaz de comprender que el

tiempo volverá a correr y nosotros recuperaremos nuestras tierras el día en que nos curemos del miedo. Hay que abrirles los ojos a uno por uno. Yo recorreré nuestros caseríos y fundaré en cada lugar un Comité de Recuperación de Tierras. ¿Aprueban?

Sintieron el olor de los sudores mezclados.

— ¡Piensen! Este camino no tiene vuelta. Si alguien quiere retirarse yo no lo tacharé de cobarde, pero el que acepte firmará en el Libro de Actas de la comunidad que «en uso de razón» acepta sublevarse contra el doctor. ¿Quiénes están de acuerdo?

—Acepto —dijo solemnemente Guadalupe.

—Estoy de acuerdo —murmuró con voz agarrotada Requis.

—Respaldo, señor personero —exclamó Neyra.

—¡Por fin! —murmuró Nicolás Soto. Era yanacochano pero enseñaba en Michivilca.

—Arrodíllense y repitan: juro que nunca revelaré lo que me entere como miembro de la Junta de Recuperación de Tierras de San Juan de Yanacocha. Y si para deshonra de mis hijos traiciono, autorizo a los dirigentes de Yanacocha a darme muerte.

Se arrodillaron y juraron.

—El Juez mandó embargar todas mis propiedades pero sus alcahuetes olvidaron un caballito de patas blancas. Por eso se llama Cachabotas. Clareando partiré con él.

Esa madrugada viajó a Santiago Pomayaros. En la curva del camino se detuvo, contempló los techos de Yanacocha rejuvenecidos de rocío, recordó los rostros de los prisioneros de la cárcel de Huánuco, la cara de Héctor Chacón diciéndole «Agapito, no permitas que pisoteen nuestros apellidos», y renovó su juramento: no regresaría a Yanacocha hasta convencer al último peón. Calculaba que retornaría seis «meses» después.

¡Pasarían muchas cosechas antes de que el personero volviera!

14. Donde se verá al sargento Astocuri inexplicablemente interesado por la pureza de ciertas elecciones

Pretextando compras de ganado, simulando negocios mientras la Benemérita toleró sus viajes y luego disfrazado, en el decurso de su persecución Agapito Robles visitó hasta la más ínfima choza, escaló alturas donde solo viven pastores idiotizados por la soledad, hombres que apenas pronuncian monosílabos y no conocen mujer. Muchas veces una estancia distaba leguas de la otra. Agapito no vacilaba. Para evitar ser visto por los compadres del doctor viajaba de noche. Dormía en cuevas o chozas abandonadas. Rara vez penetraba a los pueblos. Meses después lo requirió la Guardia Civil: entonces desapareció. Su fantasma visitó los catorce caseríos de Yanacocha. En todos explicó los derechos de la comunidad; a todos les leyó el Título: solo valdría si empleaban la fuerza. ¡Sólo así recuperarían sus tierras!

Era infinito trabajo. La pura lectura del Título le embargaba horas y más que entendieran la inutilidad del reclamo legal. A la luz de hogueras inciertas, en cuevas, en quebradas remotas, poco a poco convenció a los comuneros de las más extraviadas estancias, que contra el doctor Montenegro la comunidad poseía derechos que pronto harían valer por la fuerza.

—¿Por la fuerza?

—Sí, por la fuerza.

Pero la persecución arreció y Agapito se desvaneció. Se murmuraba que vivía en Pomayaros o que se helaba en las cumbres de Jupaicocha. De tiempo en tiempo algún viajero distinguía una llamarada amarilla, azul o escarlata:

104

el poncho ele Agapito, el colorista. Se propaló que vivía en las selvas. Ayudado por don Ángel de los Ángeles, el de la doble sombra, se doctoraba en brujerías. Hay hierbas que vuelven invisibles y zumos que otorgan el poder de flotación. Solo así se

explicaba que la Guardia Civil no lo capturara. Hasta que transcurrió toda una estación sin sus noticias. La lucha contra Huarautambo languidecía. El sargento Astocuri engordaba. En las siestas del Puesto soñaba con Agapito. ¡Puro embeleco!

Meses después venció su mandato. Magno Valle y Juvenil Lovatón solicitaron elecciones. Nadie osó rehusárselas. No solo ellos se interesaban en los comicios: la Guardia Civil los esperaba con impaciencia. El sargento Astocuri sabía que Agapito no tenía otra alternativa: se presentaba como candidato y se exponía a la captura o no asistía a las elecciones y perdía la personería. Seguros de su triunfo, Magno Valle y Juvenal Lovatón recorrieron Yanacocha predicando la necesidad de acabar con el absurdo. ¿Dónde se había visto un personero fantasma? Llegó el día de las elecciones. La Benemérita madrugó. La comunidad asistió íntegra. Era una mañana exaltada. A las diez, después de oír misa, las autoridades salientes se encaminaron a la plaza. Cipriano Guadalupe, encargado de la personería, se colocó al centro y solicitó a los comuneros que tuvieran alguna queja contra las autoridades salientes que lo manifestaran públicamente. Nadie reclamó nada. Guadalupe anunció que vencidos los cuatro «años» de mandato de Agapito Robles Broncano, se procedería a una nueva elección. La Guardia Civil apostada en los balcones rastrilló sus fusiles. Sospechando alguna treta de Agapito el sargento Astocuri mandó bloquear las esquinas.

Cipriano Guadalupe solicitó:

—Señores candidatos, por favor den un paso adelante.

Es la costumbre: los candidatos se colocan al centro de la plaza; sus partidarios se alinean detrás. La fila más larga señala, inexorablemente, al vencedor. Magno Valle y Juvenal Lovatón caminaron al centro: encontraron un espantajo cubierto con un poncho multicolor.

—¿Qué es esto, señor Guadalupe? —tronó Magno Valle.

—Es el representante del candidato Agapito Robles —respondió Guadalupe, suelto de huesos.

—Protesto —dijo Juvenal Lovatón.

—Que se consulte a la comunidad —exigió Valle.

Guadalupe accedió:

—Los que estén de acuerdo con que la comunidad vote por un

representante de un candidato, sea poncho o sombrero de su propiedad, que levanten la mano.

Casi trescientos brazos se alzaron.

—¿Están locos? ¿Van a votar por un espantapájaros? —se escandalizó el sargento.

—Señor sargento Astocuri —respondió Guadalupe— con respeto: usted manda en el Puesto pero en esta plaza manda la comunidad.

El sargento se calló.

—Acepta, Magno —dijo Juvenal Lovatón. Solo los tontos votarán por un palo. Si Yanacocha elige ese trapo, que con su pan se lo coma.

Cipriano Guadalupe sentenció:

—Hay tres candidatos. ¡Voten!

Cuatrocientos treinta varones se alinearon detrás del poncho llameante: ochenta detrás de Magno Valle; cuarenta y cuatro detrás de Juvenal Lovatón.

—Agapito Robles Broncano ha sido reelegido personero legítimo de la comunidad de San Juan de Yanacocha por cuatro años más —proclamó Cipriano Guadalupe.

—¿Cuatro años? ¿Ustedes creen que todavía existen años? —se burló Magno Valle.

El sargento Astocuri lo tomó peor: sacó su revólver y disparó seis veces contra el poncho de Agapito. Se alejó maldiciendo la hora en que lo habían destacado a ese pueblo de mierda donde los ríos se paraban y los hombres votaban por ponchos vacíos. Eran las doce. El sol caía sobre el entusiasmo de la multitud.

Cipriano Guadalupe anunció:

—Se convoca para la elección de presidente de la comunidad.

Se voceaba el nombre de Eliseo Carbajal y de otros comuneros de conducta irreprochable, pero antes que alguien los propusiera, el profesor Nicolás Soto exclamó:

—Propongo al señor teniente gobernador Isaac Carbajal.

—¿Hay otros candidatos?

Nadie contestó. Sin sombrero, bajo el ardor del sol, en rígida posición militar, Isaac Carbajal sudaba muy pálido. ¿De sol o de inquietud? La víspera había descendido de las cordilleras para participar en la elección. En la calle Estrella se había cruzado con

Eliseo Carbajal.

—¡Felicitaciones, primo!

—¿Por qué?

—Se vocea que usted será presidente.

—¿Está loco?

—Me alegro por usted, primo. Yo no ambiciono la presidencia, pero créame... —y aquí se le torció la voz— que yo quisiera que el apellido de mi tío usted se lo deje limpio a sus hijos.

Saludando con la mano, Eliseo Carbajal se alejó. Isaac se demoró en el atardecer violeta como su sentimiento. Hacía un año que a su salida de la cárcel, por recomendación de Agapito Robles, Isaac había sido nombrado teniente-gobernador. Ya nadie lo motejaba de amarillo. Los Montenegro odiaban ahora a los Carbajal. Más: sus compadres los provocaban. En la cantina de Racre el Chuto Ildefonso le gritó: «¡Perro que muerdes la mano que te dio de comer!».

Aun así el pueblo vacilaba. Entonces el profesor Soto recibió un brevísimo mensaje de Agapito: «Para probarlo nombren teniente-gobernador a Isaac Carbajal. Así sabremos cuál es su color». ¡Ahora ya lo sabían!

—¡Por última vez: propongan candidatos para la elección de presidente de la comunidad! —reclamó Cipriano Guadalupe.

Por un tiempo Cipriano se sintió celoso del ascendiente que iba adquiriendo Isaac, pero luego comprendió que Agapito tenía razón: la elección de Carbajal demostraría que la comunidad era capaz de perdonar, de recibir con calor a los extraviados que reencontraban el camino. Y en cuanto a Isaac le constaba que durante doce meses había abandonado todo para entregarse a su cargo.

—¡Votación! —gritó Cipriano Guadalupe y con lentitud caminó hasta colocarse detrás de Isaac. Más de cuatrocientos varones lo imitaron.

15. Acerca del «combate de los vivos y los muertos» y de otros ponchos que doña Añada tejió en su oscuridad

Ni reclamado por los puestos de la Guardia Civil Agapito Robles se resignó a disimular sus ponchos. Era el único peligro que desdeñaba su prudencia. «El día que me vista de oscuro no tendré fuerza para masticar». Y aunque los colores lo delataban en la monotonía de las cordilleras, no renunciaba a lucirlos. En la tiniebla de sus días finales se los tejía la ciega doña Añada, ahora refugiada en una choza de Yanacocha. Cuarenta años de fidelidad en las cocinas de los Barda —el Juez Montenegro deliraba por su ají de gallina, por su arroz con pato, por sus humitas— no le habían ganado un rincón para su vejez. Declinando un verano, se marchitó la bondad de sus ojos. Los sirvientes del Juez pensaron que doña Añada calentaría sus huesos en la inmensa cocina de los Montenegro. No conocían al Juez que, tornando de un viaje a El Estribo, observó a la ciega conversando con los geranios. «¿Quién es esta vieja?». Los ojos del Chuto Ildefonso se engolfaron de estupor. «¿Qué hace aquí esta vieja?», repitió. «Es doña Añada, doctor». «¿Añada qué…?». La anciana sonrió dulcemente. El Juez ascendió taconeando la escalera. La ciega se demoró acariciando los rosales, vigilada por la emoción del Chuto Ildefonso que por primera vez en su existencia sentía fisurarse su fidelidad perruna. ¿Al fondo de su alma torpe llegaba el reflejo sombrío de tanta ingratitud? Doña Añada deambulaba entre las plantas de los tres patios.

—¡Adiós rosas, adiós claveles! ¡Nicolasa, amapola distraída! ¡Martita, geranio malcriado! ¡Y tú, Pepito, que provocas los escándalos en este jardín: Añada se despide!

Su mano acarició un rosal espinoso.

—Clarita, no me olvido de tus penas. Sé por qué sufres. El dolor de amor no es dolor. La primavera vendrá y entonces ese Jacinto te volverá a mirar.

El Chuto vio que, sin lastimarla, el rosal se restregaba contra su

mano rugosa.

—¡Y ustedes, madreselvas, tampoco se porten mal en mi ausencia! ¿Se figuran que no las escucho? Ustedes ambicionan todo el jardín. ¡No es justo!

Las madreselvas —juró después el Chuto— se retorcieron de vergüenza. La ciega siguió gritando.

—¡Oh árboles! ¡Oh plantas! ¡Oh flores! Todo lo que crece se marchita. ¡Es el destino! ¡No se quejen! Por lo menos a ustedes nadie las expulsará en su vejez. Mi madre me advirtió que no bajara a Yanahuanca. «¿Qué buscas allá, Añada? Aquí tienes luz, árboles y agua purísimas. Las estrellas alumbran tu alegría. ¿Qué más quieres?». Yo era joven, yo era insensata, yo era bella. Tus ojos, Chuto, me miran gastada. ¿Creerás que por mí se acuchillaban los mozos? Hasta hacendados subían a Yanacocha para cantarme serenatas. Y todo lo dejé por seguir a una sonrisa engañadora… ¿De qué me sirven ahora estas memorias si ya nunca saldré de las tinieblas? Oh, vejez, miserable estación. He visto manos que talaban árboles temblar bajo el peso de la cuchara de comida limosneada. He visto pies que igualaban a los potros en la carrera demorarse una tarde para cruzar la enormidad de un patio. ¡Mi carne fue deseada! Por mí, hombres bravos se hartaron de acero. Pío Mariano, el terror de los gendarmes, me cantaba:

Tungú, timgú, tungú
Tungú, tungú, dulce paloma
Tungú, tungú, ¿qué tienes?
Tungú, ¿sufres mucho?
Tungú, cuéntame tu pena.

El veneno de los traidores le adelantó la muerte. ¡Dichoso! No conoció la impotencia, la caridad, la soledad, la humillación, manjares de los viejos. ¡Yo venteo el silencio! ¡Yo venteo la sombra! ¡Yo venteo la muerte! *Supaypaguagua,* hijo del diablo te llaman, Ildefonso. No es cierto. La almendra de tu corazón es noble. Añada, la propietaria de la noche, lo dice.

La anciana señaló el cielo.

—¡Oh sol, ahora somos enemigos!

—¿A dónde te llevo, mamá? —preguntó el Chuto, aterrorizado. Porque como todos los sirvientes arrebañados en el patio,

desconocía a esa Añada que después de cuarenta años de silenciosa mansedumbre se extraviaba ahora en los meandros de un discurso incomprensible.

—En Yanacocha, tu tierra, te recibirán, mamá. ¿Te llevo? —consultó el Chuto con un nudo en la garganta.

—¡No te necesito! ¡No necesito a nadie! ¡Añada está sola! Mi madre me advirtió: «Añada, dejas la luz para encontrar la sombra». ¡Se ha cumplido!

Y ante el terror de la servidumbre, la ciega cruzó los tres patios y ganó la calle. Hacía diez años que no pisaba Yanahuanca, pero aparentemente sus pies recordaban mejor que sus ojos. Porque sin vacilar atravesó la plaza, descendió hacia donde en otro tiempo corría el río Chaupihuaranga. El Chuto y los sirvientes asustados la siguieron hasta el embarcadero. Como si mirara, se dirigió a una lancha que se mecía en las aguas inquietas. Se embarcó. Solo entonces se percataron de la fila de cuyes que la seguía. Abandonando la vasta cocina —debajo de cuyo piso vivían, por centenares, en sus túneles— siguieron chillando la terrible majestad de la anciana.

—Y ahora —gritó Eufemia, la segunda cocinera—, ¿qué haremos cuando el doctor pida un picante de cuyes?

—Le servirás un plato de mierda —exclamó el Chuto sollozando.

—¡He salido de la sombra y vuelvo a la sombra! La luz no existe. ¡Añada está sola! ¡Que nadie me siga!

No se atrevieron a desobedecerla. La ciega se alejó remando. ¿Cómo atravesó el lago y llegó a Yanacocha? Lo único que se sabe: cerca de la medianoche se presentó en casa del personero Robles. ¿Cómo supo que esa casa era la de los Robles? Agapito abrió la puerta sorprendido.

—¡Amparo para la desgracia, personero! —gritó la vieja.

Agapito le besó la mano.

—La tierra madre te recibe con cariño, doña Añada.

—¡Exprimieron mi edad, chuparon la pulpa y ahora arrojan la cáscara! ¡Asilo para la desdicha!

—Sírvete esta papita —murmuró Robles ofreciendo un plato que había sobrado de la cena.

Esa misma noche Agapito le señaló una casa abandonada que al día siguiente el carpintero Cipriano Guadalupe y sus ayudantes

comenzaron a corregir. En su asamblea, la comunidad dotó a doña Añada de un terreno y acordó sembrarle cinco sacos de semilla de papa por año. «Pagaré tejiendo», contestó la ciega. Los alguaciles imaginaron que desvariaba, pero semanas después la invidente envió a la personería un paquete. Al final de una borrascosa sesión donde se discutió si los Julca, inveterados abigeos, deberían ser expulsados de la comunidad, y más por piedad que por interés, abrieron el bulto. Así recibieron el primero de los ponchos que la gratitud de doña Añada tejería para la personería. En lugar de las flores, mariposas o pájaros que adornan los ponchos habituales, la ciega había tramado un paisaje de furiosas muchedumbres que marchaban sobre planicies, vencían cordilleras, cruzaban páramos y finalmente se ahogaban atravesando un gran río.

El profesor Vento creyó reconocer esas orillas.

—Parece el río Mantaro…

—Imposible: doña Añada no salió nunca de la provincia.

¡Era el Mantaro! Años después lo comprobarían. En su ceguera, doña Añada se había extraviado. En lugar de tejer, como quería, los desastres y triunfos del pasado, tejió los desastres y triunfos por venir. Un mes después, entregó un poncho tramado en verdes. La comunidad lo recibió sin saber que en su lana constaba ya la traición, la cara del traidor que haría fracasar el cruce del Mantaro que mucho después intentaron los comuneros de Diezmo.

La personería le envió con Constantino Lucas un oficio de agradecimiento.

—Yanacocha saluda tus manos y te suplica que pidas toda la lana y los tintes que necesites.

—Hilaré la historia de nuestro pueblo…

Constantino Lucas se alejó sin entender. Porque lo que todos suponían producto de los delirios de la ciega, era en verdad el futuro. Una cosecha demoró en tramar el siguiente poncho. Los yanacochanos se maravillaron sin comprenderlo. Sobre un fondo de noche estrellada, un hombre de fuego atravesaba la quebrada chamuscando casas, corrales, árboles, arroyos.

—¿Esa no es la cara de Agapito? —preguntó Cipriano Guadalupe.

—¿Agapito ardiendo?—se rio un comerciante de Michivilca.

En el tiempo que —en otro tiempo— correspondía al fin de las

lluvias, doña Añada les hizo llegar lo que hoy se conoce como «El combate de los vivos y los muertos». Ejércitos difuntos, hilados de amarillo, emergían de un nevado que no podía ser sino el Jirishanka. Salían a defender sus tumbas. Hilados de rojo, ejércitos vivientes intentaban despojarlos de sus cruces de palo, de sus lápidas, de sus postreras miserias.

Esta vez los yanacochanos se espantaron. Algunos se reconocieron entre esos muertos.

Le enviaron otro oficio y una borrega negra.

—Yanacocha te suplica que la aceptes. Pronto te dará crías que calentarán tu cuerpo, señora.

La ciega sonrió.

—Preferiría cuyes.

Solo con ellos se franqueaba. Eran cientos, pero todos tenían nombres diferentes. ¿Cómo los distinguía? ¿A fuerza de vivir en su universo aprendió su idioma? En todo caso, los cuyes respondían a sus señas. «Arnaldo es un sabido». «Paquito es malo, su mamá lo abandonó muy temprano». «Isidro es haragán». «Si Concepción sigue abusando de Margarito, la castigaré». «Atención, Domitilo, es la última vez que te advierto que no muerdas a Celestino». Llegó el invierno: doña Añada comenzó a tejer «El reemplazo de los hombres».

Agapito seguía ausente. Viajaba de noche, dormía de día. Evitaba las carreteras plagadas de controles. Cansado de las batidas cada vez más apremiantes de la Guardia Civil, decidió salir de la provincia. Un anochecer divisó una desconocida casa-hacienda. Desensillaba cuando un arriero le susurró: «Si es yanacochano, desaparezca: hay orden de captura». Viajó a Junín. Semanas después divisó el humo de la gigantesca fundición de la Cerro de Pasco Corporation.

En La Oroya ha existido siempre un riguroso Puesto de Control. Agapito y Cachabotas decidieron ganar Morococha por el camino de herradura que serpentea a cinco mil metros de altura. En el trayecto encontró comuneros. Se juntaron para encender fuego y compartir comida. Al atardecer se les acercó un hombre flaco, consumido, de ojos bondadosos. Por el bastón vestido de plata reconocieron que era un *varayoc,* un alcalde. Compartieron camino. Parecía tener prisa. Poco a poco le cobraron confianza. El Andarín, varón de

sonrisa triste, les contó que viajaba para presentar un reclamo de su comunidad.

—Nosotros también viajamos para quejarnos.

—No hay derecho a que nos traten como a bestias —dijo el alcalde—. En mi comunidad nos obligan a trabajar día y noche. Se han llevado a los hombres a las minas y los hacen trabajar tan lejos que hace ya varios años que los maridos no conocen a sus mujeres. La semilla humana se pudre. ¡Hace cuatro años que no nacen niños en nuestro pueblo!

—Hay que ayudarse entre hermanos, taita.

—Lo importante es que el virrey lea el recurso.

—El presidente, querrá decir usted.

—Si el virrey no lo aprueba, el recurso no vale. Si la Audiencia falla sin conocimiento del virrey, tampoco sirve. Hay que empezar el trámite de nuevo. Por estos equívocos yo he caminado seis mil leguas.

—Seis leguas, querrá decir usted.

El Andarín suspiró.

—Seis veces mil son seis mil.

El crepúsculo guerreaba con las últimas claridades. Agapito descubrió una cueva apropiada para pernoctar. Mirando la vara, único equipaje del Andarín, le invitó un puñado de maíz tostado y un trozo de queso. Agapito desmontó. El viajero siguió caminando en círculos. Hablaba sin detenerse.

—Sírvase —ofreció Robles.

—Gracias, yo solo bebo agua.

—Siéntese, por favor. Se va usted a cansar.

El Andarín sonrió.

—¡Al contrario! Lo peor es detenerse. Si uno se para, sobreviene el cansancio, pero caminando la fatiga no encuentra oportunidad. Yo duermo caminando. Me falta mucho camino. Hasta luego, yanacochano. No te desmoralices. No te olvides: lo importante es hablar con el virrey. Sin su lacre, el recurso no vale —gritó el Andarín disolviéndose.

Agapito no se atrevió a quedarse en la cueva. En *Smelter* encontró arrieros. Juntaron fuegos. Los relámpagos acuchillaban el cielo. Agapito se animó a contarles del Andarín. Uno de los arriegos explicó que se trataba de Tomás Katari, un alcalde de indios que

hace siglos viajó tres veces de La Paz a Buenos Aires para quejarse al virrey. Cada viaje —mil leguas de ida, mil leguas de regreso— la consumía un año. Y siempre le faltaba algo a su recurso: una certificación, un lacre, un testimonio. Había que volver de Buenos Aires a La Paz. Y otra vez de La Paz a Buenos Aires. Y otra vez de Buenos Aires a La Paz. Su vida era caminar. Y seguiría caminando hasta que todos los virreyes, todas las audiencias, todos los presidentes absolvieran las quejas presentadas por los indios.

—¡Pobrecito —se persignó el arriero—, camina por nosotros!

—-Así es —dijo Adelaydo Vázquez—. Se sufre para conseguir justicia. Nosotros también viajamos para presentar un recurso.

—¿De qué comunidad son ustedes?

—Somos de Ambo.

—¿Cómo camina su juicio?

—No camina. Hace cincuenta años que lo iniciamos. Los poderdantes han muerto y la Corte no falla.

—Peor le pasa a la comunidad de Ongoy —dijo otro viajero—. Su juicio dura ya ciento seis años. Cinco personeros muertos. Esto es todo lo que han sacado.

Lo miró fijamente.

—Perdone, ¿usted no es Agapito Robles?

—¿Cómo sabe?

—Hace un mes que me soltaron de la cárcel de Cerro. En la Prevención vi su retrato. Lo buscan como aguja. ¡Piérdase!

—No puedo.

—Usted sirve más vivo que muerto.

Vázquez lo miró a los ojos.

—¿Sabe que en Yanahuanca han ordenado una cacería general de pumas?

Agapito palideció. Las autoridades políticas de Yanahuanca, incapaces de capturar al personero, habían acabado por admitir lo que divulgaba Victoria de Racre: que Agapito Robles había recibido *autorización* para transformarse en puma.

Un delator había revelado al Juez que, acabando una sesión, para demostrar su poderío, Agapito Robles se había convertido en puma. «¿Puma? ¡Ridículo! Por allí andaría algún puma». «¿Un puma con poncho flameante?». Por las dudas, el Juzgado ofreció dos mil quinientos soles por cada cabeza de puma que se entregara en el

Puesto.

16. Verídica historia de Cecilio Encarnación, primero y último Serafín de los quechuas

Jornadas después divisó un pueblo salpicado en la falda de un cerro morado: Pumacucho. Un sol radioso excitaba la Plaza de Armas donde islas de hombres y mujeres discutían. Entró a la plaza. No obstante que su poncho exhibía «El cruce de la cordillera Culebra», nadie reparó en su atavío. Agapito examinó el objeto de la curiosidad: arrodillado ante una tosca cruz de madera adornada con corazones de hojalata y rematada en un gallo de la Pasión descubrió a un varón con los brazos extendidos. Ni el hombre, ni quienes lo admiraban o lo despreciaban, pronunciaban palabra. Pasó el mediodía, entró la tarde, flameó el crepúsculo, pero nadie se movió. Oscurecía cuando un flamero se le aproximó:

—¿Este es el famoso Ángel?

Agapito sonrió con la prudencia de los perseguidos. Decepcionado por su silencio, el arriero apeló a un hombre de cara amargada.

—¿Es o no es el Ángel?

Nadie contestó. El preguntón escupió y siguió su camino. Agapito Robles se alejó hacia las indecisas lámparas que titilaban en los tienduchos. Un olor asombroso lo mareó.

—Estos chicharrones, ¿son para vender?

—Dos por un sol —respondió una vieja sin sacar tampoco los ojos de la plaza donde el poniente agigantaba los brazos extendidos de aquel a quien el flamero motejaba de Ángel. Agapito compró dos soles de chicharrones y unas puertas más lejos un jarro de café y tres panes. Se acuclilló ante una tapia erizada de cactus. Estaba tan rendido que tan pronto depositó la espalda contra el muro se durmió. Soñó que llegaba a un pueblo idéntico a Pumacucho. Una muchedumbre también poblaba la plaza, pero ¡una multitud de animales! Pájaros, felinos, culebras, peces, tortugas, cangrejos, bestias conocidas y desconocidas crestaban las laderas. Divisó un charco. Sintió sed. Se acercó. Se inclinó para beber. Sin asombro comprobó que era un puma. Admiró el pavor de sus ojos, la

geografía de sus manchas y luego, como todos los animales, obedeció a la voz de una doncella que hubiera jurado que era doña Añada moza. La joven, que lucía una pollera cortada en tela de arcoíris, gritó:

—¡Animales de Arriba y animales de Abajo! ¡Animales que caminan, animales que nadan y animales que vuelan!: Nuestro hermano Kurivilca, el pobre, lucha con Rumicachi, el rico. Disputan el amor de la que es mejor que la brisa. Tres veces se han enfrentado: tres veces Kurivilca ha vencido, pero esta vez Rumicachi, el rico, lo desafía a construir un palacio en un día. Sus servidores han erigido en media jornada una pared de una legua de largo. ¿Cómo lo igualará nuestro hermano?

—¿Para qué estamos nosotros? —se alzó un cóndor. Los cóndores que lo rodeaban lo celebraron.

—¡Así me gusta! —gritó la muchacha resplandeciente—. ¡La casa tiene que estar lista antes de que amanezca! ¡Ea!

Chillando, piafando, himplando, rugiendo, silbando, zureando, los animales edificaron un muro de dos leguas de largo, cimiento de un palacio cuyo techo lastimaría la luna. A los pumas les tocó levantar el muro oeste. Agapito Robles hubiera querido conversar con los felinos de su cuadrilla, pero el gran puma que dirigía los trabajos no toleró ninguna pausa hasta que concluyeron la tapia. La fulgurante moza examinó el trabajo y sonrió:

—Lo único que nos falta es el techo.

—Es demasiado alto —dijeron las hormigas.

—Es demasiado bajo —dijeron las águilas.

—Entonces lo construirán ustedes —dijo la joven Añada a las águilas, y mirando a Agapito añadió algo que el personero no supo porque se despertó.

Cuando sus ojos se acostumbraron a la luz, en el mismo sitio donde lo había abandonado la noche anterior, divisó al que deturpaban Angel. Un gentío lo rodeaba. Indiferente al homenaje o al insulto seguía con los brazos extendidos. Agapito comprobó que era un indio como todos: cobrizo, de pómulos salientes, de ojos rasgados y cabellos lacios. Era, eso sí, alto y corpulento. Por la esquina entró un criollo con modos de propietario. Burlón preguntó:

—¿Este es el famoso primo de san Pedro?

Se rio.

—¿No será también cuñado de la Virgen María?

—¡Qué va a ser Ángel! Es un simple cholo de nuestro pueblo. Hasta la semana pasada fue carpintero —contestó un gordo de aire fastidiado.

Una mujer de polleras negras, manto negro y gestos negros protestó con rabia:

—¡San Pedro también era carpintero!

—A este lo conocemos, doña Edelmira. Es un hombre sin oficio ni beneficio.

Se volvió al forastero.

—Se llama Cecilio Encarnación.

—Padre nuestro que estás en los cielos… —comenzó a rezar, furiosa, doña Edelmira.

—Se llama Cecilio Encarnación. Era como todos nosotros hasta hace unos días.

—¿Ahora es diferente? —insistió el burlón.

—Él dice.

—¿Qué dice?

—Que camino a Huánuco se cayó al río Huallaga. Eso dice. La corriente lo arrastró. Eso dice. En este tiempo el Huallaga es caudaloso. Se ahogó. Eso dice.

El rezo del viejerío se acentuó.

—Se estaba ahogando cuando lo alzaron de los trinches y lo sacaron del agua. Eso dice. Lo levantaron por el aire. Se despertó entre los santos del Paraíso. Dios Padre celebraba misa. Cuando acabó, Dios se volvió. Cecilio enceguecíó.

Pero oía. Dios dijo: «Este es Cecilio Encarnación, primo de Jesucristo y mi sobrino bienamado. Delante de los Arcángeles lo nombró Serafín de Primera Clase, Fiador del Mundo, Salvador de los Indios. En la tierra los indios padecen y necesitan alivio y es mi voluntad nombrarlo Angel para redimirlos. Serafín Cecilio: desciende a Pumacucho y predica que el tiempo de la salvación de los indios ha llegado. ¡Sodoma caerá y el Tahuantinsuyo renacerá!».

—¿Eso dice?

—Eso dice.

—¿Es cierto?

Antes de que el barrigón respondiera, una de las viejas le escupió en la cara.

Porque Pumacucho dudaba. Ese varón, marmóreo al murmullo de las conversaciones, era Angel quizás. El panzón se alejó rezongando. Las viejas persistieron en el rezo. La misma Edelmira, que mascullaba padrenuestros con los ojos cerrados, ¿no había encabezado a las mujeres que apedrearon al Ángel el día de su advenimiento? Hacía siete días el carpintero —¡ni eso: ayudante de carpintero!— había comunicado el Mensaje desde la puerta de la capilla de Pumacucho donde ocasionalmente verdaderos sacerdotes oficiaban verdaderas misas. ¡*Verdaderos* sacerdotes! Parado en el poyo de la capilla, cuyas puertas abría los domingos el sacristán y cantor Victoriano, el gañán se proclamó Enviado de Dios. Tres veces: a las nueve, a las doce y a las seis. Anocheciendo Edelmira Perujo y sus vecinas lo apedrearon. Primer milagro: los proyectiles no lo tocaron. Sin cólera el Ángel advirtió:

—¡Infame Pumacucho: Yo, Cecilio Encarnación, Ángel de Primera Clase, por la voluntad de mi tío el Altísimo, los conjuro a la obediencia y les doy plazo para que, arrepintiéndose de sus crímenes, me reverencien y me obedezcan! Aquí ayunaré hasta que los justos comprendan y luego el rayo de mi cólera fulminará a los incrédulos y a los malvados. ¡Porque yo traigo la Justicia y la Libertad!

Se arrodilló con los brazos abiertos y comenzó su implacable ayuno. No se dignó añadir palabra. Allí lo encontraron madrugadas y anocheceres; allí lo mojaron lluvias, lo tostaron soles, lo esculpieron vientos que no eran soles, lluvias ni vientos porque no alteraban su indiferencia angélica. Al quinto día la mujer de un abigeo sorprendido se le arrodilló y depositó a sus pies rosas salvajes. Oscurecía cuando los Magdaleno se postraron sollozando: suplicaban por su primogénito enfermo. El Ángel no condescendió a bajar sus ojos clavados en el cielo. Al sexto día un arriero de Dos de Mayo se le postró. Al decimoquinto estalló la más pavorosa tormenta que Pumacucho recordara. Relámpagos y truenos se enzarzaron en un solo fuego sobre la aterrada Pumacucho, salvo sobre la iglesia protegida en una bahía de luz pacífica como el rostro del Ángel. Cuando escampó, los mirones asistieron al pavor: Olga Torrico, maestra de la escuela —¡normalista limeña!— cruzó la plaza seguida por el cantor Victoriano —sí, el incrédulo sacristán Victoriano— y por sus cincuenta alumnas que le traían rosas,

geranios y una inocencia que turbaba. Cubierta por una mantilla, Olga Torrico se arrodilló:

—¡Ángel bendito! ¡Te saludo y venero! Divino Enviado: recibe con cariño las flores que te traen estos corazones inocentes.

La maestra y Victoriano se postraron. El coro de las niñas y la estupefacción de los curiosos crecía. El cantor Victoriano abrió de par en par las puertas de la iglesia. El sol entró hasta el altar mayor. El sacristán Victoriano suplicó:

—Ángel precioso: entra a tu casa y ocupa tu sitio. Nos equivocamos: ten corazón. ¡Perdónanos, Serafín!

En vano impetró; en vano impetró la maestra Torrico; en vano impetraron las niñas. El Ángel sonreía. Pero de la dulzura no pasó. Ni cuando acrecentando los rezos la atemorizada multitud cayó de rodillas, el Ángel se movió. Así, el decimoquinto día de su blasfemia Pumacucho comprendió que los impacables brazos del Ángel se abrían sobre su sacrilegio. Los réprobos se incriminaban. La totalidad de las mujeres —¡madres al fin!— acumulaba flores, carneros, gallinas, cuyes que no escapaban, papas, frutas, ante el Divino Indiferente. Pero una parte de los hombres vacilaba. Quienes rehusaban seguir en la profanación apedrearon la alcaldía donde las confundidas autoridades debatían. Antes de que amaneciera un rayo incendió el forraje de la casa del alcalde publicano que, olvidando las llamas, corrió a arrodillarse a los pies del primo hermano de Jesucristo. Hasta el día siguiente tuvo que suplicar. Solo entonces, a las seis de la tarde del decimoséptimo día de ayuno, el Ángel se dignó descender. Bajo aguacero de flores lo pasearon en andas por las calles negras de pecadores arrepentidos; cantando lo introdujeron a la iglesia iluminada por cientos de velas. Victoriano había instalado delante del altar mayor el único sillón forrado en terciopelo que existía en Pumacucho.

El Ángel señaló el altar.

—Ése es mi sitio.

—¿Y los santos, Serafín?

—Ése es mi sitio —insistió con voz impaciente.

La maestra Torrico destituyó sin vacilar a San Pedro y a San Pablo, y San Francisco de Asís y su lobo debieron conformarse con un rincón. El Ángel accedió a ocupar el altar mayor. La maestra sacó la casulla que solían usar los celebrantes. El Ángel toleró que

sus manos lo vistieran, aceptó una corona de flores y los bendijo. Hombres y mujeres seguían depositando corazones de plata, monedas, primicias que el Ángel laqueaba con su mirada preciosa. Entonces, por primera vez, el Ángel miró a Agapito Robles.

17. Prosigue la nada inventada historia del Arcángel Cecilio Encarnación

«En Pumacucho se ha posado un Ángel destinado a absolver el sufrimiento de los indios». Pero la noticia no era para los blancos. El Arcángel Cecilio proclamaba la verdad en quechua. Lo único que alteraba su condición angélica era el sonido de la lengua de los opresores. En quechua predicaba el fin del reino de la injusticia. La reverencia con que entraban a saludarlo quienes desconocían la lengua de los justos, no impidió que los expulsaran a empellones. La noticia no era para los blancos. Rigurosamente se cumplían las instrucciones del cantor Victoriano, nuevo obispo de Jerusalén. Solo los justos, es decir los que comerciaban en la lengua del Arcángel Cecilio, conocerían su advenimiento. No era tiempo de que su faz relampagueara ante el mundo. Cecilio era ángel únicamente visible para los abusados. En el altar toleraba la adoración. Todos los días la exmaestra Torrico, nuevo obispo de Huánuco, le cambiaba vestido y corona. Así ataviado admitía el doble calor de las multitudes y de los cirios. Por su rostro chorreaba preciosísimo sudor que secaban con algodones las sirvientas del Ángel. Al anochecer, el obispo de Jerusalén cerraba las puertas del templo. Solo vírgenes acompañaban su vigilia. A las doce de la noche el obispo de Jerusalén le ofrecía una cucharadita de agua. Era todo lo que requería. Porque las ofrendas, los guisos, los carneros asados, las gallinas, los cuyes fritos, las ollas de estofado, las pachamancas, las frutas escogidas, solo se aceptaban para que Cecilio agasajara a su parentela celestial. En la noche —con perceptible ruido de alas— los ángeles descendían para comunicarle mensajes o simplemente para distraerlo. Ellos consumían las ofrendas. Pero no era noticia para los blancos. El Arcángel Cecilio venía con órdenes expresas de fulminar sus ciudades y construir el Templo de la Abundancia. Él mismo notificó a las autoridades: tan pronto acabaran las lluvias —Agapito Robles no terminaba de maravillarse con el espectáculo de los aguaceros, prohibidos en su provincia— se erigiría el Templo de la Abundancia. El albañil Palacios fue nombrado Gran Arquitecto.

Misión: preparar los planos del sagrado recinto que por disposición de Dios Padre se edificaría para dar de comer a los indios hambrientos. En la cumbre del cerro de Pumacucho se alzaría el Gran Comedor donde se saciarían —¡por fin!— las naciones cobrizas. El Templo tendría una legua de ancho y una de alto. Aun así Palacios dudaba. ¿Cabrían todos los hambrientos? El obispo de Haití comunicó que la construcción se iniciaría el primero de marzo. Después, tras una noche exaltada, el Arcángel decidió adelantar la fecha. El primero de enero se interrumpiría el comercio para iniciar las obras.

—¿Interrumpiremos el comercio por un día o dos? —indagó un comerciante.

—El comercio se interrumpirá por siete años.

—¿Están locos? ¿De qué quieren que vivamos? Si no vendo, no como.

De comer, no comió, pero bebió hasta hartarse. Porque considerando blasfematoria su respuesta los mayordomos del Arcángel le dieron un carrizo antes de sumergirlo en la poza que por mandato del Arcángel cavaron. Hundieron el relapso con la orden de respirar a través de la caña hasta que el Arcángel lo absolviera. Lo sacaron boqueando. No fue el único castigado. Excedido de blasfemias el Arcángel ordenó escarmentar a todos los incrédulos y únicamente después de llorar y besarle los pies, el sastre Rufino consiguió que le condonaran la fosa por azotes. Aun así los comerciantes encontraron valor para alzarse contra la prohibición. Más: consiguieron que una parte del Municipio se opusiera a la orden. El tembloroso obispo de Jerusalén transmitió la insolencia. Pero en vez de la cólera que lo invadía cuando le hablaban, por ejemplo, en español, el Ángel murmuró sin alterarse:

—Estoy cansado de predicar a incrédulos. Si no quieren oírme, me iré.

Tocó tres veces la campanilla de plata que le había ofrecido la comunidad de Ambo.

—Esta tarde volaré al paraíso pero antes comenzará un nuevo Diluvio —anunció, ya de espaldas.

La noticia escalofrió a las multitudes. Porque en Pumacucho ya no cabían más peregrinos. Abandonando sembríos o esquilas, distritos enteros acudían a rendirle pleitesía. Shurubamba fue la

primera en presentarse precedida por una banda de música. Una mañana millares de hombres y mujeres seguidos por rebaños de vacas, carneros y cabritos, entraron a la plaza danzando. En la tarde llegó la gente de Cascai que para vivir más próxima al Arcángel acampó en la plaza. Cascai también traía ofrendas. El pueblo de Llacón llegó luego con dos bandas de música. En la plaza, en las calles, en los corrales, bajo los árboles, donde podían, los peregrinos acampaban y corrían a la iglesia. Pronto la minúscula Pumacucho amenazó ser tan populosa como Huánuco, la capital del departamento. Ya no era fácil contemplar al Arcángel. Los que no lograban besarle el filo del vestido, se disputaban los algodones mojados por su divino sudor, santas reliquias que se obtenían, con suerte, a veinte, a treinta y hasta a cincuenta soles. Pero la noticia no era para los blancos. ¿Podía serlo si por orden del p obispo Victoriano los fieles provocaban derrumbes y clausuraban los caminos? El obispo de Jerusalén, el obispo de Huancayo, el obispo de Madrid y el oObispo de Pekín, suplicaron en vano que se les diera tiempo para convencer a los herejes.

—Hoy lloverá a las doce.

El demacrado obispo de Jerusalén inició la rogativa. Cinco pueblos arrodillados clamaron hasta las doce porque a las doce en punto una lluvia verde luego amarilla luego roja luego negra rajó los techos y taló la mitad de los árboles de Pumacucho que gemía en las tinieblas. El Ángel no se turbó. Cuando escampó, el Enviado para la salvación de quienes por soberbia desairaban la salvación, descendió del altar, salió de la iglesia y sin atender los sollozos comenzó el ascenso del monte Pumacucho desde cuya cima —anunciaba aterrado el obispo de Jerusalén— el Ángel volaría a informar a Dios Padre. El único Arcángel indio que existió en el Paraíso prohibió con la mano que lo siguieran pero la multitud lo desobedeció: gritando negreó la subida del monte desde cuya cúspide el Ángel partiría. En la cumbre el pavor de la multitud lo rodeó. El Serafín abrió los brazos —¡los brazos que durante diecinueve días se habían abierto sobre la incredulidad de Pumacucho! El ansia de vuelo le inflamó el pecho. Dos veces abrió los brazos, dos veces la multitud gimió, dos veces los dejó caer. La tercera vez inició un trote de ave. El obispo de Jerusalén y el obispo de Pekín se le prendieron de los pies clamando:

—¡No vueles, papacito!
—¡No nos dejes huérfanos!
—¡Apiádate de los indios!
—¡Dios te ha mandado para salvarnos! ¡Ten corazón!
El Serafín miró el cielo. Desatendió los alaridos de las mujeres, las imprecaciones de las autoridades que disputaban, que se trompiconeaban, que se recriminaban. No bajó los ojos para mirar el incendio que consumía las casas de los comerciantes relapsos. Batió los brazos que en cualquier instante se cubrirían de plumas y entonces, cuando ya emprendía vuelo, la gritería de los niños —traídos por el obispo de París— logró lo que no obtenía la súplica de los hombres: el Ángel se apaciguó.
—Arrodíllense —ordenó.
La muchedumbre se postró.
—¿Juran que cumplirán todas las órdenes que Dios les comunique por mi boca?
Le contestó un rugido de aprobación.
—Me quedaré. Pero de ahora en adelante solo me acompañarán los puros.
—¿Quiénes son los puros, Serafín?
—Solamente las vírgenes son puras.
Descendió. Las bandas de música y los cohetes ensordecían. Hombres, mujeres y niños bailaban enajenados. Antes que oscureciera, el sacristán de Llacón consagrado obispo de Nueva York, escogió las seis vírgenes que acompañarían esa noche al Angel. Tres días las conservó. Al cuarto, el obispo de Cascai obtuvo —no sin luchar con otros distritos— el privilegio de remplazar a las vírgenes de Llacón.
El primero de enero, tres mil hombres comenzaron a cavar los cimientos del Templo de la Abundancia. Cuando lo acabaran, concluiría también, proclamó el recién consagrado obispo de Berlín, la época de las tinieblas. ¡El Arcángel Cecilio dirigiría en persona la Cruzada contra los blancos!

18. Texto del panfleto que el depuesto obispo de Huánuco emitió contra el fiador del mundo

In partibus dominus, Aurelio, obispo de Huánuco, en nombre de la Santa Iglesia Católica, a todos participamos:

«Que en la jurisdicción de Pumacucho, en nuestra diócesis de Huánuco, un indígena llamado Cecilio Encarnación propaga la herejía de que es un ángel enviado por el Altísimo para salvar de sus sufrimientos a la raza de los indígenas.

»Que sorprendiendo la simpleza de los cristianos de Pumacucho el sacrílego se proclama primo hermano de Nuestro Divino Señor Jesucristo. Único Serafín Indio y en tal carácter Fiador del Mundo.

»Que instalado en la capilla de Pumacucho, valido de satánicas astucias, se hace adorar como santo con el agravante de que para colocar su trono de pacotilla ha osado destituir las sagradas imágenes de los santos de la Católica Iglesia.

»Que contradiciendo la doctrina de nuestra Santa Madre Iglesia que nos enseña «amaos los unos a los otros» el fementido profeta de Pumacucho proclama la Guerra Santa contra la raza blanca.

»Que ante la culpable indiferencia de las autoridades civiles de la jurisdicción el dicho Cecilio Encarnación manda azotar a los infortunados que se dirigen a él en castellano, idioma oficial de la República del Perú.

»Que anuncia la construcción de un llamado Templo de la Abundancia donde se calmará, según el sacrílego, el hambre de todos los necesitados, para lo cual recluta mano de obra por la fuerza.

»Que proclamándolo unto divino capaz de curar enfermedades, enderezar deformidades, devolver la vista a los ciegos, el movimiento a los lisiados, la voz a los mudos, los cómplices del usurpador venden a precio de oro algodones manchados con su sudor, percibiendo ingentes sumas que acrecientan las riquezas acumuladas por el hereje.

»Que llevados por un equivocado sentimiento de reverencia

fomentado por sus secuaces, sus adoradores le tributan toda clase de ofrendas en dinero y especies sobre los que por supuesto el referido Cecilio Encarnación se guarda bien de dar cuenta.

»Que para demostrar su pretendido carácter angélico simula practicar un ayuno absoluto pero que tenemos pruebas de que, acabado el día, manda cerrar las puertas de la iglesia donde, con el pretexto de agasajar a los ángeles que, según él, le rinden visita, y en realidad para celebrar banquetes con sus secuaces, pasa las noches comiendo, bebiendo, bailando y cometiendo el nefando pecado de la carne con las doncellas que le surten, a su concupiscente capricho, los pueblos que en su simpleza imaginan que así propagan la simiente del único Dios verdadero.

»Que es demoniaca la idea de que los niños que puedan nacer de este abominable comercio carnal sean parientes sanguíneos de Nuestro Señor Jesucristo.

»Que presa de desvarío el usurpador proclama la destitución de Nos, legítimas autoridades eclesiásticas y consagra obispos espurios que ni siquiera saben leer y que obedeciéndole solo ganan la eterna perdición de sus almas. ¡Lobos disfrazados! ¡Lobos peores que lobos que divulgan y reverencian santos que no figuran en el Santoral de Nuestra Santa Madre Iglesia!

»Que desafiando el dogma cristiano divulga que el hombre fue creado por la golondrina.

«Que entre los milagros de esos santos apócrifos, que de existir pertenecerían a los ejércitos de Satán, proclama la existencia de San Pariacaca, nacido, según él, de cinco huevos y propietario de cinco cuerpos de fuego, de lluvias, de relámpagos, de tierra y de viento y capaz de crecer a su gusto.

»Que apócrifos son también San Huaytacuri, capaz de convertir con su voz a los hombres en animales, San Huaylallo, cuyo cuerpo es de fuego, y Santa Chaupiñaca, cuyo cuerpo es una piedra con alas y por cuya infame intercesión crece el miembro viril de los hombres incapaces de satisfacer a la mujer, y San Catiquilla, dotado del poder de hacer hablar a hombres y animales aun contra su voluntad, y San Colliquiri, capaz de caminar cinco años debajo de la tierra.

»Que bajo la protección de esos santos apócrifos el impostor proclama una Guerra Santa contra la raza blanca pretendidamente

responsable de las injusticias cometidas por malos cristianos contra muchos de nuestros fieles indígenas.

»Que desconociendo la Ley Natural, sostiene que el hombre y la mujer son iguales y que, para demostrarlo, su perversión ha llegado al extremo de consagrar obispo a una hembra.

»Que dicho Cecilio Encarnación ha incurrido e incurre en la excomunión *Latae sententiae* y por tanto lo separamos de la comunión de la Iglesia, de la participación del cuerpo y de la sangre de Jesucristo y lo entregamos al poder de Satanás.

»En defensa de nuestro amado rebaño proclamamos la herejía y la impostura del llamado Cecilio Encarnación por cuya boca habla el Tentador y amenazamos con anatema y excomunión a todos los que comercien con él en palabras u obras.

«Nuestra Santa Religión Católica es la religión del Estado y tolerando la existencia de esta infame comedia las autoridades políticas del departamento de Huánuco se hacen responsables de negligencia ante el Estado y de impiedad culpable a los ojos de nuestra Fe».

19. Fin y ejemplo de esta amenísima relación

Un kilómetro de largo tenía el cimiento de la fachada del Templo de la Abundancia, cuando el Arcángel Cecilio conoció la insolente excomunión de un obispo al que había destituido. Su cólera no resistió límites. No bien terminaron de leerle el desafío del exobispo de Huánuco, agitó siete veces su campanilla de plata. La multitud interrumpió los trabajos. El Arcángel caminó hacia la gran piedra en forma de cruz donde solía reposar. Su palidez igualaba la blancura de su manto.

—¡Hoy lloverá agua, mañana lloverá sangre y después fuego y yo volaré! ¡Maldita sea la ciudad de Huánuco! ¡Malditos los que transporten o vendan alimentos a la ciudad que desacata mi voluntad, que es la voluntad de Dios, de salvar a todos los indios del Perú! ¡Así sea!

El rostro se le ennegreció, se le blanqueó, se le azuló, se le verdeó, se le ensangrentó. Acometido por hambres de vuelo el tórax sacro subía y bajaba. Pero pasado el pánico la multitud comprendió que el Ángel —¡el único Ángel indio del Paraíso!— no volaría jamás en víspera de la guerra que acababa de declarar. Porque el obispo de Jerusalén, el obispo de Madrid, el obispo de París, el obispo de Nueva York y el obispo de Pekín recorrían los grupos bailando y cantando. La hora del gran combate llegaba. La cara del Serafín arrodillado cambiaba de color a cada minuto. ¡Los colores del arcoíris, el estandarte de los quechuas! Y mientras las bandas de música enardecían el aire sofocante, los jefes de las parcialidades, los alcaldes de los pueblos y las autoridades de sitio o de paso (convocaron también a Agapito Robles) sentenciaron el bloqueo absoluto de la impía Huánuco. Los mensajeros salieron con instrucciones precisas: todo el comercio con Huánuco quedaba cancelado. Por ninguna razón y bajo ningún pretexto, la aborrecible ciudad recibiría la más mísera hilacha de carne o la más escuálida patata. Se las arrojarían a los chanchos, se las regalarían a los caminantes, se pudrirían en las trojes; cualquier cosa antes de que la boca de los condenados masticara la comida sembrada por las

manos que ahora, arrojando arados, reclamaban rabioso acero.

—¿Está usted seguro de lo que está diciendo, señor alcalde? —preguntó en el despacho de la Municipalidad de Huánuco el capitán Salazar.

El alcalde Nivardo Trelles se pasó el pañuelo por la frente.

—¿Cree usted, capitán, que soy hombre de boladas?

Adoptó un aire ofendido.

—Compruébelo usted mismo. Hónreme con su compañía y vayamos al mercado de Huánuco. Está desierto, los vendedores han desaparecido. Pregunte a las amas de casa. Hace cinco días que no comemos carnes.

—Yo ayer estuve en una pachamanca.

—Sería en una hacienda, capitán.

—Sí, es cierto.

—Pero en Huánuco la comida escasea. A este pasó pronto se enfrentará usted con una poblada.

—¡Cojudeces!

—Usted conoce a los indios, capitán. Son obstinados, sinuosos, hipócritas. Pero cuándo se deciden, se deciden.

El capitán Salazar cogió su gorra.

—A sus órdenes, señor alcalde.

Recorrieron el amenazante silencio del mercado y los barrios indios. Tres días después, usando las precauciones de reglamento, el capitán Salazar salió de Huánuco con una compañía en pie de guerra. Pretendía entrar a Pumacucho con la luz. Acamparon en la hacienda Colpa. Amaneciendo siguieron por un camino plagado de malos signos: pueblos íntegros desertaban la campiña. Uno de los sargentos, indio de Huancayo, conoció la razón: los humanos escapaban del combate que enfrentaría al cerro San Cristóbal contra el cerro Rondos. Las dos montañas, en cuyas faldas, al borde del Huallaga, entre arboledas, se levanta Huánuco, combatirían por el honor de comandar la vanguardia del ejército que el Serafín reclutaba. Los cerros se embestirían tres días y tres noches sobre los escombros de la ensoberbecida ciudad. «Cojudeces», exclamó el capitán. Avistaron Pumacucho. Divisaron fieles arrodillados. Rezaban con furor. Inútilmente el oficial los zamaqueó. No sacaban los ojos del cielo. El capitán Salazar mandó desplegar su tropa. Con rapidez que contrastaba con la lentitud de la marcha, los soldados

bloquearon las salidas. Con la mitad de sus hombres y el sable desenvainado el capitán Salazar entró en la plaza vacía. «El Ángel va de fuga rumbo a Llacón» —denunció un comerciante y luego—: «¡Viva el Ejército!» El Divino Cecilio había profetizado la llegada de un hombre gordo, de bigotes ralos y voz aguardentosa y ahora ante sus ojos tenía un hombre gordo, de bigotes ralos y voz aguardentosa: el capitán Salazar. El obispo de París había mostrado —¡hacía tres días!— su retrato ejecutado por uno de los pintores a los que el Ángel encomendó los frisos que ornarían la fachada norte del Templo de la Abundancia. Más: había anunciado que la tropa entraría a Pumacucho a las doce en punto. Pero ¿saldría? «Que vengan cuando quieran. Pasando la quebrada sus fusiles se les convertirían en serpientes». Inmune a la profecía el capitán Salazar revisó Pumacucho. A las dos, una patrulla informó que en andas de plata el Ángel se internaba en las montañas. «¡Cojudeces!». A punta de carajos apuró a la tropa. A media legua, bajo el ardor del sol, sudando, avistaron a la multitud que entraba a Llacón. Con sus largavistas el capitán sopesó la seráfica indiferencia de Cecilio Encarnación. El anda se perdió en las casas. El capitán ordenó paso ligero: la tropa rodeó Llacón. Los soldados iniciaron la búsqueda. El capitán entró en un tienducho a beber cerveza. A las tres, el suboficial Rentería rindió parte: no encontraban al Ángel. «¡Cojudeces! Me lo trae en el término de la distancia o antes si es posible». «Hemos revisado el pueblo, casa por casa, mi capitán». «Cojudeces». Pidió más cerveza. A las cuatro, Rentería repitió el parte. «Cojudeces». reiteró el capitán y salió a revisar en persona. Entró a todas las casas, espulgó todos los patios, abrió todos los dormitorios, subió a todas las trojes: nada. Algo pálido reemprendió la búsqueda. Por sexta vez registraron las casas, la municipalidad, la iglesia, la escuelita, la cárcel, el campanario. ¡Nada! El sol enjoyaba cerros morados. «Cojudeces». El sudor le chorreaba por la frente.

—Es ángel —murmuró un guardia aindiado.

—¿Qué cosa?

—Es ángel de verdad. ¡Ha volado!

—Cojudeces.

Los guardias se persignaron. Cerca de los fieles un cabo se arrodilló. En la plaza los soldados repetían: «Es ángel». El capitán sintió la vastedad de la hora, la vacilación de la tropa, el silencio

ominoso. «Es ángel». Sacó su pistola. Inició la séptima revisión de Llacón. Oscurecía. Se secó la frente, miró el anillo de soldados mudos, pétreos, amenazadores. «¡Suboficial!», gritó, pero Rentería no contestó. Entonces sus ojos descubrieron un horno. Escuchó el cri-crac de los cerrojos de los fusiles. ¿Contra quién? Sudando abrió la puerta. Acurrucado sobre la paja, el Arcángel dormía.

—¡Por fin, carajo!

Lo despertó. Lo condujo a la plaza a puntapiés. Los comerciantes y algunos hacendados lo recibieron con vivas.

—¡Cojudeces!

Mandó maniatarlo y reforzar la guardia. Pistola en mano veló al prisionero. Los obispos habían huido, pero cientos de fieles miraban al Ángel depuesto, espantados. ¿Los fusiles se convertirían en serpientes?

—¡Cojudeces!

Soberbiamente calmo, el Ángel miraba el azul. Siempre riéndose el capitán se acercó y le saltó a la espalda.

—Si eres ángel hazme volar —gritó a horcajadas sobre el cuerpo robusto de Cecilio.

Las viejas se dispersaron gibando. Los comerciantes celebraron la broma.

—Evítame el camino y llévame a Huánuco volando. ¡Cojudeces!

Cecilio seguía con los ojos absortos en el cielo.

—¡Desnudo! —ordenó el capitán.

Los soldados le arrancaron las vestiduras. El sol brilló sobre su carne de cobre. Cecilio no se movió.

—Yo también quiero saber si eres ángel —gritó con rabia un pequeño hacendado de Llacón. Mostró un cacto con el que raspó la espalda del Arcángel. Cecilio sonreía. Las viejas porfiaban en sus rezos. En cualquier momento los fusiles, víboras mortales, morderían a los sacrílegos.

—¡A Huánuco! —mandó el capitán.

El suboficial Rentería jaló la soga que apretaba el cuello del Arcángel. Agapito Robles lo miró con impotente ternura. Sus ojos negrísimos se encontraron. El Ángel le guiñó el ojo y le gritó:

—¡Sólo por la fuerza, Agapito!

El personero de Yanacocha se enfrió. Nunca había hablado con el Ángel. ¿Cómo sabía que se llamaba Agapito? Se le nublaron los

ojos. A través de las lágrimas miró al Serafín que se alejaba doblado bajo el peso del capitán. Supo después que el comandante de armas de Huánuco ordenó enrolar al Ángel. La última vez que lo vieron ojos humanos, Cecilio Encarnación se embarcaba con los reclutas destinados al 5to. de Infantería de Lima. Amontonados en camiones, rumbo al exilio de los cuarteles, todos los conscriptos voltearon para despedirse de Huánuco. Solo la cabeza rapada del Primero y Último Serafín de los Quechuas, no se volvió.

20. De cuando el río Andachaca se vistió con uno de los ponchos tejidos por doña Añada

Más allá de la provincia acabaron las lluvias y se reabrieron los caminos, pero a Yanacocha no llegó ninguna noticia del personero. Acabando un viernelunes de marzoviembre del año 2223 unos arrieros de Pillao informaron en la cantina de Santillán:

—No esperen a su personero. ¡Murió! Se lo llevó el río Andachaca.

—¿Qué tonterías propalan? —gritó Isaac Carbajal golpeando el mostrador.

Los arrieros se persignaron.

—Nos lo dijeron unos pastores.

—¿Usted lo vio?

—No, señor.

—Entonces, no hable —gritó Isaac.

Pasó el resto de la tarde bebiendo.

Quince días después visitó Yanacocha don Calixto Calixto, un respetado agente viajero. Era gordo, serio y jamás mentía. Isaac lo interrogó. «Sí. Con mis ojos que se comerá la tierra vi que se lo llevaba el río Andachaca. Yo recogí su poncho».

—¿Cómo era?

—Era un poncho amarillo lleno de soldaditos.

Los ojos de Isaac se cuajaron. Una hosca tarde de lluvia Agapito y Cachabotas habían intentado vadear el crecido río Andachaca. Hacía días que don Calixto Calixto aguardaba el descenso de las aguas en la otra orilla. Distinguió el poncho amarillo y el sombrero rojo de Agapito, reconoció la cabeza de Cachabotas adornada de mustios geranios. A Robles le urgía cambiar de orilla para asistir a la asamblea de peones de la hacienda Pomayaros. Agapito miró el cielo, se sacó el poncho y la camisa de bayeta rosa, se amarró al cuello la bolsa con el Título. Cachabotas calculó las aguas. Agapito espoleó, Cachabotas se enfrentó al turbulento Andachaca; nadó diez metros, pero todo el invierno descendía por la correntada. Chapaleó y chapaleó. Don Calixto gritó. El Andachaca amarró las patas de

Cachabotas. Don Calixto se arrodilló rezando. El río los venció. Ante la impotencia de don Calixto, el denodado Agapito y el fidelísimo Cachabotas desaparecieron.

Semanas después, una noche en que el dolor de muelas le impedía dormir, doña Domitila, quinta cocinera del doctor Montenegro, vio llegar muy excitados al subprefecto Valerio y al sargento Astocuri. Los visitantes insistieron en despertar al doctor. Sin querer, doña Domitila escuchó la conversación. «—Doctor, acaban de matar a Agapito Robles en San Rafael. —¿Cómo saben que es él? —Un peón lo ha visto. —¿Dónde está el peón? —En el Puesto». Salieron, interrogaron al testigo, ordenaron ensillar. La Guardia Civil de Ambo había matado a un hombre que lucía un poncho inconfundible. El Juez y las autoridades de Yanahuanca llegaron a Ambo justo cuando el cajón, en hombros de otros presos, entraba en el cementerio. El subprefecto Valerio ordenó desclavarlo. Las narices tapadas contra el hedor, sonrieron: el difunto se arropaba con un poncho amarillo surcado de soles y serpientes verdes y rojas que flanqueaban la testa de un puma. Los rasgos del felino coincidían con la irreparable indiferencia del muerto. Volvieron tan contentos que el sargento liberó de inmediato a todos los detenidos.

Una paz plúmbea se abatió sobre la provincia.

21. Donde continúa la conversación que una famosa noche los personeros de Pasco sostuvieron

En el oriente del Bosque de Piedra se estrelló un relámpago. Su luz iluminó el rencor del tusino.

—¡Hace tiempo que tengo ganas de sacarme la mierda!

El ambino se rio.

—Pues ya se sacó la lotería, compañero.

El escándalo de su carcajada se agigantó sobre los gallos de piedra enzarzados en una pelea que ya duraba cien mil años.

Se acuclilló cerca del Amargo.

—Estamos en marzo. Es conveniente que pase la cosecha.

—Es cierto. La gente no se moverá antes de recogerla.

Se volvieron hacia un hombre menudo.

—La recuperación definitiva de las tierras usurpadas debe comenzar por Chinche o Yanacocha.

—¡Imposible! Hace tres meses que la Guardia de Asalto mató e incendió en Chinche. La gente está muy asustada. Hasta ahora hay familias que no atreviéndose a volver a sus casas viven en cuevas.

—¡Precisamente! Si las comunidades masacradas vuelven a la pelea, ¿qué mejor demostración que las represiones son inútiles?

La tempestad se alejaba. El Amargo se acercó a Agapito Robles.

—Lo conozco desde hace años. Hemos estado presos juntos. ¿No es cierto, Agapito?

—Es cierto.

La luna tallaba el rostro sereno del Amargo, la impasibilidad de Agapito Robles. El frío era insoportable. El Amargo siguió:

—La hacienda Huarautambo no es una hacienda: es un símbolo. Hace poco nuestro abogado Genaro Ledesma me dijo: «¿Has oído hablar de la Bastilla?».

—No, Genarito.

—La Bastilla era una fortaleza donde los reyes de Francia encerraban a todos los hombres que se rebelaban contra su tiranía.

—¿Una cárcel?

—¡La cárcel de las cárceles! Cuando estalló la Revolución

francesa el pueblo derribó la Bastilla. Solo después se le cortó la cabeza al rey de Francia. En nuestro departamento la hacienda Huarautambo es la Bastilla.

—¡Eso!

—¿Sabe usted que allí los ríos no corren, que las cataratas se han detenido, que los niños no crecen, que los agónicos no mueren?

—Por eso digo que mientras Huarautambo no caiga nadie actuará.

El frío arañaba la piel estropeada de la cara de los personeros.

—Agapito Robles: para comenzar una guerra de verdad por la tierra en Pasco, es necesario tomar primero esa hacienda. Solo cuando se sepa que Huarautambo ha caído, el resto de las comunidades de Pasco y después Junín y Huánuco se sublevarán.

—¡Tusi está lista, señor!

—¡Yarusyacán está afiladita como cuchillo! Tan pronto el comando lo decida, alinearemos quinientos jinetes.

—¡Igual digo por la comunidad de Huallay! Nuestros patrones se creen protegidos por el rabioso río Mantaro. Creen que nadie puede cruzarlo.

—Y es cierto. ¿O es que alguien puede?

—¡Yo lo invito al día en que cruzaremos! ¡Docenas de balsas! ¡Mil doscientos hombres y cuatro mil cabezas de ganado!

—¡Ninao y Randao están a la orden para recuperar lo suyo!

—¡Eso será después de que nosotros recuperemos lo nuestro en Huariaca!

—¡Pacoyán se compromete a recuperar diez mil hectáreas en tres días!

—¡Nosotros también necesitamos tres días para tomar desayuno en la casa-hacienda de Diezmo!

El Amargo se aproximó aún más al personero:

—¿Está usted oyendo, don Agapito? ¡Todas las comunidades están listas! ¡Cincuenta mil familias esperan nuestras órdenes para recuperar setecientas mil hectáreas! ¡Todo depende de la caída de Huarautambo!

22. Huayno de Cecilio Lucano

Era una noche talabarteada por fuegos artificiales. Un torbellino de buscapiés chamuscaba la pradera. Doña Pepita ordenó a la orquesta acompañarla a la orilla donde en otro tiempo corría el manso río Huarautambo. Camino a la laguna que ahora suplantaba la planicie, doña Pepita, incrédula, sorprendió una voz que decía:

—Estas fiestas nos costarán la vida. Para pura diversión trabajamos. Todo se inaugura. ¡Pronto pagaremos hasta para cagar!

Doña Pepita se acercó, cogió al hablador de la camisa.

—¿Quién eres? —preguntó.

—Soy su peón Bernardo Chacón, patrona.

—¿Eres sobrino del mierda de Héctor Chacón?

—Sí, patrona.

—¿Así que tú eres el famoso Bernardo Chacón que se pasea diciendo que estamos en 1962? Pues entérate que estamos en diciembre de 2324.

—Estoy enterándome, patrona.

—Para que no andes equivocándote, dentro de quince días tú celebrarás la Navidad.

—Yo no tengo medios para ofrecer una fiesta, señora.

—Escoge entre aceptar la mayordomía o largarte.

—Siempre viví en Huarautambo, señora. ¿A dónde iría?

—¿Aceptas o te largas?

—Acepto, señora.

Quince días después Bernardo Chacón celebró la fiesta que lo endeudó por diecisiete años. Fue otro triunfo. Cada uno de los cinco días los invitados disfrutaron de una pachamanca. Arutingo tenía razón. ¡La mejor manera de castigar a los rebeldes era nombrarlos mayordomos! Así los propietarios se divertían y los levantiscos se arruinaban. Poco después un rumor sopló en la oreja del doctor Montenegro que el peón Cecilio Lucano sostenía que las autoridades de Yanacocha «restablecerían las fechas el próximo verano». El Chuto Ildefonso bordeó la laguna para comunicar a Cecilio Lucano el pavoroso honor de la próxima mayordomía. Lucano tendría la

satisfacción de ofrecer la Fiesta de Reyes. El Chuto volvió restregándose las orejas. «¡Emborráchense con su plata! Yo tengo cinco hijos por quienes ver. No me gustan las fiestas. Por compromiso bailé el día de mi matrimonio». Eso sostenían haber escuchado sus orejas.

Sentado en la cabecera de la mesa, con el borsalino hundido hasta los ojos, el doctor Montenegro cascó un huevo con una cucharilla, lo sorbió, se limpió los labios con una servilleta blanca. Solo entonces miró a Cecilio Lucano, flaco, de rostro amarillento, de dientes verdosos.

—¿Eres católico?

—Sí, doctor.

—¿Por qué no respetas, entonces, a los santos?

—Sí los respeto, doctor.

—Cecilio, tú me conoces. Yo soy respetuoso de Dios. Vigilo por la salvación de tu alma. Yo me preocupo por ustedes como un padre; yo los ayudo; yo los protejo; yo nunca le niego a nadie un consejo. ¡No te burles de los santos!

—No me burlo, doctor.

—¿Harás la fiesta entonces?

—Soy pobre.

—La hacienda te prestará todo lo que necesites para la fiesta. ¿Qué quieres? ¿Toros, caballos, vacas, dinero para los músicos o el trago?

—No quiero nada, doctor. ¡Dispénseme!

El doctor Montenegro se volvió al Chuto.

—Cecilio Lucano ha sido hasta hoy un buen hombre. No hay queja contra él. Alguien le calienta las orejas. El pensará en lo que arriesga y te dará su contestación mañana. Ojalá su respuesta sea católica porque en mi tierra yo no permito que nadie falte a los santos.

La casa-hacienda humeaba en la resolana, más alta, más imponente que nunca. Lucano cruzó delante del calabozo. La luz penetraba por un agujero del tamaño de un puño. Decidió consultar con el único hombre a quien había oído discutirle al doctor: el exmaestro Julio Carbajal, que ahora vivía en Yanacocha. Anocheciendo viajó. Cuidando no ser visto entró en la casa del preceptor. Le confió sus desgracias:

—¿Qué debo hacer, maestro? Por haber dicho que la Pascua se debe celebrar el 25 de diciembre me señalan en la mayordomía. No sé si se celebra en julio, en mayo o en diciembre. No puedo aceptar una carga tan pesada. Tengo cinco hijos. Si doy la fiesta me endeudaré para el resto de mi vida.

Julio Carbajal lo miró gravemente.

—Haces bien en rechazar la mayordomía, Cecilio. Esta maquinación de mover el calendario es obra diabólica. El tiempo no puede detenerse a capricho. Los santos deben estar coléricos. Pronto nos castigarán. No aceptes. Es preferible que huyas. ¿Por qué no te escapas, Cecilio?

—Nunca he salido de la hacienda. ¿A dónde iría?

—Lucano, escucha y olvida estas palabras: la comunidad de Yanacocha planea recuperar sus tierras usurpadas por tus patrones. Por mi hermano Isaac sé que el personero Robles prepara una gran recuperación.

—Agapito ha muerto, don Julio.

—Está vivo y entrará con una bandera para posesionarse de Huarautambo.

—Aunque esté vivo ¿qué hará? Garabombo también quiso libertarnos. Era invisible. Su carne era transparente. Eso no lo salvó del balazo que lo tumbó en el puente de Chircuac. Yo ayudé a buscar su cuerpo. Tres días batimos la quebrada del río Chaupihuaranga. En ese tiempo todavía corría. ¿Podrá Agapito?

—Podrá.

Lucano rejuveneció.

—No quiero morir esclavo.

—La libertad tiene muchas ventajas, Cecilio. Eso en la hacienda se desconoce.

Lucano retornó a Huarautambo. Llegando, cerca de su casa divisó el paso cansino del Chuto Ildefonso que avanzaba jugueteando con una rama, seguido de sus hombres. Lo esperó en la puerta.

—Cecilio ¿cuál es tu respuesta?

Lucano miró el rostro del Chuto, los Winchester, la laguna que sumergía la explanicie, las siete cataratas detenidas en la montaña.

—No voy a celebrar la fiesta, señor Ildefonso.

—Tienes hijos. ¡Piénsalo bien, Cecilio!

—No estamos en diciembre sino en junio. El año tampoco corresponde. No voy a celebrar la Navidad señor Ildefonso.

—¿Esa es tu respuesta final?

—Esa es, señor Ildefonso.

—Si esa es tu contestación tengo orden de expulsarte.

La cara de Lucano se amarilleó como la retama que prosperaba sobre las cascadas paralíticas.

—Partiré mañana.

—¡Ahora mismito, Cecilio!

Lucano entró en su choza. Cinco niños flacuchentos se alinearon, hipando. Frente a Winchesters impasibles cargaron en un burro pellejos de carnero, dos sacos de papa, ollas y andrajos. En el camino los esperaban los insultos de los peones decepcionados con la fiesta que perdían. Por orden del doctor los siguieron gritando «¡Herejes! ¡Sacrílegos! ¡Flojos!» Sin volverse, pálidos, los Lucano descendieron.

—¡Flojos, flojos! —gritaban los fiesteros defraudados. Lucano salió sin mirarlos. Un kilómetro abajo cambió de banda y siguió una huella. Al atardecer divisó una cueva, la señaló.

—Hijos, esta es la famosa cueva de Umancantay. Ésta será nuestra casa mientras yo viaje para reclamar justicia.

—¿Es grande la cueva, papá?

—Más grande que una hacienda.

Enorme sería porque no salieron jamás.

23. Isaac Carbajal recibe un mensaje del otro mundo que por peor que sea siempre será mejor que este

Una mañana, deseoso de herrar a su caballo, visitó al herrero Ampudia. Discutían el precio cuando se presentó un viajero embozado.

—¿Usted es Isaac Carbajal?

—Para servirle.

—¿Me permite una palabrita?

Se alejaron. El viajero se metió la mano bajo el poncho y sacó una hoja de cuaderno doblada en forma de sobre.

—Es para usted.

Isaac Carbajal la desdobló y leyó: «Estimado Isaac: Tengo carneros que venderle a un precio que le conviene. Si se interesa puede encontrarme dentro de siete días en la cueva Umancantay. Vale». Reconoció la letra de Agapito Robles.

—¡Vuelve! —gritó.

Sin atender a la sorpresa del herrero montó a Vencedor y comenzó a recorrer las estancias con la noticia: nadie lo creyó. ¿Agapito vivía? ¡Imposible! Por más que se hubiera ocultado, alguien, aunque fuera un pastor de las alturas, lo habría visto. ¡Hacía muchos inviernos que su mujer lo lloraba! Aun así una demente esperanza se encendió. El mismo profesor Soto, tan prudente, comenzó a tachar los días de su «calendario». ¿Y si vivía? Días lentos mugían por los cerros. Dos noches antes de la convocatoria viajaron Isaac Carbajal, Nicolás Soto y Cipriano Guadalupe. Pretextando salir a comprar ganado o a cerrar otros negocios, el resto de las autoridades partió la víspera.

Se encontraron en la cueva Umancantay. Aguardaron toda la mañana. Robles no apareció. En la tarde comenzó a llover. Decayó el entusiasmo. Anocheció. Nadie se molestó en encender una fogata.

—Mejor nos vamos —dijo Soto entristecido.

—El día acaba a las doce de la noche —replicó Isaac.

Se sentaron a fumar su desencanto. Llovía otra vez. Se adormecieron en el suelo helado. Clareaba cuando Cipriano

Guadalupe gritó: ¡Agapito! En la boca de la cueva, bajo un poncho de colores invictos, miraron a Agapito Robles o a un hombre pavorosamente idéntico.

Se abrazaron llorando.

—¿Cuándo llegó?

—Anoche.

—¿Por qué no entró?

—Los perseguidos nunca sabemos si alguien nos ha delatado.

—El pueblo y tu propia familia te creen muerto, Agapito.

—Mejor.

El personero se sentó en una piedra.

—He recorrido el mundo, hermanos. En todas partes la justicia es flaca y la injusticia es gorda. He padecido hambre, he conocido gente de muchas clases. Hermanos: los personeros de Pasco, de Junín y de Huánuco nos hemos juramentado para acabar con las haciendas. Recuperaremos nuestras tierras por la fuerza. Todos nuestros caseríos están de acuerdo. En todos he constituido juntas para la recuperación de las tierras.

—Tingo, ¿está de acuerdo?

—Epifanio Quintana solo espera la orden de marcha.

—La gente de Santiago Pampa es ciega y altanera.

—¡Han cambiado! Zacarías Huamán los garantiza.

—En Huachos recibieron a don Raymundo Herrera a pedradas.

—Evaristo Canchari los ha sacado de su error.

—¿Cachipampa es fiel?

—Todos nos apoyan.

—¿Qué dice Benjamín López?

—Ese hombre respetable nos respalda. «Actúen —dice—. Yo respondo de la gente de este rumbo».

—Los colonos de los Fernandini, esos hombres sin orejas, ¿qué dicen?

—Rigoberto Basilio los controla. Ofrece cien hombres, cincuenta caballos y bastimento.

—¿Rabí nos apoya?

—Arcadio Guerra y Nicéforo Guerra prometen que Rabí no retrocederá.

—¿Qué piensan los colonos de Huarautambo?

—Sebastián Albino y Bernardo Chacón tratan de convencerlos.

No es fácil. No llegan a una docena los que están de acuerdo, pero bastan para abrirnos las puertas de los puentes.

—Los huarotambinos son gente empedernida en el servilismo. Cuando expulsaron a los Lucano los siguieron insultando un kilómetro —exclamó Cipriano Guadalupe.

—No actuaron por su voluntad. Los Montenegro los obligaron —dijo Julio Carbajal.

Agapito se levantó. Les pareció que en lugar de metros los separaban años.

—¡Caiga quien caiga, recuperaremos Huarautambo! Yo, Agapito Robles Broncano, personero legítimo de Yanacocha, declaro instalado el Comité de Recuperación de tierras. ¡Poder de vida y de muerte! Sus miembros están autorizados a reclutar gente, cerrar caminos, obligar faenas, mandar castigos y si es necesario condenar a muerte. El hombre que no coopera con su comunidad, debe morir. Nombren delegados para los otros caseríos. ¡Propongan nombres!

—Para Collas propongo a Juvenal Lovatón, a Germán Palacios y Eusebio Minaya —dijo Crisóstomo Crispín.

—¡Aprobado!

—Mardonio Luna organizará a la gente de Tambochaca. Él cooperó en la cabalgata.

—¡Vale!

—Fabián Llanqui también actuará. ¿Qué les parece?

—¡Es hombre leal!

—¿Y Jupaicocha?

José Requis, fibroso y menudo, sacudió la cabeza.

—No quiere cooperar.

—¿Qué dicen?

—Nada. No obedecen. Eso es todo.

—En Chinche también hay mala hierba. Los Trujillo y los Ramos son nuestros cuchillos.

—Los convenceremos o los ejecutaremos.

—Mejor sería convencerlos.

—¡Así es! Necesitamos reunir todas nuestras fuerzas. La miseria ha obligado a muchos de los mejores varones de la comunidad a vivir en Cerro de Pasco, en La Oroya o en Lima. Sería bueno contar con su ayuda.

—Isaac tiene razón. El hombre más valeroso de nuestra

comunidad es Wistozorro. ¡Habría que llamarlo!

—Si el pueblo lo llama, vendrá.

Alguien sirvió té de toronjil. Cipriano Guadalupe avisó exaltado:

—¡Chichis!

Salieron: centenares de chichis cantaban en las rocas húmedas. Ese pajarito gris es heraldo de buena suerte. Los pueblos lo esperan con ansiedad mientras siembran. Si aparece durante el sembrío el año será de buena cosecha. Es raro mirarlos en grupo. ¡Una multitud de chichis contentos chillaba ahora en el roquedal! Animados por el buen agüero volvieron a la caverna. Gastaron el día aprobando o descartando a los integrantes del Comité de Recuperación.

El verano acabó y con las últimas tardes tibias doña Añada concluyó «La degollación de los inocentes», un tejido que las autoridades no se atrevieron a mostrar.

24. Más acerca de una conversación que se hubieran muerto por escuchar esos señores que se pasean con metralletas

La neblina rosa mostró el desfiladero y las lagunas. Los ojos biliosos del Amargo recorrieron las caras desveladas de los personeros.

—¿Qué me dirían de un cafecito? —preguntó el delegado de Pasco.

—Dios te oiga.

—¿Y qué me dirían de unos chicharroncitos con ese cafecito?

—¡Ayayay, culebra!

El delegado de Chinche se metió la mano debajo del poncho y sacó un atado. Sonreía de oreja a oreja.

—Eso ¿qué es?

—Chicharroncitos, señor.

—¿Me estás jodiendo?

—Abrió el atado y sacó un chicharrón carnoso.

—Sírvase, señor.

—¿Por qué guardaba usted esta preciosidad?

—Todo a su tiempo, amigo.

Repartió los pedazos de puerco.

—¿De dónde esos lujos?

—Chinche agradece, señor, estos trabajos.

El café aguado y los chicharrones les supieron a gloria.

—Amanece.

—No hemos acabado.

—Señores delegados, nos quedan mundos por aclarar.

—Tantos hombres en estas soledades resultamos sospechosos. Con un hijo de puta que avise, basta para que nos baleen.

El Amargo se paseó el dedo por la encía para sacarse las hilachas.

—Propongo buscar una cuevita.

—Antes me aceptará usted este anisadito.

—Brindo por el día en que coma chicharrones en el comedor de

la hacienda Huarautambo. ¡Con usted, Agapito!

—No bebo, don, pero se agradece.

—Siguiendo este desfiladero encontraremos la famosa Cueva de los Monos.

El personero de Yarusyacán se levantó. Era el único que vestía a la criolla. El pulóver no lo abrigaba suficientemente. Temblaba un poco. Caminaron. El personero de Yarusyacán se detuvo. Señaló el oeste.

—Si Chinche avanza y Yarusyacán y Rancas ocupan lo que les corresponde nos encontraremos en medio de la hacienda Paria.

—Como los rusos y los americanos.

—¡Eso es lo que quería Garabombo! Él siempre decía: «Los comuneros de Chinche y de Yarusyacán deben encontrarse en Paria como los rusos y los americanos».

Divisaron la Cueva de los Monos. Cruzó una bandada de patos.

—¿Usted conoció a Garabombo?

—Garabombo y yo estuvimos presos en el Frontón. La humedad del mar nos pica los pulmones a los serranos. A mí me trasladaron al Frontón en enero, en pleno verano, pero la neblina no dejaba ver las cuadras. ¿Se da cuenta? ¡En enero! Garabombo llevaba dos años dentro. ¿Estaba tísico? Tosía mucho. Se alegró de saber que yo era cerreño. Usted sabe lo que significa en esos lugares conversar con un paisano. Garabombo y yo decidimos vivir en la misma covacha. ¿Conoce usted la isla?

—No tengo el gusto.

—Pues si sigue arreando ganado ajeno pronto lo invitarán.

Se rió.

—Yo solo toco, señor, el ganado de los hacendados. Don Genaro me dice: «Borrado, usted expropia a los expropiadores».

—Vivíamos en la misma covacha. Un día tratábamos de pescar un bonito cuando nos gritaron: «¡Los chinchinos a la Prevención!» Nos presentamos corriendo. Un vigilante nos dijo: «Prepárense para embarcarse. Ahoritita van a Lima. —¿Qué sucede, señor? —Deben asistir a una Junta de Conciliación en el Ministerio del Trabajo». Nos embarcamos. En el muelle ya estaba atracada la lancha. «¿Que tal si nos sueltan, Aquilino?», me dijo Garabombo. Hacía sol pero él temblaba. El mar estaba bravo y la lancha peleó para bordear el Camotal. ¡Olas inmensas!, más temidas porque a los presos nos

transportan esposados. Llegamos. En el muelle nos esperaba una camioneta. Nos llevaron a Lima. Nos desembarcaron delante del Ministerio del Trabajo. Subiendo las escaleras nos encontramos con el chinchino Silverio Bonilla también custodiado y esposado. Entrando Garabombo palidece.

«—¿Qué sucede, Fermín? ¿Te mareaste en la lancha?

»—Estoy mirando a mi mujer. Hace dos años que no la veo.

»Amalia Cuéllar lo abrazó llorando. Con ella se acercó un grupo de chinchinos.

»—¿Puedo hablar con mi esposa? —preguntó Garabombo al guardia republicano.

»—Está prohibido, pero te doy permiso —contestó el guardia que era buena gente.

»—Con su permiso, señor, me aparto.

»—No olvides que ando armado».

—Yo, señor, no tocaba ningún pito. Me habían traído por equivocación. Los chinchinos le informaron a Garabombo que ese día se realizaría un comparendo entre los López, propietarios de la hacienda Chinche, y Garabombo y Silverio Bonilla, los rebeldes chinchinos.

—Esto es bonito —murmuró el Amargo.

—Garabombo habló cinco minutos con su mujer y con sus concomuneros. Luego llegaron los hacendados López y sus abogados. Nosotros —yo, ¿qué pito tocaba?— pasamos al salón. El presidente de la Junta de Conciliación, un gordito de anteojos, nos dijo: «Estamos aquí para ver si es posible un arreglo entre las partes. Tiene la palabra el propietario de la hacienda Chinche, el señor Amador López». ¿Para qué le cuento? El hacendado se lanzó un rollo sobre la importancia de la ganadería en el Perú, que cómo era posible que con tremendas pampas en Pasco el Perú importara ganado y patatín y patatán. ¿Para qué les cuento? Según él, el Perú era pobre por nuestra culpa. El planteamiento de los comuneros de Chinche era absurdo porque la hacienda necesita más tierra para desarrollar una ganadería fina. Acabó diciendo: «Tierra es imposible darles. Si quieren les ofrezco salario».

—¿De cuánto sería ese salario? —preguntó Garabombo.

—Les ofrezco un sol al día, pero ustedes me pagarán arrendamiento del terreno y cincuenta centavos por cada carnero

que paste en mis tierras.

—Así estamos peor, señor Juez.

El gordito se encolerizó.

—Yo no le pido sus opiniones. ¿Acepta o no acepta la proposición del señor López?

—Si acepto salimos perdiendo, doctor.

—Hasta hoy han trabajado gratis. El señor López les ofrece salario y derecho al pasto. ¿Qué más quieren? Si acepta y firma en nombre de sus representados ahora mismo sale libre. Si la rechaza se queda en la cárcel.

Garabombo sudaba. Clarito le veía las gotitas de sudor.

—Decida usted mismo. ¿Se va o se queda?

—No acepto, señor.

—¡Piense bien! En su mano está escoger entre la libertad y la cárcel. Usted se expone a una pena larga.

—¡No acepto!

—¿Se queda preso?

—Me quedo adentro, señor.

—¿Qué hora es? —preguntó el Amargo.

—Las siete avanzadas —contestó el delegado de Yarusyacán.

—Esta es la hora en que mejor se capta Radio Cuba. ¿Qué le parece si oímos lo que dicen los barbudos?

25. Sueños y pesadillas de Bernardo Chacón

Poco después de cumplir una condena por abigeato en la cárcel de Huánuco, soñó que la comunidad de Yanacocha huía por una pampa sin término. Hombres, mujeres y niños corrían tan desesperadamente que sus fatigadas sombras vacilaban, se prendían a los ponchos de los fugitivos, caían extenuadas. De tiempo en tiempo los perseguidos volvían los ojos hacia el galope de sus perseguidores. Corrieron semanas, meses, años, hasta que encontraron una muralla tan elevada que los mismos cóndores que intentaban franquearla se estrellaban por millares. Entre la cólera de los perseguidores y el terror de la comunidad latía ya solo el galope de un enmascarado. De pronto el jinete se detuvo, desmontó y levantó la tierra del cementerio de Huarautambo: salió una multitud de jinetes. ¡Miles de montados llenaron la pampa! El enemigo huyó. El jinete se levantó la máscara y entonces Bernardo Chacón reconoció la apacible sonrisa de Agapito Robles.

«—Bernardo —dijo el personero—, todo este galope es por tu culpa. Si nos hubieras acudido, Yanacocha se hubiera ahorrado este sufrimiento.

»—Dices palabras oscuras, Agapito.

»—Cuando cambie la luna búscame en casa de Macario Valle».

Bernardo Chacón se despertó sudando. Amanecía. Se abrigó con su poncho, se levantó para consultar el sueño con su vecino Sebastián Albino.

—Es un aviso, Bernardo —dijo Albino, varón de rostro bruno, ojos desconfiados y bigote ralo. Agapito te necesita. Quizás está en peligro. ¡Búscalo!

—Solo para una cosa me llamaría Agapito. Yo conversé mucho con él en la cárcel de Huánuco. El quería sublevar esta hacienda. Tenía una copia de los títulos, Él me los enseñó. «Mientras no recuperemos Huarautambo Yanacocha no será libre. Algún día Yanacocha decidirá recuperar su tierra, pero no podrá actuar si los colonos de Huarautambo no se deciden a sublevarse».

—Yanacocha se propone recuperar sus tierras. Eso dicen.

—¿Me llama para preparar la sublevación?

—Sería tiempo, Bernardo. Ya no se soporta tanta esclavitud. ¡Búscalo!

Pretextando la necesidad de vender su cosecha de papas, Bernardo Chacón logró permiso para salir de la hacienda. Anunció que viajaría a Goyllarizquizga. Viajó, en realidad a Huachos. Llegó al atardecer. Escondió el caballo, avanzó. La casa de Macario Valle exhalaba un confuso rumor. ¿Quiénes hablaban? No miró caballos. Si los escondían solo podían ser comuneros. Tocó la puerta.

—¿Quién bueno?

—Bernardo Chacón, de Huarautambo, quisiera saludar a don Macario Valle.

—Pase.

En la habitación donde se apretujaban comuneros desconocidos, miró la tranquila sonrisa de Agapito Robles.

—Te esperaba, Bernardo —sonrió Agapito.

—¿Sabías que vendría?

—Te he soñado.

—Buenas noches, señores —saludó Bernardo, destocándose, respetuoso.

Robles lo presentó.

—Bernardo Chacón, comunero de Huarautambo sufrió conmigo en la cárcel de Huánuco. Es sobrino de Héctor Chacón.

Los comuneros lo saludaron con un murmullo amistoso.

—Estos señores son comuneros de Jupaicocha, Bernardo. Han venido para conocer el Título de nuestra comunidad.

Agapito Robles reanudó la lectura del Título. La enumeración de las fronteras de Yanacocha demoró todavía una hora. Los jupaicochanos oían en silencio. Atardecía.

—¿Qué dicen, señores? —preguntó Agapito.

Un hombre grueso, de aspecto reposado, se levantó.

—¡Huachos participará en la reivindicación! Estamos listos a colaborar. Si Yanacocha nos respalda, nos sublevaremos. ¡Participaremos con cien hombres!

—Yanacocha no olvidará tus nobles palabras, don Macario Valle —contestó Agapito Robles.

Se abrazaron.

Entraron mujeres, sirvieron un caldo de papas con hilachas de

charqui. Comieron, luego bebieron mates de coca. La gente de Huachos partió. Agapito Robles y Bernardo Chacón quedaron solos.

—¿Te acuerdas de nuestras conversaciones en la cárcel?

—¡Por supuesto! El mismo día que volví a la hacienda hablé con los colonos.

—¿Qué dicen?

—Pocos aprueban la idea de alzarse contra el doctor.

—Viven peor que sus cerdos. ¿Por qué no quieren rebelarse?

—No creen que los simples mortales puedan vencer a Montenegro. ¡Ha parado el tiempo y si quiere parará el sol! Eso dice la gente. Tienen miedo. Hace meses el doctor expulsó a Cecilio Lucano. Nos obligaron a insultarlo.

—¿Se sabe algo de Cecilio?

—Dicen unos que se fue a las minas, otros que bajó a Huánuco. Nadie lo ha vuelto a ver.

—¿Qué temen los huarotambinos?

—El doctor se entera de todo. Tres veces nos hemos reunido y tres veces el doctor lo supo y nos mandó azotar. Esto desmoraliza a la gente. Los colonos creen que el doctor tiene poderes.

—Efectivamente: tiene el poder del dinero. Compra traidores y corrompe a las autoridades judiciales de Huánuco que lo renuevan eternamente desconsiderando las protestas y las quejas.

—Cuando yo salí de la cárcel hablé con unos colonos. Al día siguiente me mandó llamar Montenegro. Fui a la casa-hacienda. El doctor dijo: «Sé que tienes conversaciones con las autoridades de Yanacocha. Haces muy mal, Bernardo. Yo siempre fui cariñoso contigo; pero si te metes con revoltosos no me queda más remedio que defender a los buenos colonos y para esto estoy obligado a expulsar a los malos y a traer gente de otros pueblos».

—¿Nadie nos respalda en la hacienda?

—Pocos.

—¿Quiénes?

—Don Rufino Toribio me dijo una vez: «Bernardo, nosotros somos como los bueyes». Otro descontento es mi cuñado Cinasio.

—Insiste, Bernardo; convéncelos y avísame.

—Tendrán miedo.

—¡El ansia de libertad, como la raíz del árbol, rompe el suelo, Bernardo! Dos veces Pasco se ha sublevado, dos veces nos han

masacrado. ¡Que venga la tercera! Nos sublevaremos mil veces. Remigio Villena se prepara para acabar con la hacienda Jarria. Los Chamorro se siguen emborrachando en los burdeles de Cerro mientras Remigio les cava su tumba. El Amargo organiza a los comuneros de Ambo. Y muchos más que tú no conoces ni de nombre preparan la recuperación de todas las haciendas del mundo. ¡Huarautambo será libre después de la cosecha!

26. Que no necesita título

Ya te puse en suerte a los hacendados de tu provincia. ¡Hacendaditos de Cerro de Pasco…! Mientras tú abrías los ojos de sus peones, mientras tú rebelabas a sus esclavos, mientras les enseñabas el horizonte de las pampas libres, los muy bellacos bailaban. «Mi reina por aquí, mi reina por allá, todo es poco para mi reina, véndame esa huerta para agasajar a mi reina, trago y comida para todo el mundo por orden de mi reina». ¡Hacendaditos…! Yo los arruiné, los devolví a la mierda de donde salieron. ¡Y los babosos se jaraneaban! «¡Más música para mi reina!». Tú recorrías la cordillera Culebra. «¡Diez cajas de cerveza por mi cuenta!». Tú reunías a los delegados de los caseríos en la cueva Umancantay. «Ya entregué los exvotos de plata que me encargaste para la Virgen de Chacayán». Disfrazado de vendedor de pan, tú conspirabas con la peonada de Rabí. «Si no le place esta lancha, dispondré que le hagan otra, mi reina». Yo sabía que tú andabas por Pomayaros: por eso mandé que fiesteáramos en otro rumbo. «¡Qué pasa con esa orquesta!». Bailando se me aplacaba la cólera. Si por mí fuera, bailaría hasta el Día del Juicio Final. Para olvidar lo que hay que olvidar y para recordar lo que hay que recordar. ¿Tengo yo algo que recordar? ¿Qué es lo que me llevo de esta provincia? ¿Qué es lo que me llevo de esta vida? ¡La alegría de haber pisoteado a los que pisoteaban! Esos patroncitos, esas autoridades, esos juececitos altaneros. Ustedes los vieron de rodillas ante mí. «Permítame ofrecerle las joyas de mi madre». ¡Pobres espantajos! ¡Acicálense, adórnense, perfúmense! ¡Prepárense para la jarana que Agapito Robles les está organizando!

En el camino, alejándose contra la aurora que se emplumaba, Maca recordó aquella fiesta. ¿En dónde? Salieron a desayunar al mercado de Pacaraos. Cruzando la plaza, en los ojos de un falso vendedor de anilinas, lo reconoció. El sol volvió a teñirse con esos montoncitos de polvos rojos, anaranjados, amarillos, rosados, verdes, negros. Desayunaron. Almorzaron. Bailaron. Cenaron. Regresaron: él seguía allí. Simulando discutir precios, predicaba,

convencía, exaltaba. Entonces me miró. «Remplácenme estos músicos: vamos a seguirla en la casa-hacienda». Pasé de largo, sin mirarte. «Si usted quiere, claro que se le dobla la paga a la orquesta, mi reina». ¿Para qué contestarte la mirada? ¡Tú sabes bien que yo cumplí!

27. Postrero viaje de Cachabotas, flor y espejo de las comunales caballerías

Una tibia noche de agosto de 1962 según el calendario gregoriano, y de mayodiciembre de 2386 según el calendario montenegrino, los dirigentes de Yanacocha se reunieron en la cueva Umancantay.

Sentado en una piedra Agapito recordaba la mañana en que había jurado que no volvería a su casa antes de que desapareciera la hacienda Huarautambo. ¿Cuántos «años» hacía que la soledad del camino había oído su promesa? Millares de leguas lo distanciaban de aquel juramento. Los ojos de su rostro miraron a los miembros de la Junta de Recuperación, pero los de su memoria distinguieron a los ausentes: Héctor Chacón, Cecilio Lucano y las fosforescentes pupilas de don Raymundo Herrera. La caverna Umancantay se poblaba. ¡Ahí estaban representados todos los caseríos! En el silencio húmedo, Agapito habló:

—Hermanos, hace años que viajo por el mundo con el propósito de convencer a los hombres de que mientras exista Huarautambo la humanidad no respirará. He cumplido. Hasta el último mendigo del último caserío está de acuerdo en que Huarautambo debe desaparecer. Hoy estamos a primero de agosto. Huarautambo desaparecerá el veintinueve. ¡Ese día la recuperaremos! Ustedes informarán a los pueblos la víspera. ¡Arrodíllense y juren que ni a costa de la vida revelarán la fecha!

Emocionados, los delegados juraron delante de la bandera de la comunidad.

Se abrazaron y se separaron. Y el mes que pretendían que era agosto de 1962 comenzó su marcha lenta. Las órdenes fueron categóricas: cumplir sumisamente con los hacendados para no provocar ningún incidente. Así llegó el veinticinco de agosto. El veintiséis se supo que el personero Robles descendía por Pillao. Metido en un enigmático poncho tocado por un sombrero rojo adornado por blanquinegras flores de haba, Agapito emergió por el camino. En la cumbre sofrenó a Cachabotas, abarcó las casas de Yanacocha, los caseríos de la otra banda, los tejados de la provincia,

el reflejo del lago rayado por las embarcaciones. Entonces descubrió que Cachabotas se volvía verde.

—¡Cachabotas!

El caballo volvió la cara.

—¿Estoy verde? —preguntó dirigiéndole por primera vez la palabra.

—¡Estás verde! —contestó Agapito más angustiado que asombrado.

—Entonces voy a morir.

Agapito descabalgó.

—¿Qué dices, hermanito?

Cachabotas venteó su querencia y relinchó. Verdecía vertiginosamente.

—No llegaré a Yanacocha, Agapito. Hasta aquí me han señalado la vida.

Cachabotas se tendió tosiendo. Agapito lo abrazó.

—He cumplido, Agapito. Te devuelvo sano y salvo. Te he acompañado con toda voluntad. No hay nada que reclamar, ¿o hay algo?

Cachabotas respiraba mal.

—¡Rompan todos los cercos del mundo, Agapito! Arranquen todos los hitos. Ustedes los hombres no son como nosotros. Ustedes son malos animales, Agapito, pero son más desgraciados que malos…

—¡No te mueras, compadre! En Yanacocha te esperan. ¿Vas a desairarla?

Cachabotas jadeaba.

—Hay que seguir la lucha, Agapito. Los buenos de hoy son los malos de mañana. No te desalientes. Cuídate de…

Y el incomparable caballo volteó los ojos.

Por entre sus lágrimas el personero distinguió a las autoridades que se adelantaban a recibirlo. Se acercaron gritando, pero vieron a Cachabotas yerto y se les marchitó la risa.

—¡Déjenme solo! ¡Quiero velarlo solo! —gritó Agapito justo en el instante en que Isaac Carbajal mandaba repicar las doce campanadas que anunciaban la hora de la recuperación. Ya nadie podía salir de su casa. Patrullas armadas clausuraron los caminos.

Agapito veló toda la noche a Cachabotas. Al amanecer,

Guadalupe y otros comuneros lo ayudaron a cavar. Enterraron a Cachabotas y florearon el suelo con retama amarilla. El sol enjoyaba los eucaliptos. Agapito oyó un relincho, lejos. ¡La hora llegaba! Comprendió que ni Cachabotas aprobaría su tristeza.

—¿Hay otro caballo?

Acercaron respetuosamente a Vencedor. Agapito se agachó, metió los dedos en el estiércol de Cachabotas y se untó la cara. Verde de estiércol y de pena montó y levantó la cabeza.

—¡*Jajayllas*! —gritó y descendió a la atemorizada Yanacocha.

28. Que prueba lo que en su tiempo hubieran querido probar los que querían esta prueba para probar lo que querían malamente probar

Aquí Radio Cuba, desde La Habana, Cuba, primer territorio libre de América, un programa en quechua destinado a los campesinos del Perú, Ecuador y Bolivia.

Una sonrisa de orgullo infantil iluminó la cara de los personeros sentados en torno del radio-transistor del Cojo.

Comuneros de la cordillera de los Andes, desde Cuba una vez más, nuestro aliento revolucionario en el combate que libran contra la oligarquía peruana al servicio del imperialismo. Este combate es fundamental para el destino del Perú y América. Fundamental, sobre todo, para implantar la justicia en un país oprimido por una oligarquía medieval que acapara la tierra del Perú. Las cifras son claras.

—Se oye como si estuviera al lado. ¡Parece mentira!

—¡So, carajo!

Hasta las propias fuentes de información de origen burgués admiten los hechos. El cinco por ciento de los propietarios acaparan el noventa y cinco por ciento de la tierra cultivable del Perú y el noventa y cinco por ciento de los campesinos subsisten, en las condiciones más miserables, en el cinco por ciento de las tierras. La burguesía misma no se atreve a ocultar las cifras. Las estadísticas publicadas por el Servicio de Investigación y Promoción Agraria, el SIPA, institución de inspiración y financiamiento norteamericanos, admiten esta situación escandalosa.

—¡Este es un pico de oro!

El SIPA informa que en el Perú 1.4 por ciento de la población posee I 529 750 hectáreas cultivables. Los medianos propietarios, es decir aquellos que cultivan entre once a cien hectáreas, poseen 285 000 hectáreas y los campesinos y comuneros que constituyen el noventa y cinco por ciento de los trabajadores de la tierra sobreviven en apenas 614 753 hectáreas. ¿Inventamos estas cifras? ¡Son cifras dadas por los propios voceros del imperialismo!

La botella de aguardiente circulaba de mano en mano. Un

trueno retumbó en las montañas detrás de la aguja nevada del Jirishanka.

El contraste es escandaloso, pero aún esas cifras no muestran toda la verdad. Los campesinos del Perú que nos están oyendo saben que la realidad todavía es más dramática. En el Perú hay propietarios que poseen haciendas más grandes que algunos países.

—¡Es cierto, carajo!

—¡Claro que es cierto!

Solo en el Cusco, donde los campesinos del valle de La Convención se mantienen desde hace dos meses en huelga contra los cultivadores de té, seis propietarios poseen más de 340 000 hectáreas. Los campesinos de La Convención los conocen: la hacienda Huadquiña acapara 144 000 hectáreas, la hacienda Itma acapara 50 000 hectáreas, la hacienda Tobalhuasi acapara 20 000 hectáreas, la hacienda Santa Rosa acapara 60 000 hectáreas, la hacienda Echaratti acapara 29 000 hectáreas, la hacienda Huayna acapara 44 000 hectáreas. ¡Seis propietarios poseen, ellos solos, más de 340 000 hectáreas…!

—¡La puta que los parió!

…Es decir, más de la mitad de la tierra que poseen un millón de comuneros en las sierras del Perú.

—¡La puta que parió a la puta que los parió!

La prensa burguesa del Perú oculta sistemáticamente esta situación reiteradas veces denunciada por la Federación de Campesinos del Valle de La Convención, que el pasado mes de noviembre denunció hechos gravísimos que citamos textualmente…

—En el sur comenzará pronto la pelea. Este invierno trabajé de ayudante de chofer del Jilguero del Ande. Recorrí todo el sur.

Estos hechos jamás serán dados a conocer por los órganos de prensa burgueses. La Federación de Campesinos del Valle de La Convención denuncia, a la letra…

—He estado en La Convención.

«Para ir a trabajar a una carretera particular el hacendado Alfredo Romainville nos obliga a los hombres a levantarnos a las 3 a.m. y regresar a nuestras casas a las 7p.m. después de dieciséis horas de trabajo. A la persona que falte un día al trabajo se le descuentan todos los días trabajados en la semana.

»A Melquíades Bocángel, por haber quemado, en forma casual, dos metros cuadrados del techo de paja de un depósito, el hacendado

Romainville, después de golpearle y pegarle a su regalado gusto, lo colgó de brazos y piernas a un árbol de mango y lo flageló incansablemente hasta que las propias hijas del hacendado se le acercaron de rodillas clamando piedad para el colgado.

»A Gabino Guzmán, Romainville lo envió a buscar una bestia para cargar seis arrobas de café, pero en vista de que el campesino volvió sin la bestia, Romainville ordenó que lo aparejaran y que lo cargaran con las seis arrobas y ¿o obligó a dar vueltas, a latigazos, en cuatro patas, alrededor del patio.

»A Carmen Candia, Esteban Góngora, Julián Guzmán y otros el hacendado los hizo correr por delante en su mula, atropellándolos, ocho kilómetros de terreno quebrado.

»A Cirilo Guzmán, Fidel Carrión y Hernán Santa Cruz los hizo cargar pesados tubos de hierro a lo largo de quince leguas.

»A Martín Villanueva lo secuestró y lo golpeó hasta dejarlo inconsciente por un día.

»A Martín Candía y a Alejandro Alegría los encerró durante una semana para que encarrujaran té, dándoles únicamente un permiso de quince minutos al día para satisfacer sus necesidades».

—Por lo menos aquí cagamos a voluntad.

—En el sur están peor que palo de gallinero.

—Depende.

El Amargo seguía chupándose las muelas.

—Depende —repitió—. En el Cusco los campesinos se están sindicalizando bajo la dirección de Hugo Blanco.

—Ese es comunista.

—¿Y qué?

—No más digo.

—Pronto el sur arderá.

«La concentración de tierra en el sur del Perú es aún más escandalosa. En el departamento de Puno, que sufrió una hambruna, donde no hace muchos años murieron decenas de miles de personas, una sola familia, la familia Muñoz Nájar, posee más de 300 000 hectáreas. El fondo Muñoz Nájar se extiende desde Puno en la sierra hasta Moquegua en la costa».

El tusino sacó un queso y panes de un costalillo de harina Nicolini. Se abrió el saco y mostró con orgullo la camisa cortada en la misma tela de otro costalillo que lucía la mitad del nombre de

Nicolini impreso en letras rojas.

Comuneros de los Andes: para acabar con la explotación y el abuso hay un solo camino: la lucha armada. ¡Proseguir el combate de vuestro glorioso antepasado Túpac Amaru!

—¡Ayayay culebra!

Y para terminar con esta audición nos complacemos en difundir un programa de música vernácula. Con ustedes el famoso conjunto…

—Perdonen, pero se me gastan las pilas —sonrió el Cojo apagando el transistor.

—Lo que dice el cubanito es verdad y también es verdad que algún día hacendados y comuneros tenemos que sacarnos la mierda. ¡Esto no se pega con esparadrapo!

—En octubre nos fajamos.

Se volvió a Agapito Robles.

—Sea como sea, Yanacocha tiene que tomar Huarautambo. El Borrado tiene razón. La caída de Huarautambo será la señal. ¡Tiene que ser antes de que empiecen las lluvias!

Un vigía apareció acompañando a dos emponchados.

—Nuestro almuerzo —suspiró el Borrado.

—¿Cree que acabemos hoy?

—Esperamos a los delegados de Huánuco.

—¿Y don Genaro? —preguntó el Cojo a uno de los de Yarusyacán.

—Está en camino.

—¿No quedó en venir ayer?

—Problemas.

El Amargo se envolvió en la bufanda. Chupó el resto del cigarrillo.

—La policía huele que algo se cocina —explicó gutural—. Todos los días llegan soplones de Lima. A Genaro no se le despegan. ¿Saben el último invento? Hace una semana disfrazaron a dos soplones de comuneros. Escogieron serranos…

En este mismo momento hombres de todos los continentes, hombres de todas las razas y todos los colores combaten contra el imperialismo…

—Las baterías ya no dan —se excusó el Cojo.

—Los vistieron de bayeta y poncho y los metieron a la cárcel de Cerro para que haciéndose pasar por comuneros cucharearan a los detenidos. Para qué los demás presos se la tragaran que eran presos

auténticos los guardias les metieron su par de golpes. ¡Para engañar! Pero en la cárcel de Cerro está viviendo don Remigio Villena. Es mi paisano. Lo olió de entrada y dio la consigna de no contestarles nada.

—¡Ahí viene nuestro doctorcito Genaro Ledesma!

29. Trabajos que Isaac Carbajal padeció la víspera de la gran batalla que Yanacocha con los follones hubo

El exsargento Atala, compadre de Montenegro, y tres barriles de aguardiente convencieron a los comuneros de Vilcabamba de las ventajas de un pacto. Por boca de Atala el Juez prometía darles las tierras en disputa con Yanacocha. Soliviantada por el aguardiente, Vilcabamba decidió pleitear con Yanacocha. Yanacocha perdió el ánimo.

—¡Hay que postergar la recuperación! No podemos enfrentarnos al mismo tiempo a Vilcabamba y a la Guardia Civil —dijo Teodosio Requis.

—¿Qué tienen contra nosotros los vilcabambinos?

—No podemos combatir contra dos. ¡Posterguemos! —insistió Requis.

—Hemos tardado años en convencer a la gente. Si los detenemos nunca volverán a animarse —dijo Isaac Carbajal. Lucía una gastada polaca de sargento segundo licenciado.

—Es cierto. Aquí sobran las palabras. Hay que recuperar —ratificó Rigoberto Basilio.

—Vilcabamba se aproxima con trescientos jinetes —informó Cipriano Guadalupe.

—¿A qué hora llega Agapito?

—Está en camino.

—Opino por iniciar conversaciones con Vilcabamba —arguyó Requis.

—Es pesada nuestra responsabilidad —dijo el maestro Soto.

—Más pesada es la esclavitud —dijo Basilio violento.

—Posterguemos la invasión ocho días mientras conversamos —sugirió De la Vega.

Isaac Carbajal se sentó con la cabeza vencida de presentimientos. Se levantó.

—Opino por la recuperación y por el parlamento. Nombren una

comisión para parlamentar con Vilcabamba. Pero al mismo tiempo todo sigue adelante.

Nunca imaginaron que el verano les enviaría ese atardecer para su víspera, pero luego se vio que el cielo tenía razón, que ese gris era el embajador de una noche ominosa. La plaza se llenó de quejosos.

—Vilcabamba avanza para atacar Yanacocha. ¿Por qué arriesgar nuestra vida por los colonos de Huarautambo?

—Es cierto.

—¿Por qué?

—Ya verán: los huarotambinos nos traicionarán. Nos darán la espalda. Moriremos o iremos a la cárcel por gusto.

—¿Qué beneficio sacaremos de estas guerras? ¡Contesta, badulaque! —se atrevió a gritar Teodora Cóndor en la cara del presidente Carbajal.

—La libertad, doña Teodora.

—La libertad no alimenta. Yo no tengo parientes en Huarautambo.

—Yo tampoco tengo parientes, pero mientras Huarautambo siga engordando con las desdichas, no estaremos seguros.

Maximiliana Marín se acercó a Isaac Carbajal.

—¡Sinvergüenza! ¿Por qué insinúas a mi marido? ¿Por qué lo obligas a participar contra su corazón? Mañana correrá sangre. Si tú mueres habrá un bellaco menos, pero ¿quién responderá por la vida de mi marido?

—Doña Maximiliana, comprenda…

—Si matan a mi marido yo te quitaré tus casas y tus chacras para alimentar a mis hijos. Yo sé cómo son los dirigentes. Los tontos irán por delante, pero ustedes las autoridades se quedarán atrás bien resguardadas.

Siguió afrentándolo.

—Mi marido está enfermo —se excusó tímidamente la mujer de Cipriano Guadalupe—. No puede venir. Excúsalo y no te ofendas.

—Que él mismo me informe —contestó Isaac Carbajal, abrupto.

—¿Tú me pagarás su vida? ¿Tú me alimentarás? ¿Tú me preñarás? —seguía vociferando Maximiliana Marín.

En las últimas claridades se recortó entonces la delgadez de Mardonia, la viuda de don Raymundo Herrera. Hacía meses que no

abandonaba su luto. Pero ahora bruscamente vestía pollera grosella ribeteada de corazones de plata y una manta gris salpicada de flores amarillas, verdes, ocres. El crepúsculo rutilaba en sus grandes aretes de plata. Avanzó.

—Oye, prima.

Maximiliana se volvió rebajada por la majestad de la viuda.

—Prima, ¿cómo sabes que va a morir tu marido? ¿Conoces el futuro?

—No.

—Yo no conozco el futuro, pero conozco el pasado y sé que mi marido murió midiendo los pastos. Parada estoy donde él miró por última vez este pueblo cobarde.

Maximiliana Marín no se atrevió a contestar.

—Si tu marido muere, morirá reclamando. ¿Por qué insultas al presidente de la comunidad? En lugar de ofenderlo deberías ayudarlo. ¿Quién manda en tu casa? ¿Tu marido o tú?

Las mujeres callaron. Isaac Carbajal se alejó hacia la junta de delegados. En el camino se le acercó la mujer de Octavino Cuenca.

—Mi marido se cayó del caballo y no puede venir.

Carbajal cruzó delante de la casa de don Raymundo Herrera. ¿Cómo hubiera actuado el viejo? Miró hacia la esquina donde la casa del Nictálope desafiaba los vientos de la quebrada. Por la calle Estrella la casa de Héctor Chacón tenía un piso; por el desnivel del corral, dos. Un techo de paja descolorida protegía ocho metros de pared ruinosa rejuvenecida por la audacia de un balcón que valiente como su dueño avanzaba temerariamente colgado de vigas de cinco centímetros. Pero el fantasma del Nictálope se esfumó. Maladino Rueda, el expersonero, gritó:

—¡Detente y contéstame! ¿Quién eres tú para calentarle las orejas al pueblo? ¿Qué te crees? Yo he sido personero y no logré recuperar las tierras. ¿Tú podrás?

—Don Maladino, no insulte en público al presidente porque puedo mandar detenerlo.

—¿Detenerme a mí? ¿Detener a Maladino Rueda? ¿Quién? ¿Tú? Yo soy notable. ¿Sabes quién soy?

Isaac se hundió las uñas en las manos.

—¡Eres el hombre que extravió la copia de nuestro Título!

Rueda retrocedió como acertado por una pedrada. Poco antes de

emprender viaje Agapito Robles había mandado sacar copia del Título a Lima. Maladino viajó a cumplir la misión. A su retorno se detuvo en Cerro. Celebrando en una cantina de Pallanchacra se encontró con el tinterillo Espinoza, valido del hacendado Masías. En tragos, Maladino se jactó de viajar con el Título.

—Te felicito, hermano —dijo Espinoza—. Yo no soy de tu comunidad y como profesional los he combatido, pero como cerreño me enorgullece que mis paisanos sean capaces de pararle el macho a un ministro del presidente Prado. ¡Permíteme darte un abrazo y levantar esta copa por tu triunfo!

Pidió una botella de aguardiente. Volvió a brindar. Emocionado por el reconocimiento de un adversario de la comunidad —Espinoza representaba, a veces, a la hacienda de Masías, en trámites pequeños—, Rueda siguió bebiendo sin percatarse de que Espinoza solo besaba las copas. Pidieron una segunda botella. Solicitó luego Espinoza ofrecer un brindis en su casa. Siguieron bebiendo. Rueda se despertó en el hielo de un cuarto vacío. Solo entonces se percató que había perdido la copia del Título. ¡Demasiado tarde! Espinoza la vendía en ese momento al hacendado Masías. Rueda viajó a Yanacocha. El pueblo quiso asesinarlo, pero el doctor Montenegro mandó advertir que si le tocaban un cabello los culpables se las verían con el Primer Vecino.

Maladino Rueda gritó:

—¡Mañana correrá sangre! ¡Mañana los veré a todos con los pies para adelante! ¡Mañana orinaré en sus velorios!

Isaac comprendió que si no actuaba el pueblo se desmoralizaría. Se llevó la mano al revólver.

—¡Camina, borracho! Entra al calabozo antes que me desgracie —se interpuso la voz del teniente-gobernador Magdaleno Neyra.

Isaac Carbajal siguió hacia la escuela. Allí esperaban los miembros del Comando: Teodosio Requis, Máximo Sosa, Cipriano Guadalupe, Nicolás Soto y los delegados de los caseríos. Distinguió a Cipriano Guadalupe.

—¿Qué pasa con tu esposa, Cipriano? Dice que estás enfermo. ¿Es cierto? ¿No nos puedes acompañar?

—No, hermano, yo estoy con ustedes. Las mujeres están asustadas. Yo estoy listo a todo.

En la puerta apareció la gigantesca figura de Wistozorro. Se

volvieron ansiosos: Wistozorro volvía de Vilcabamba.

—¿Tienen trago?

Le sirvieron una copa que Wistozorro vació de golpe.

—¿Qué pasa con Vilcabamba?

—No hay nada. Vilcabamba está tranquila. Todo son boladas. Puras habladurías.

—Con razón las noticias del avance de Vilcabamba las difunden Magno Valle y sus compadres.

—¿Y las otras comunidades?

El presidente Carbajal había oficiado a las comunidades vecinas solicitando apoyo. En caso necesario, ¿enviarían refuerzos?, ¿ampararían perseguidos?, ¿esconderían a los prófugos?, ¿sostendrían a las mujeres y a los niños cuando los perseguidos se refundieran en cordilleras inaccesibles?

—Páucar, Chaupimarca y Yacán están de acuerdo —informó Constantino Lucas.

—Chacayán y Tapuc nos respaldan —informo Máximo Sosa.

—Yarusyacán apoya.

—Santa Ana de Tusi y Pallanchacra cooperarán.

—Tángor no contesta.

—Tampoco contestan Huaylasjirca ni Mitu.

—¿Nos traicionarán?

—Traicionar, no; pero ayudarnos, tampoco.

La mitad de las comunidades callaba. Las autoridades de veinte pueblos conocían que Yanacocha avanzaría. ¿Hablarían? ¿Habían hablado ya? ¿Por qué Maladino se atrevía a insultarlos? Sintieron el pesado vuelo del mal agüero.

—¿Con cuántos licenciados contamos? —preguntó Isaac Carbajal.

—Sesenta —informó Federico Falcón. Él también lucía su vieja casaca militar.

—Delante de cada grupo irá un licenciado.

—Mejor dos —dijo Falcón—. Si el primero cae, el segundo se hará cargo.

Una madrugada sucia asomaba por las puertas.

—Afuera está Maladino —informó Máximo Sosa.

El expersonero Rueda esperaba con el sombrero en la mano. Los miró avergonzado.

—Quiero pedirle perdón, señor presidente.
—¿De qué?
—Anoche lo ofendí. No me acuerdo de nada, pero Magdaleno Neyra dice que lo insulté.
—Yo te voy a refrescar la memoria, desgraciado. ¿Eres compadre de Montenegro?
Maladino se demacró.
—¿Cómo lo sabes?
—¿Cómo no lo voy a saber si yo estuve en el bautizo de tu hijo?
Maladino se desmoronaba.
—¿Sabes que mañana invadiremos?
—Sí.
—¿Vas a participar?
—Si lo permites.
—Antes firmarás una constancia de que participas por tu propia voluntad.
—Firmar, no…
Cipriano Guadalupe descerrajó su Winchester. El cric-crac anuló, por un instante, la alegría de los gorriones.
—Firmo.
Escribió: «Yo, Maladino Rueda, hago constar que por mi propia voluntad, y a mi pedido, me obligo a acompañar a las autoridades de Yanacocha en la ocupación de las tierras de Huarautambo».
—Suficiente —dijo Guadalupe.
—No —dijo Maladino—, falta algo.
Añadió: «… y me obligo a ser decidido, fiel y valiente aunque deje la vida».
Entonces firmó.

30. Deudas que Agapito Robles mandó cancelar la víspera de la gran batalla de Huarautambo

En el centro de la plaza gritó Agapito Robles: «Hermanos: una vez yo le pregunté a mi padre: "Dime, taita, ¿siempre existieron los patrones en nuestra tierra?". Mi padre me contestó: "Yo tengo cien años, yo sé cómo surgieron los patrones. Antes de que tú nacieras todo el mundo era de Yanacocha. Sucedió que un hombre de Huarautambo levantó una choza en la loma Escapata. Los celadores de nuestro pueblo lo increparon: '¿Quién te ha autorizado a levantar una choza en nuestras tierras? Acompáñanos a rendir cuentas a Yanacocha'. Lo arrestaron, pero cuando se lo llevaban el prisionero llamó a sus hermanos; los huarotambinos se comunicaron por los cerros y alcanzaron al preso en Chiyán. A la mala lo libertaron. Nuestros celadores volvieron golpeados y heridos. Yanacocha se encolerizó. El apoderado mandó tocar una campanada. El pueblo decidió castigar a Huarautambo. Se envió un propio para que Huarautambo, la insolente, se preparara para pelear al día siguiente. Amaneciendo, Yanacocha partió en guerra: encontraron todas las puertas de Huarautambo cerradas. '¡Salgan a pelear, cobardes!', gritaron los yanacochanos. Entraron a la plaza altaneros. No era cobardía: ¡era astucia! Maliciosamente los huarotambinos dejaron que los yanacochanos ingresaran a la plaza y luego, de golpe, clausuraron las salidas. Encerrados los apedrearon a su gusto. En la pelea murió un hombre. Los yanacochanos huyeron incendiando chozas. De esto se aprovechó un pequeño patrón, Julio Barda, un blanquito que había alquilado un pedazo de tierra a la comunidad. Este hombre, origen de nuestras desgracias, denunció todo a la gendarmería, con el interés de capturar a nuestras autoridades. La gendarmería los encarceló. Los condenaron a siete años de prisión. Aprovechando el miedo que esto provocó, el pequeño Barda se apoderó de nuestras tierras". De él desciende la estirpe de usurpadores que se adueñó de Huarautambo».

Agapito espoleó a Vencedor. El caballo se disparó bordeando la

multitud que no se alteró. El personero retornó al centro de la plaza.

—¡Pero mañana caerá la hacienda Huarautambo!

Un zumbido enardeció a la muchedumbre.

—¡Mañana recuperaremos Huarautambo por la fuerza! ¡Solo por la fuerza se puede obtener justicia en el Perú! En la cárcel de Huánuco conocí al maestro Muelas. Nosotros tejíamos sillas. El leía. Mirándolo tan sabio yo le pregunté un día: «Profesor Muelas: usted que ha leído tanto, ¿podría decirme qué libro lo ha impresionado más?». Se quedó pensando y me dijo: «El Código Penal, Agapito». «¿Por qué, señor Muelas?». «Por las penas tan largas que señala contra los rebeldes como nosotros». Yo recuerdo sus palabras y atesoro también lo que le dijo al personero de Ninao el día que le contó que su comunidad se preparaba a iniciar un juicio para recuperar sus tierras: «Antes de comenzar el juicio cómprate un catre». «¿Para qué, profesor?». «Para esperar el fallo echado, tontonazo». «¿Por qué me insulta, doctor?». «¿No sabes, carajo, que en el Perú nunca un indio ha ganado un juicio? No te lo dice el pobre diablo que habla. Un abogado ilustre lo tiene escrito en un libro tan espeso como la cojudez de todos los que piensan que suplicando delante de los jueces se alcanza justicia». Yo atesoro sus palabras. Un dueño no suplica por lo que es suyo: recupera. Comuneros: ¡Mañana acabará el viaje que hace doscientos cincuenta y siete años comenzaron nuestros abuelos! Yanacochanos: cuando por el mundo se propague el ruido de la caída de la gran hacienda Huarautambo, nuestros hermanos se animarán y comenzarán, en todo Pasco, la recuperación definitiva de las tierras usurpadas y la guerra avanzará incendiándolo todo. ¡Sea! ¡Mañana caerá Huarautambo! ¡Caiga quien caiga! ¿Están listos a depositar sus vidas para que así sea?

Le contestó un trueno.

—¡Muchos morirán! ¡Pero que no haya queja! Si mañana mueren mi mujer y mis hijos, no me quejaré. ¿Saben todos por qué van a morir?

—¡Sabemos!

—¿Habrá queja?

—¡No habrá queja!

Agapito Robles recorrió lentamente la plaza.

—¡Si hemos de morir muramos como hermanos! Hay en nuestra comunidad hombres que se odian. ¡Amistemos! ¡Muramos limpios!

Se detuvo delante de los Ildefonso.

—Dedicación Ildefonso, tú tienes un agravio contra Julián Minaya.

—El cosechó un surco que no le correspondía.

—¡Mío era! El Juez de paz Magno Valle me dio la razón.

—Porque le regalaste quesos.

—Perdónalo, Dedicación —intercedió Agapito Robles.

Ildefonso bajó la cabeza, avanzó con el rostro grave, abrazó a Minaya. Minaya lo apretó contra su pecho sollozando.

—Te perdono.

—Los Guadalupe están enemistados con los Román. ¡Acérquense!

Un Román había sido testigo de una riña que un Guadalupe pagó con nueve meses de cárcel. Desde entonces se odiaban. Y cuando un hijo de los Román contrajo la costumbre de apedrear en las noches el techo de los Guadalupe, por poco se acuchillan. Los Román y los Guadalupe, que querían aparecer torvos, se aproximaron.

—¡Estoy limpio de cólera! —murmuró Hilario Román.

—¡Bendición, papacito! —respondió un Guadalupe.

Agapito Robles avanzó hacia los Requis.

—Nicasio Requis, ¿no has deseado enfermedad o muerte a los Herrera?

—Me acusaron de abigeo.

—¿Morirán odiándose?

Los Requis y los Herrera se abrazaron. Los Malpica avanzaron espontáneamente hacia los Valle. El difunto Jacobo Malpica había enjuiciado a los Valle por los terrenos de Ucupayacu. La muerte llegó antes que el fallo. Sus hijos abandonaron el juicio, pero no el rencor. Ahora se lavaban.

Largo tiempo se demoró Agapito Robles reconciliando a los hombres enemistados. Los yanacochanos se sorprendieron de que existieran tantos agravios. Pero salvo un Ermitaño que escapó para evitar reconciliarse con los Hipólito, nadie se atrincheró en su resentimiento. La Junta decidió nombrar a licenciados jefes de grupos. Yanacocha marcharía con sus dos barrios. Teodoro Chacón,

hermano del Nictálope, Blas Valle y Herculano Crispín encabezarán el barrio Rabí; Estefanía Morales, Julio Carbajal y Dámaso Huamán comandarían a la gente del barrio Tambo.

Estefanía Morales, pequeña y ardiente, no aparentaba sus sesenta años. Odiaba a las autoridades y a los hacendados, pero su odio no era la reconcentrada amargura de Teodoro Chacón sino una cólera burlona, mechada de carcajadas. Los guardias civiles evitaban su lengua siempre lista al sarcasmo. Se movilizaba emitiendo órdenes, imprecando alegremente a Julio Carbajal y a Dámaso Huamán, sus auxiliares.

—Todos los caseríos ya tienen comandos y lo mismo los barrios —concluyó Cipriano Guadalupe—. Solo falta nombrar al jefe de la infantería y al jefe de la caballería.

—¿Quién mandará la caballería?

—¡Wistozorro! —propuso Rigoberto Hipólito.

—¡Wistozorro, Wistozorro, Wistozorro!

Todos se volvieron hacia Primitivo Rodríguez, Wistozorro. Merecía el sobrenombre. Su rostro de ojos vivísimos, su nariz lo emparentaban al zorro y zorruno era también por sus astucias. Wistozorro se acercó. Vestía overol azul y chaqueta de cuero tan gastada que ya no conservaba su marrón original.

Dijo Agapito Robles:

—Primitivo Rodríguez: eres valiente y experimentado. Has comandado en el Ejército. En el cuartel te enseñaron el arte del combate. ¿Tomarás Huarautambo sin perder un hombre?

—No puedo.

El asombro lo circundó.

—Hay aquí hombres mejores que yo, jóvenes como los exsargentos Aquiles Berrospi *y* Federico Falcón. Berrospi ha salido del cuartel hace dos años. Yo salí hace doce años. Aquí está también el exsargento primero Ponciano Chamorro. ¡El fue tirador selecto!

—En tu cuerpo hay más valor —reconoció Berrospi, con dignidad—. ¡Acepta!

—¡No puedo!

Wistozorro había huido de su casa a los doce años. El *Tesoro escolar* lo había deslumbrado con sus fotografías de Lima. Las plazas, las avenidas, los monumentos, los edificios de la capital que tan pocos yanacochanos conocían lo maravillaron. Decidió

escaparse. Una noche abrió el baúl donde sus padres guardaban las cartas de Circuncisión Requis, un yanacochano que había emigrado a Lima. En los sobres figuraba su dirección. Con una bolsa de cancha, un billete de diez soles y una remuda escapó a Cerro de Pasco, donde vivía su tía Dionisia Valle. Asombrada quedó la tía de ver al rapaz en Cerro de Pasco.

—¿Qué haces solito en esta ciudad?

—Peleando con una yegua, nuestro caballo ha rodado en Chauchac. Mi papá nos quería azotar. De miedo he escapado.

—¿Qué piensas hacer?

—Si usted me ayuda quisiera buscar trabajo en Lima.

—Te puedo dar diez soles.

Era el precio justo del pasaje a Lima. Amaneciendo se embarcó en el tren. Mirándolo desamparado una pasajera jaujina le preguntó:

—¿A dónde vas?

—Voy a ver a mi hermano —volvió a mentir.

En la estación de los Desamparados, en Lima, observándolo otra vez desconcertado, la jaujina le propuso:

—En lugar de andar tonteando vente a mi casa.

Lo llevó a casa de un abogado en Jesús María. Le encomendaron la limpieza de las ventanas y pisos. No le permitían salir. Un mes después, aprovechando unas compras, escapó. Caminó, caminó, caminó. Por fin llegó al Campo de Marte. Gracias a su *Tesoro escolar* reconoció el monumento a Jorge Chávez. Se acercó a un guardia.

—¿Por favor, podría decirme dónde queda el jirón Libertad?

Mostró la dirección de Circuncisión Requis que figuraba en el sobre de la carta que había sustraído.

—Toma ese ómnibus y bájate en Puente Piedra.

El guardia lo miró.

—¿Tienes para el pasaje?

—Ni un centavo.

Le regaló diez centavos. Lo acompañó al ómnibus. Encargó al chofer:

—Deja a este niño cerca de Puente Piedra.

Por fin llegó a casa de Circuncisión Requis.

—¿Quién eres?

—Soy hijo de Virginia Valle.

—¿De mi madrina?

—Sí, tío.

—Me alegro que hayas venido a hacerte hombre en Lima. Aquí hay que trabajar duro para vivir.

Se desempeñó como lavaplatos, sirviente, vendedor de helados, lustrador de zapatos, emolientero, pastor en una hacienda de Ñaña, guardián de carpas de playa en Agua Dulce y soldado. Sirvió en la tropa de la Escuela Militar. Había llegado a sargento. Durante quince años no dio razón de su persona. El año 1950 lo postró una pulmonía. «La humedad le picará los pulmones. Vuélvase a su tierra», le aconsejó el médico. Volvió a Cerro. Lo engancharon en una mina de la Cerro de Pasco Corporation. La vida le había enseñado todas las astucias. «Eres un zorro», le decían los ingenieros. En Yanacocha se supo que en las minas de Cerro de Pasco vivía un yanacochano al que los gringos consideraban un zorro. «Necesitamos a ese hombre», decidió Agapito Robles.

Constantino Lucas viajó a Cerro con una carta del personero. «Señor Primitivo Rodríguez: el portador le explicará el negocio que ando preparando. El pueblo sabe que durante su ausencia usted ha llegado a conocer el mundo y que domina por igual el arte de la paz y el arte de la guerra. El pueblo lo necesita. ¡Acuérdese de la tierra donde ha nacido!».

—¿Qué proyecta el pueblo, don Constantino?

—Recuperar la hacienda Huarautambo.

—Esa no es una obra que pueden ejecutar los simples mortales, don Constantino.

—«Por eso la ejecutaremos» —dice nuestro personero Agapito Robles.

—Yo, ¿qué puedo hacer?

—Para alcanzar esta empresa el pueblo necesita el coraje y la experiencia de sus mejores hombres. Agapito Robles espera que usted nos acudirá con su valor. Usted llevará nuestra bandera el día de la recuperación. Muchos solicitan ese honor, pero nuestro personero siempre les responde: «Está reservado para Wistozorro».

—¿Tan seguro está de que iré?

—«Si te pregunta si estoy seguro de que vendrá dile que no, pero si viene estoy seguro de que cumplirá».

Wistozorro miró desafiante a los miembros de la Junta de Recuperación.

—¡No acepto el mando! En la comunidad hay hombres mejores que yo.

—Eres sargento licenciado.

—No soy el único. En la comunidad hay por lo menos cincuenta exsoldados, diez excabos y cinco exsargentos.

—Tú eres el más valiente —dijo el exsargento Falcón—. ¡Acepta! El nombre del que pise primero Huarautambo no se borrará jamás de la memoria. Los nietos de los nietos de tus nietos dirán: «Mi bisabuelo Wistozorro fue el primero en pisar la tierra recuperada».

Wistozorro aspiraba ardientemente al honor, pero quería estar seguro.

—¿Aceptas o rechazas? —preguntó Agapito Robles.

—Acepto.

Entonces se oyeron aclamaciones.

—Tú mandarás a la caballería. Para jefe de la infantería propongo a Isaac Carbajal. En un tiempo fue débil y la comunidad lo acusó de amarillo, pero ha demostrado que nos equivocamos. Ha cumplido fielmente todas las tareas que la comunidad le encomendó. Es también hombre de armas. El conducirá a nuestra gente de a pie. ¿Aceptas?

—Acepto —contestó Carbajal, con un nudo en la garganta.

—Si flaqueas, los nietos de los nietos de tus nietos vivirán con la cabeza gacha.

—No flaquearé.

—Primitivo Rodríguez, Wistozorro, queda nombrado jefe de la caballería. Isaac Carbajal queda nombrado jefe de la infantería. A partir de ahora tienen poder de vida o muerte sobre toda la comunidad. ¡Sea!

Magnífico, enorme Wistozorro; crispado Carbajal, avanzaron. Wistozorro miró desafiante.

—Yanacochanos, ustedes me han nombrado jefe. ¡Esto no es juego! La comunidad saldrá a las doce de la noche. ¡*Jajayllas*! El pueblo se dividirá en grupos de treinta. Yo iré delante con veinte jinetes. Jorge Ortiz me seguirá con otros veinte y Nicéforo Rueda con otros veinte. Avanzaremos separados por cincuenta metros; ustedes nos seguirán. ¡Yo iré delante!

Se carcajeó.

—Si hay peligro yo avisaré con la luz de mi linterna. Tres toques indicarán peligro. Ustedes se desparramarán y se tirarán al suelo. Si hay tiros, los licenciados rodearán el lugar donde brilla el fogonazo. Ellos saben.

Rio otra vez.

—Con la linterna ordenaré las partidas y los descansos. Un toque largo y dos cortos indicarán partida, dos toques largos descanso. Amaneciendo llegaremos.

—¡Así será! —dijo Agapito Robles—. El pueblo nos seguirá por tres caminos: por Cachapunco, por Punhuaypunta y por Chagamachay. Delante irá san Juan de Yanacocha. Nuestro santo tiene seis mantos. ¡Llevará los seis!

—Se cumplirá —dijo Wistozorro.

Por tercera vez sonó su carcajada.

—¡Ladrones, grandísimos hijos de puta, aproxímense!

El Borrado —un hombre con la cara totalmente desfigurada por las huellas de la viruela—, Segismundo Hereña, un flaco que se desplazaba velozmente a pesar de su cojera, y Santón Julca, así nombrado porque usaba exageradas muestras de piedad religiosa, salieron debajo de los aleros.

Wistozorro se carcajeó de nuevo.

—¡Yo los llamé! Hace un año que la comunidad expulsó a estos malos elementos. La comunidad les prohibió vivir en sus tierras. Yo los he llamado.

—¡Presenre! —dijo el Barrado, can dignidad.

—¡Esto no es juego! Mañana podemos morir. El pueblo necesita a todos sus hijos, incluso a los que perjudicaron. Ustedes son hábiles. ¿Ustedes tienen armas?

—Tenemos —dijo el Borrado.

—¿Cuántas?

—Una docena.

—¿Cooperarán?

—Cooperaremos.

La carcajada de Wistozorro se burló, de nuevo, del temor, de los ladrones, de la noche.

—¡Esto no es juego! El exsargento Federico Falcón establecerá un servicio de vigías. El avisará cualquier peligro. Caminen

tranquilos. Falcón dispondrá su gente en las cumbres y en las cuevas. Establecerá centinelas en la cueva Yanarumi. En caso de emergencia encenderán un fuego. Se verá desde la cueva de Wiscamachay y el fuego de Wiscamachay se verá desde la cueva Yurajirca y la candela de Yurajirca se distinguirá desde Cruzjirca. ¡Aunque llueva se verán las fogatas! ¡Vayan ahora a sus casas a preparar sus fiambres! La campana los llamará a las doce de la noche. Los retrasados pagarán una multa.

Se dispersaban cuando por el jirón San Pedro surgió un jinete. Saludando ostentosamente desmontó un mocetón imberbe.

—¡Paz a los valerosos comuneros de Yanacocha! —gritó Simeón Barda.

Era hijo de Sebastián Barda, hermano de Pepita Barda de Montenegro.

—Los caminos están cerrados. ¿Cómo llegaste? —preguntó Wistozorro.

—Por la subida de Runtupuyo.

—¿El camino de Runtupuyo está libre?

—Está libre, señor.

—¿Qué quieres, hijo del diablo? —gritó Estefanía Morales, colérica.

—¡Saludo a la invencible comunidad de Yanacocha!

Se inclinó. Estefanía Morales se confundió. No esperaba la reverencia.

—Sebastián Barda, mi padre, saluda a la comunidad de Yanacocha. El sabe que amaneciendo ustedes se posesionarán de Huarautambo. Nadie detendrá a la poderosa comunidad. ¡Suplica que no se lleven su ganado! El también es pobre. Su hermana lo ha hecho sufrir. Ustedes son testigos. El Juez Montenegro lo despojó. El debía ser dueño. En el tiempo en que corría ni siquiera podía usar el agua del río Huarautambo. ¡Sebastián Barda, mi padre, por boca pide perdón para su ganado!

—¿Cómo sabe que mañana recuperaremos nuestras tierras?

—Sabe.

—Puede denunciarnos.

—No vengo a denunciar sino a suplicar. Mi padre nunca abusó. Suplica que le dejen un poco de tierra y su ganado.

—Es verdad —admitió Felicio de la Vega—. Su padre nunca

atropelló.

—¡No podía atropellar! Un blanco es bueno solo cuando no puede ser malo —gritó Estefanía Morales.

—Las autoridades resolverán, Estefanía. ¿Qué piensas, personero?

—Es cierto que su padre nunca ha abusado. Merece que respetemos su ganado —sentenció Agapito.

—¡Gracias a la generosa comunidad de Yanacocha!

El joven Barda se inclinó. Saludó de nuevo y se alejó.

—¿Cómo sabe Sebastián Barda que mañana invadiremos Huarautambo? ¿Alguien ha hablado?

—Si alguien nos ha traicionado nos esperará la Guardia Civil —dijo Wistozorro.

—¡Nos han traicionado! El subprefecto Valerio y las demás autoridades conocen que mañana recuperaremos Huarautambo. No han actuado únicamente para sorprendernos en tierra ajena y masacrarnos —dijo Isaac Carbajal.

—¡Con razón Magno Valle está tan insolente!

Y recordaron la sonrisita con que el compadre del Juez —retenido en su casa por orden de las autoridades— acogía las disposiciones de la Junta Comunal.

—Suceda lo que suceda, es demasiado tarde para retroceder—concluyó Agapito Robles—. ¡Preparen las banderas!

31. Donde sale a la luz cómo Yanacocha acabó con el negocio de los malandrines

El pueblo comenzó a preparar las banderas. Los niños escandalizaban. Pero Agapito era terminante: «Quiero que todos los niños, absolutamente todos, asistan a la caída de Huarautambo para que les cuenten a sus nietos cómo nos libertamos de los hacendados. Quiero que digan: Yo vi acabarse la gran hacienda Huarautambo». Una delegación de ancianos visitó la personería. Ellos también querían asistir. «Nos falta poco por vivir y queremos ver el fin de nuestra esclavitud». Se consultó a Agapito: el personero aprobó. Prepararon las angarillas donde viajarían los enfermos.

Los delegados comunicaron el «sin novedad» de todos los anexos.

—¡Vamos a la escuela! —ordenó Agapito.

Veinticuatro delegados lo siguieron, se repartieron en el salón. Agapito se sentó en el pupitre del señor Vento y dijo: «¡Preguntemos a la coca si Yanacocha triunfará!». Comenzaron a masticar en silencio. Mascaron y mascaron. A las once de la noche Agapito los exhortó:

—Hablen sin miedo. ¿Qué dicen sus cocas? ¿Triunfaremos o fracasaremos? ¿Hay que avanzar o retroceder?

—Mi coca es dulce. ¡Triunfaremos! —informó el presidente Isaac Carbajal.

—Mi coca también es dulce —dijo Eliseo Carbajal.

—Mi coca avisa triunfo —dijo Wistozorro con los ojos chispeantes.

—Mi coca anuncia peligro —dijo Cipriano Guadalupe.

—Habrá muertos —anunció Nicolás Soto.

Diecinueve dijeron «la coca aprueba»; cinco comunicaron que la coca presagiaba desgracia.

—¡Don Raymundo! —gritó Agapito Robles.

Reclinado en el quicio de la puerta, con la ropa increíblemente polvorienta, el difunto Raymundo Herrera sonreía mostrando triunfalmente los dos pedazos de soga de llama que amarraron las

yertas manos de Muelas, el día de su entierro, en la cárcel de Huánuco. El reglamento exige enterrar los cadáveres de los presos con las manos amarradas. Así prevé la posibilidad de que alguien escape simulando la muerte. «No quiero que me amarren las manos, Agapito. Por favor, pídeles que no me maniaten las manos. Sin manos, ¿cómo encontraré mis huesos el día del Juicio Final?», sollozaba Muelas, sudando de terror, en su agonía. Agapito escondía ese pavor: morir a manos de la Guardia Civil y ser enterrado con las manos amarradas. ¡Don Raymundo Herrera agitó las sogas! ¡Más allá no se toleraban ataduras! La cara del viejo adquirió la gravedad que usaba cuando se proponía advertir. Pronunció algo confuso y se disolvió.

—¿Estás bien, Agapito? —preguntó Isaac Carbajal.

—Estoy bien —murmuró Agapito, saliendo sudoroso de su sueño.

—Son las doce —dijo Isaac.

—¡Toquen la campana! —ordenó el personero.

Las campanas repicaron, Yanacocha comenzó a salir de las casas. Cada hombre, cada mujer, cada niño conocía su emplazamiento. El gentío llenó la plaza. Los perros gemían. Un niño comenzó a llorar.

—Que salgan los vigías —ordenó Isaac Carbajal.

Llegaban los caseríos. Desde una, desde cinco, desde diez leguas los caseríos penetraron en la plaza, en silencio, tras sus banderas y sus delegados. Oliendo perros desconocidos los perros de Yanacocha ladraron nerviosos. Entraron cien almas de Virgen de Fátima; luego trescientas almas de Racre; luego doscientas almas de Tambochaca; luego trescientas almas de Collas; luego quinientas almas de San Juan de Tingo; luego trescientas almas de San Juan de Baños de Rabí; luego cuatrocientas almas de San Juan de Huachos; luego quinientas almas de Santiago Pampa; luego quinientas almas de Pomayaros; luego los pocos llameros de Yanaramona y Jupaicocha donde casi no viven cristianos porque en invierno o en verano nieva. Llegando a la plaza, se postraron ante san Juan de Yanacocha, que marcharía con las autoridades.

—¿Grupos listos? —preguntó Agapito Robles.

—Grupos listos, personero —informó Isaac Carbajal.

—¡En marcha! —gritó Wistozorro. Y tocó el silbato.

La multitud se dividió en tres columnas. La gente de a pie

avanzó hacia el portón de Parnamachay. Los que conducían las tropas de ganado avanzaron hacia el portón de Huajoruyuc; la gente montada, de pelea, la que caería, avanzó hacia el portón de Ayohuilca. Los caseríos marchaban por su cuenta. La gente de Shinguay seguía al viejo Hilario Román. Pumacucho seguía al maestro Julio Carbajal. Racre y Fátima cruzaron el puente detrás de la tranquilidad del exsargento Federico Falcón. Collas ganaba la punta Altomachay tras la prudencia del excabo Circuncisión Robles. El exsargento Miguel Valle, lugarteniente de Wistozorro, guiaba a Machaycueva. Avanzaron por los caminos resbaladizos de bosta. Cada treinta minutos un toque largo de linternas de pilas de Wistozorro autorizaba un descanso de quince minutos. Los jefes de destacamento aprovechaban para contar a su gente. Wistozorro encendió y apagó la linterna: tres toques breves. Serían las cinco cuando divisaron el tejado de la casa-hacienda de Huarautambo. ¡Ese era el domicilio de los insomnios, el nido de las órdenes, el depósito de la desesperación! Detrás de esos muros, al fondo de esos corredores, en habitaciones tapizadas por alfombras o por vegetaciones nefandas, vivía el hombre que había modificado el tiempo. De esa casa había brotado la orden de inmovilizar los años. Desde esas altaneras torres una voz había exigido y obtenido la obediencia de los santos. En el patio de esa hacienda en cuyos salones valsaron generaciones de hacendados, Héctor, el Nictálope, había balaceado inútilmente la impavidez de un hombre invulnerable. Distinguieron la cancha Moyopampa donde Juan, el Sordo, erigió su larguísimo muro, los patios donde la melancolía de doña Pepita Montenegro desovillaba sus inacabables fiestas. En la lejanía distinguieron la corriente fallecida del exrío Huarautambo y las siete excataratas colgadas de los peldaños sin espuma. Por el sendero de Chauchac apareció san Juan de Yanacocha escoltado por la Junta Directiva.

—Isaac —dijo Agapito Robles—, si caigo toma el mando.

—¿Y si yo caigo?

—Wistozorro.

—¿Y si Wistozorro cae?

—Cipriano Guadalupe.

Wistozorro despreció todo presentimiento y se rio.

—¡Les prometo una pachamanca con carnero fino! ¡Chacancuda!

—llamó.

Así apodaban a Máximo Robles. Poco hablaba. Raras veces intervenía en las reuniones comunales, pero siempre se ofrecía como voluntario para las misiones peligrosas. Él y Constantino Lucas eran los mensajeros de la comunidad. Vivían caminando. Debajo de sus ponchos escondían los oficios y las comunicaciones. ¡Misiones peligrosísimas!

—Presente.

—Toque la campana.

Era el aviso para los peones comprometidos en Huarautambo. Bernardo Chacón y Sebastián Albino habían logrado convencer a una docena de colonos, pero la mayoría —incluso muchos que hacía poco habían conocido el cepo de la hacienda— se negaba a participar en la rebelión. El menudo Chacancuda avanzó escondiéndose en las rocas que solo lo protegerían hasta la llanura.

Las banderas de Collas, Charquicancha y Tambochaca descendían por la otra banda. Ellos también esperaban las campanadas. Chacancuda bordeó el lago, cruzó la pampa, pegándose a las tapias, entró en la placita, subió los escalones del campanario. Sintió el aire helado, distinguió el río inmóvil, conjeturó a la muchedumbre ansiosa que aguardaba en la neblina; el corazón le saltó. ¡No había badajo! Alguien que conocía que la campanada sería la señal de la invasión de la hacienda había extraído el badajo. Amanecía. En los corrales, bajo los molles, distinguió armados. Sudó. Maldijo las instrucciones de Wistozorro, que todo lo había confiado al aviso de una campana sin badajo. Los armados de la hacienda avanzaron hacia la plaza. Afiebrado, pisando excrementos, Chacancuda bajó la escalera, entreabrió la puerta. Cogió una piedra, subió y golpeó desesperadamente la campana. Tocó alegría, tocó alarma, tocó reunión. Desde el campanario miró salir de sus casas a los peones comprometidos, a los pueblos descendiendo por las laderas y el despliegue de los armados de la hacienda. El Chuto Ildefonso se volvió hacia las lomas por donde bajaba la gritería de la comunidad detrás de sus banderas.

El Primer Caporal trotó en un muro arzonado de plata. Treinta armados lo siguieron al galope. Se lanzaron contra los primeros rebaños de ovejas. Rompieron las majadas, se detuvieron al extremo

de la pampa. Por el otro extremo el Pacho Ildefonso y otros treinta armados de la hacienda se desplegaron. El Chuto gritó:

—¡Miren bien lo que hacen, ladrones! ¡Agapito Robles, no te ocultes!

Los fusiles de los hombres del Chuto y del Pacho Ildefonso convergieron sobre el poncho del personero. El Chuto gritó:

—Muchas veces los caminantes anunciaron tu deseable muerte, indeseable Agapito Robles. ¡Mentiras inventadas por tu astucia! ¡Has engañado al mundo, pero ahora tropezaste con el Chuto Ildefonso!

—Aquí estoy.

El Chuto avanzó. El sol le buriló una indefinible majestad.

—Agapito Robles, tú no eres como los infelices que te siguen. Tú conoces el mundo. Estos desgraciados solo piensan en comer. ¡Mira cómo se apropian con los ojos del ganado! Tú eres jefe: piensa en lo que haces. Apoderándote de la tierra por la violencia trastornas al mundo. En el mundo siempre rigió un orden: arriba los que deben estar arriba y abajo los que deben estar abajo, pero los de arriba velan por los de abajo. Tú quieres trastocarlo todo. Si te apoderas de esta tierra por la fuerza el mundo cambiará.

—Por gusto hablas. ¡Apártate, sirviente!

—¡No entrarán gratis! ¡Pacho, saca la ametralladora! Agapito Robles: antes de que te mande a reunirte con tu parentela debajo de la tierra, reflexiona: el orden es como la virginidad de la mujer: no se recupera. Estás cambiando el mundo. ¿Conoces el final de este camino? ¿Quién te dice que en tu vejez no llorarás este yerro y recordando esta hora te golpearás contra las paredes la cabeza canosa gritando «¡El Chutó tenía razón!».

Le contestó la carcajada de Wistozorro.

—¡Chuto lameculo, te doy la oportunidad de ingresar en la comunidad! Si ahora mismo sueltas tus armas y te arrodillas para suplicar el perdón de la noble Yanacocha, te permitiremos conservar tus pastos y tus cultivos. ¡No se te cobrará lo que debe tu alma negra!

El Chuto bufó. Por sus narices comenzó a salir humo.

—Zorro mañoso hasta con tus parientes, desmonta y pelea.

—¡Acepto! ¡*Jajayllas*!

—¡Pelea a látigo si eres hombre! —aulló el Chuto.

—¡A látigo te sacaré el cuero, sirviente! ¡*Jajayllas*! No soy uno de esos desdichados viajeros que te acostumbraste a asaltar en este camino. ¡Alma negra: madres canosas y esposas infelices esperan a esos hombres que te encontraron para su desgracia! ¡*Jajayllas*!

El Chuto aumentaba. El Chuto chasqueó su reata sobre una piedra. Los añicos saltaron sobre la multitud. Wistozorro se carcajeó, pero su cara se demacraba.

—¡Zorro engañador: no se trata de aprovechar de las mujeres ni de robar en las cocinas!

El látigo del Chuto Ildefonso rajó otra piedra. Los sichas volaron despavoridos.

El humo que salía de las narices del Chuto escondió su cuerpo macizo, su mirada despectiva, las sonrisas burlonas de sus hombres. ¡*Jajayllas!,* gritó Wistozorro, pero en su voz los yanacochanos percibieron temor. El Chuto desapareció en el humo. La noche cubrió a la multitud. En las tinieblas los yanacochanos oyeron gritos y un aullido de Wistozorro. El látigo del Chuto lo había alcanzado. Los yanacochanos empavorecidos sentían restallar azotes en lo negro. El Chuto también aulló. Los contendores se movían, eludían los latigazos, se agachaban en la oscuridad. De tiempo en tiempo se oía el ¡*Jajayllas*! de Wistozorro o los bufidos del Chuto. Una hora de pelea llevaban cuando sintieron debilitarse los insultos de Wistozorro. La carcajada del Chuto acompañaba ahora el chasquido de sus latigazos. El Chuto gritó, el Chuto calló, Wistozorro gritó. Otra hora transcurrió. De pronto sintieron un ¡*Jajayllas*! victorioso y una lluvia de cuero castigando un cuerpo. El humo se disipó. El Chuto yacía por tierra. Pero se levantó.

—¡Ahora! —gritó Wistozorro.

Saltó. En el aire cambió de dirección y cayó sobre una roca. Tenía el sol en la espalda. Wistozorro atacó. Bajo la tempestad de latigazos el Chuto logró esconderse en los restos de la humareda. Pero el látigo de Wistozorro no cejó. Bañados de sangre siguieron combatiendo. El Chuto cayó de nuevo. Con esfuerzo se tambaleó. La multitud aulló. El Chuto miró a Wistozorro. En su cara hinchada titiló el terror. Wistozorro atacó. El Chuto cayó de rodillas, trató de protegerse la cara con las manos ensangrentadas.

—¡No me mates! ¡Yo también tengo hijos! —suplicó.

—¡Acábalo! —gritó Estefanía Morales.

Las mujeres circundaron al Chuto con piedras listas para lapidarlo.

—¡No! —gritó Wistozorro.

—¿Qué se perderá con su muerte?

—Te prohíbo que lo acabes. ¿Me oyes, Estefanía Morales? El Chuto ha peleado como un hombre.

—Morirá como perro —gritó la vieja.

—No lo toquen —ordenó Agapito Robles.

Se colocó delante del Chuto caído. El Pacho y sus hombres escapaban buscando el refugio de la casa-hacienda. Sangre nueva se mezclaba con sangre vieja en el rostro del Chuto, pero aún así rio.

—El Pacho está sacando la ametralladora. ¡Avancen si pueden!

Agapito, Wistozorro y Cipriano Guadalupe avanzaron hacia la plaza. La multitud los siguió cantando. El Pacho y sus fusileros recuperados por el aguardiente bloquearon la entrada. El canto aumentó. Se tornó tan poderoso que hizo temblar las manos de los fusileros.

—¡Soy inocente! ¡He venido obligado! —gritó el Pacho, que en el invencible canto percibía la cólera, la lapidación, la derrota. Se arrodilló.

—¡Perdoncito!

Los fusileros arrojaron sus armas y se arrodillaron. Sin rozarlos Agapito Robles y el canto siguieron hacia la plaza. Por primera vez en generaciones, forasteros ingresaban sin permiso. El canto rodeó la escuela, la iglesia, los depósitos, los almacenes. El sol fulguró sobre los candados enormes que clausuraban la escuela y la iglesia. Agapito Robles se agachó, recogió un puñado de tierra, se restregó la cara. De pronto se tiró sobre el campo y se revolcó gritando:

—¡Posesión, posesión, posesión!

El canto incluyó el cielo azul, la nieve remota, la indiferencia del lago, el asombro de los rebaños.

Se levantó y gritó:

—En nombre de la comunidad de Yanacocha declaro a Huarautambo libre e independiente por la voluntad general de los pueblos y la justicia de su causa que Dios defiende.

Eran las mismas palabras con que el Libertador San Martín declaró la libertad del Perú en 1821. Las célebres frases habían demorado 141 años para sonar en Huarautambo.

El canto se hizo tan excesivo que los muros de piedra de la casa-hacienda comenzaron a temblar.

—¡Victoria, victoria!

—¡Huarautambo ha caído!

—¡Muerte al Juez!

—¡Victoria, victoria, victoria!

El personero avanzó hacia donde Bernardo Chacón esperaba con los colonos comprometidos. No se atrevían a acercarse. En la torre repicó la campana con el badajo repuesto. Federico Falcón encendió la primera sarta de cohetes.

—¡Rompan todos los candados! —ordenó el personero Robles.

Wistozorro avanzó hacia la puerta del legendario calabozo que guardaba el pavor de tantas generaciones. Metió la barreta y lo obligó a saltar.

—¡Victoria, victoria, victoria!

32. Fin de la superstición de que el doctor Montenegro era incapaz de…

Por el camino enmurado de piedra crinada de espinas, en caballos espléndidos, ascendían el doctor Montenegro, doña Pepita, y en bestias menos altaneras el subprefecto Valerio, Arutingo, consejero Chacón, Atala, el capitán Reátegui, el sargento Astocuri y veinte guardias civiles. Bordearon la laguna, entraron en la campiña, atravesaron los sauces, cruzaron el puente, ingresaron en la plaza de Huarautambo.

—¿Dónde están? —preguntó el sargento Astocuri.

—En la pampa —contestó un niño mal cubierto por un taparrabo húmedo. Su brazo flaco sostenía una trucha.

En otro tiempo la pampa se perdía en las estribaciones de la cordillera, pero ahora el lago Huarautambo ocupaba la antigua planicie.

El destacamento se detuvo. Nada agitó el bosque de banderas de la comunidad. Nadie se movió. Los guardias civiles siguieron avanzando. El capitán Reátegui tocó tres veces su silbato. El escuadrón se desplegó. El personero Agapito Robles se acercó impasible. El subprefecto Valerio lo miró.

—¿Quién eres?

Acostumbraba a desconcertar a una persona conocida solicitándole sus señas. Pero Agapito Robles respondió:

—Demasiado bien me conoces, señor Valerio.

El subprefecto Valerio sintió la insolencia del tuteo. Pensó: «Hace tiempo que este cojudo debió morir», pero miró la llanura ennegrecida de sombreros y se contuvo.

—Nombra diez personas caracterizadas para parlamentar

—No es necesario. ¡Hable conmigo!

Otro ramalazo de cólera castigó al subprefecto

—Robles, tú me conoces. Sabes mejor que nadie que soy una autoridad comprensiva. ¿Soy?

Nadie contestó.

—No hablo como la primera autoridad de la provincia sino

como amigo y les aconsejo: ¡salgan por las buenas! Esta hacienda es propiedad privada. Invadir tierras es un delito penado con cinco años de prisión. Pero comprendo la miseria: manda a tu gente desalojar el fundo y te doy mi palabra de honor que me olvidaré de todo. Tú eres prófugo, pero también te respetaré la libertad si te retiras. No te expongas. ¡No te hagas culpable de violencias ni de muertes!

—Señor subprefecto, yo no mando.

—¿Quién manda?

—En nuestro pueblo nadie manda. Las autoridades cumplimos el acuerdo de nuestras asambleas. Yanacocha ha decidido recuperar la tierra. Yo cumplo. No invadimos tierra ajena: recuperamos. Estas tierras nos pertenecen desde 1705. Si yo les ordenara que se retirasen ahora mismo dejaría de ser autoridad.

—Hablo por experiencia, Robles. Yo tengo veinte años en el servicio. ¡No se expongan! Una vez que comienzan los tiros nada detiene la violencia. ¿Qué ganó Chinche con su capricho? Igual que ustedes desoyeron las advertencias de las autoridades. La Guardia de Asalto la arrasó de canto a canto. Conmigo las cosas todavía se pueden arreglar por las buenas. ¡Con los uniformados es diferente! ¿Qué decides?

—Pregúntele a la masa, señor.

El subprefecto Valerio les gritó:

—Si no se retiran de las tierras invadidas sus dirigentes serán responsables. Por cada día que usurpen esta propiedad, ellos quedarán un año más en la cárcel. ¡Piensen!

—¡Si las autoridades aceptan un arreglo, las ahorcaremos! —gritó Wistozorro.

—¿Cómo te llamas? —preguntó el subprefecto.

—Primitivo Rodríguez —informó el Chuto Ildefonso.

Agapito saltó sobre un caballo, se paró sobre su montura y preguntó:

—¿Quieren quedarse o quieren irse?

La multitud rugió:

—¡Queremos quedarnos!

—¡Que se vayan!

—¡Abajo Huarautambo!

—¡Muera Montenegro!

—¡Usurpadores! ¡Chupasangres!

—¡Primero morir que abandonar!

Entonces Agapito Robles enloqueció. Desmontó, sacó un pañuelo de colores y comenzó a bailar. Casi isócrono con el cric-crac de los máuseres inició un huayno. Cipriano Guadalupe gritó algo ronco y se enredó en el baile. Estefanía Morales se sumó. En segundos el baile complicó a cientos de hombres. Inaccesible a las advertencias, a los uniformes, a las amenazas, la comunidad íntegra bailaba.

—¡Basta o disparo! —gritó el capitán Reátegui.

La danza se acentuó. Ahora formaban parejas, cambiaban de ritmo, evolucionaban. La polvareda levantada por el zapateo ocultaba el paisaje, los rebaños cercanos, los nevados remotos.

Y ocurrió algo que ningún humano podía concebir: doña Pepita Montenegro comenzó a sollozar. Pareció primero que reía, luego que hipaba, pero pronto fue inocultable: lloraba. Bajaba y alzaba el pecho; las lágrimas chorreaban por su cara avejentada. No hacía una hora que había cruzado el puente altanera, cuando sobrevino ese aguacero insoportable. Sollozaba mascullando palabras incomprensibles, quizás idiomas especiales, lenguas entendidas únicamente por patrones, idioma compuesto de espinas, pura ronquera. Sollozó largo tiempo, luego exclamó con voz cambiada:

—Los comuneros de Yanacocha son malos. Han venido a quitarme mi tierra. He nacido aquí, quiero morir aquí. He trabajado con amor estos campos —se volvió a los peones—; ustedes son ingratos. Yo siempre los traté como hijos.

Los ancianos se emocionaron. Polidoro Leandro se sacó el sombrero. Bernardo Chacón y Sebastián Albino se descubrieron.

—Si me he excedido, ¡perdónenme! Nunca más cometeré abusos. Nunca se volverá a oír quejas en Huarautambo. Déjenme la tierra. ¡Perdónenme! El corazón se me rompe. No me quiero ir. ¿A dónde iré? Quizás existen tierras calientes, lugares de amoroso clima donde crecen flores y frutas, pero yo no sé vivir sin la nieve y los vientos. ¿Cómo me despertaré sin oír el canto del sicha? ¿Beberé agua extranjera? ¿Qué sabor tendrá la papa que comeré? ¿Será amusqueña? No me boten. Todo cambiará. ¡Lo juro por san Juan de Yanacocha!

Besó el manto rojo ribeteado de plata del santo.

El capitán Reátegui, el sargento Astocuri y los guardias civiles

miraban los cerros; el subprefecto Valerio, como ante un duelo, se colocó el sombrero sobre el pecho; Consejero Chacón, Arutingo, Atala rindieron la cabeza palidísimos.

—Señor Robles… —balbuceó el doctor Montenegro. Pero algo descubriría en los ojos del personero porque se volvió a sus colonos.

—¡No tengo hijos! Dios no me ha favorecido. ¡No tengo herederos! Estas tierras no pertenecen a Yanacocha. Son mías y yo se las dejaré a ustedes… Los nombro mis herederos. Mañana redactaré el testamento. Si quieren esta tarde…

La fatiga o la vejez demolían su soberbia.

—Yo he tenido diferencias con ustedes, pero eran diferencias de vecinos —se llevó la mano al corazón—. Yo los tengo aquí. No se dejen engañar por los comuneros de Yanacocha.

Lo interrumpió el sollozo de doña Pepita.

—¡No me boten! ¡Déjenme morir aquí! Me quedaré de invitada, si quieren de sirvienta, pero no me arrojen de la tierra donde nací. Si dejan a las espinas y a los cactus, ¿por qué no a mí?

—Es cierto —balbuceó Hilario Román—. ¡Hasta la espina existe!

—Ocuparé un rincón, dormiré en la cocina. ¡Déjenme acabar mi vejez en Huarautambo!

—¡Niñita!

Los colonos de Huarautambo comenzaron, ellos también, a sollozar. El Juez Montenegro prosiguió:

—Agapito Robles me bota, pero luego los botará a ustedes. El será el nuevo patrón, pero ¿los protegerá como yo? ¿Qué esconde su astuto corazón? ¿Cómo actuará cuando sea hacendado?

Levantó la cabeza.

—¡Declaro libre al pueblo de Huarautambo!

—Doctor… —dijo Leandro con los ojos llenos de lágrimas—. ¡Doctorcito!

—¡Ese hombre miente! —gritó el personero Robles.

—¡No miento! ¡Ahora mismo los nombro mis herederos! ¡Por escrito!

Los huarotambinos vacilaron.

—Yo no viviré mucho y cuando muera les dejaré mis tierras, mis casas, mis ganados. Nosotros solo nos quedaremos los pocos años que nos quedan por vivir.

—¡No! —gritó Agapito—. ¡No aceptamos! Nosotros no recibimos

esta tierra como regalo. ¡Recuperamos lo que nos pertenece! Peones desmemoriados: este hombre miente. Ahora se hace el humilde, pero si lo perdonan volverá con la Guardia de Asalto. ¡Defínanse! ¿Quieren quedarse o irse?

—¡Queremos quedarnos!

—¡Nunca nos iremos!

—¡Tierra o muerte!

—¿Qué pasa si les ordeno retirarse?

—¡Te ahorcaremos!

—¿Se moverán de aquí?

—¡Nunca nos moveremos!

—¿Quién es el propietario de Huarautambo?

—¡Yanacocha!

—Comuneros… —murmuró el doctor Montenegro.

Lo interrumpió la carcajada de Wistozorro. ¡Una carcajada tan violenta que asustó a los caballos! El Juez palideció. Y algo cedió en ese instante en su pecho porque una lágrima le brilló en el ojo. La lágrima titiló en su pestaña, rodó por el pómulo. Un ventarrón la sopló hacia la laguna. Y cuando esa lágrima, la única que el Juez Montenegro derramaría en el mundo, la tocó, el agua se erizó.

—¡El río! —gritó Isaac Carbajal.

Las soñolientas aguas de la laguna Huarautambo se retorcían, se revolcaban, se desesperaban como presas de un inconcebible cólico. Primero con torpeza, luego con premura, después ahogándose, la nefanda inmovilidad acuática ondeó en busca del cauce del río desaparecido. Como un ciego que sorpresivamente recupera la visión, el agua parpadeó, tropezó, retrocedió, se irguió *y* por fin —tanteando el olvidado lecho del río Huarautambo— se desbocó hacia el desfiladero por donde acababa de subir a caballo el escuadrón de la 21a Comandancia. La correntada derribó todo lo que se oponía a su prisa. En el horizonte aparecieron tres embarcaciones cargadas de refuerzos policiales: El Valiente de Tapuc, La Pepita *y* El Huáscar. El descenso súbito de la laguna los sorprendió en medio de la travesía. El vértigo de las aguas que dejaban vacío el lecho de la antigua laguna levantó las lanchas, las bajó, las volvió a levantar, las volcó. La Pepita, a duras penas, logró recostarse contra un flanco del monte Pucacaca. Más le hubiera valido naufragar al aterrado escuadrón. Porque instantes después

las siete excataratas que colgaban difuntas desde hacía tanto tiempo crujieron, se resquebrajaron y se despeñaron vistiendo de nuevo de espuma los andenes de piedra: en su recobrado furor desaparecieron los uniformados. En segundos, el río Huarautambo engordó: pasó arrastrando troncos, botes despedazados, animales que no huyeron a tiempo, guardias civiles ahogados. Días más tarde pasarían los muertos de otro tiempo.

El aire arrebató el sombrero del doctor Montenegro. Nadie nunca lo había visto sin sombrero. Asombrados contemplaron su cabeza cana y comprendieron que el tiempo nunca en verdad se había detenido. ¡Los ríos corrían y el doctor Montenegro envejecía!

—¡Alegría! —gritó Agapito Robles.

Inició otra danza.

—¡Alto o disparo! —gritó el capitán Reátegui.

—¡Alegría! —aulló Chacancuda zapateando un huayno que en instantes congregó a cientos, a miles de hombres en un trompo de luz que giraba anulando toda intimidación, todo peligro, todo parlamento.

—¡Se han vuelto locos! —gritó el capitán Reátegui ahora demacrado.

El Juez Montenegro miró a la comunidad que avanzaba danzando hacia las tierras descubiertas por el retroceso del lago y empequeñeció en su silla. Bruscamente quebró rienda y se lanzó al galope seguido por el consejero Chacón, Arutingo y Ángel Montenegro.

—¡Comuneros —gritó el capitán Reátegui—, si no se retiran ahora mismo abro fuego!

Estefanía Morales recogió una piedra.

—¡Aquí moriremos! —gritó.

33. Del sitio y la hora en donde de mala manera acabar quisieron con Agapito Robles

Cipriano Soto se acarició el lobanillo morado de la oreja. Era alto, tartamudo y tímido.

—Ya voy.

—Ojalá llegues antes que la Guardia de Asalto.

A Cipriano Soto se le cortó la pachorra.

—¿A dónde voy?

—Entra directamente al dormitorio de la señora.

¡Un mundo en añicos! Ni en sueños Cipriano Soto imaginó que Yanacocha se apoderaría de Huarautambo. Un pueblo de casuchas construidas por la comunidad bordeaba ahora el río. Yanacocha seguía en Huarautambo. Más: la comunidad construía la capilla prometida a su patrón san Juan. A solo quinientos metros de la casa-hacienda donde los Montenegro rumiaban su impotencia la comunidad techaba la capillita. Peor: todos los días celebraban su victoria con pachamancas y bailes que consumían abundancias por cuyo origen nadie se interesaba. Wistozorro había iniciado la costumbre sacrificando el ganado confiscado a los amarillos y a los cobardes. Wistozorro impuso multas a todos los que el día de la recuperación no se presentaron al llamado de la comunidad y a los que durante la lucha mostraron debilidad, desconfianza o cobardía. El viejo Magno Valle, compadre del Juez Montenegro que la víspera huyó a su estancia en la cordillera gritando «¡Ni con Dios, ni con el diablo!», fue azotado en la Plaza de Armas de Yanacocha. La mañana de la recuperación diez comuneros que se mostraron débiles fueron castigados en la plaza de Huarautambo. Wistozorro ordenó que a cada sancionado se le decomisara una oveja. Todas fueron sacrificadas para la primera pachamanca.

Las multas que recayeron sobre centinelas descuidados se tradujeron también en otros tantos festines.

—¿Al dormitorio? —preguntó Soto estupefacto. En sus cuarenta años jamás había visto a un peón en las habitaciones de los patrones.

—¿Tiene lobanillos y no tiene orejas? —se burló el Chuto.

Cipriano Soto cruzó el patio, ingresó en la casahacienda. El Pacho Ildefonso lo guio por un larguísimo corredor. En un sillón, majestuosa, enlutada, inmune al resplandor del sol irritado con el desafío de los diez anillos de oro y plata que lucían sus manos regordetas, doña Pepita Montenegro esperaba.

—Pasa, Cipriano. Siéntate.

—Aquí nomás, señora.

—Siéntate te digo.

Su voz ya no era el debilitado murmullo de la hacendada abatida por el llanto. La severidad blindaba, de nuevo, su rostro moreno. Lo miró.

—Tú naciste en Huarautambo, Cipriano. Tus abuelos, tus padres y tú nos han servido fielmente. ¡No hay queja contra los Soto!

—Gracias, señora.

Doña Pepita rio.

—Este hijo de puta de Robles cree que saldrá adelante con su pendejada. Déjalo que goce sus últimos días. No te preocupes. La Guardia de Asalto está en camino. ¡Pronto bailaré sobre la sangre de Agapito y sobre las tripas de todos los hijos de puta que me muerden la mano con que los alimenté!

Los ojos de Cipriano Soto no resistían el relámpago de los anillos.

—El doctor Montenegro tiene un defecto: es demasiado bueno. Yo, no. Mi paciencia tiene límite. Los cholos de Yanacocha ya lo cruzaron. Pronto la Guardia de Asalto barrerá a esos mierdas. No quedará uno ni para muestra.

Pero no quiero que maten a todos: quiero salvar a los buenos servidores. Tú siempre fuiste leal, Cipriano. ¿Te faltó algo alguna vez?

—No, señora.

—¿Te han faltado el respeto?

—No, señora.

—¿Estás conmigo o con la comunidad?

—Yo no me meto, señora.

—¿Cuántos hijos tienes?

—Ocho, señora.

—¿Tú crees que un mierda como Agapito vencerá a un juez que

abre y cierra las cárceles?

—No, señora.

—¿Con quién estás, entonces?

—Tengo demasiada familia, patrona. Yo… yo… yo no estoy con la comunidad.

—Haces bien, Cipriano. Yo te voy a auxiliar. Ahora mismo te regalaré frazadas, semillas y pellones. Hoy mismo te escrituraré el doble de la tierra que tienes. ¿Cuántos caballos tienes?

—Uno, niña.

—Ahora tienes tres.

—Gracias, niña.

—Pero me tendrás que dar una prueba de tu lealtad.

—¿Qué prueba, niña?

—Matar a Agapito Robles.

—¿Qué dices, niña?

—No pasará nada, Cipriano. ¡Absolutamente nada!

—¿Y si no puedo?

Doña Pepita se acarició los dedos fulgurantes. Su rostro aceituna emanaba una majestad superior a la de las aureoladas vírgenes de los muros. Soto se estremeció. Esos anillos brillaban en las manos que movieron los meses, que inmovilizaron las fiestas, que transportaron a su gusto santos y autoridades.

—Rebeldes existieron antes en Huarautambo, ¿o no?

—Nunca he matado, señora…

—Ganarás ocho mil soles.

—¿Y si no puedo?

—Podrás, Cipriano.

—Me encarcelarán, señora.

—Por fórmula. El doctor sentenciará que fue una riña y saldrás después. ¡Con tierra y con dinero!

—¿Y si no puedo?

—Yo no quiero gente débil en mi hacienda.

Doña Pepita abrió un cajón de la cómoda, sacó un revólver y rompió por uno de los bordes una caja de cartón. Sobre la mesa se desparramaron las balas. Uno de esos pedacitos de plomo desbarataría el corazón de Agapito Robles. Cipriano Soto comprendió que por más cabalgados que lo escoltaran, el personero ya recogía sus pasos. Nadie se alzaba en vano contra los

hacendados. Agapito moriría de todas maneras. Por su mano o por cualquier otra. Centurias de harapos se sublevaron. Y lo visitó la tentación de tierras y caballos.

—No sé manejar armas —susurró sudando de ambición.

—Es fácil. Mira, así se carga.

Doña Pepita escogió seis cartuchos y cargó el tambor del revólver.

—Cuando muera Agapito volverá la paz. Nadie se acordará de ese desgraciado. Nada te faltará. El doctor y yo veremos por ti.

Soto salió tambaleándose. Agapito Robles le había prometido tierra. ¿Qué tierra? Agapito nunca le daría ninguna. Conjeturó las hogueras. Se caló su gorro de piel. Cerca del río, frente a un fuego, Agapito mordisqueaba carnero asado.

Muy temprano de mañana
Guardia Civil insolente
a Agapito muy valiente
lo llevaron detenido.

«¡Agapito Robles moriría por su mano o por la de la Guardia de Asalto!», pensó Soto. La tropa estaba en camino. Como Rancas, como Chinche, Huarautambo amanecería en llamas.

—No, gracias, Bernardo —dijo Agapito rechazando la botella.

Soto se acercó a la fogata donde el personero se calentaba.

Guadalupe, Bernardo Chacón *y* Carbajal se alejaron. El personero se quedó desamparado bajo las desmesuradas estrellas. Saturnino Palacios, uno de los más viejos de la hacienda, se le acercó. Había necesitado siete noches antes de decidirse a hablarle.

—Personero Robles.

—¿Qué quiere, abuelo?

El viejo se apoyó en un bastón de lloque.

—¿Es cierto que ha terminado nuestra esclavitud?

—Ha acabado, abuelito.

—¿Soy libre?

—Eres libre.

—¿Puedo ir donde quiera?

—Puedes caminar a tu gusto.

—¡Bendito sea Dios!

Sorpresivamente, antes que Robles la retirara, le besó la mano.

El personero retrocedió escandalizado.
—No hagas eso, abuelo. Nunca le beses la mano a nadie.
—¿Me permite, don Agapito?
—¿Qué quieres, Cipriano?
—Quisiera decirle una palabrita.
—¿Qué quieres? —repitió Agapito sobándose la garganta vulnerable.
Cipriano Soto cayó de rodillas, sollozando.
—¡Perdón, don Agapito!
—¿Qué pasa, Cipriano?
—¡Perdóname! La señora Pepita me ha contratado para matarte. Por miedo he aceptado.
Tiró el revólver sobre la hierba.
—¿Cuánto te ofreció?
—Ocho mil soles por ti y cuarenta mil por la muerte de toda la directiva —sollozó Soto—. Pronto estará aquí la Guardia de Asalto. Barrerán con todo. ¡Tú morirás y contigo todos los que se han sublevado contra el Juez!
—¿Por qué no disparaste?
—He visto que los viejos te besan la mano. ¡Perdóname, papacito!
—¿Qué soy yo frente al Juez?
—Perdóname, Agapito. Sentí miedo. Doña Pepita me amenazó con botarme de la hacienda.
—Esa mujer ya no tiene hacienda, Cipriano.
—Estoy con la comunidad, Agapito.
—Te confesarás públicamente. La comunidad juzgará.
—¿Cuándo?
—Ahora mismo.
Agapito Robles tocó un silbato. El gentío acudió gritando. Agapito Robles subió sobre una roca. Las antorchas de los centinelas iluminaban su severidad.
—¡Comuneros: estoy vivo porque Cipriano Soto me ha abierto su corazón! La señora Pepita lo contrató para matarme, pero él no se dejó seducir. Los Montenegro quieren liquidar a toda la directiva. Habla, Cipriano. ¿La señora Pepita te ha alquilado para matarme?
—¡Sí, me ha contratado! Me amenaza con botarme de la hacienda si no te mato.

—¿Cuánto te ha ofrecido?

—Ocho mil soles y tierra nueva.

Se levantó un griterío.

—¡Hay que castigarlos!

—¡Quememos la hacienda!

—Matemos a esa vieja.

—¡Quiero orinar sobre su cajón!

—No hay que matar ni incendiar. Hay que denunciarlos. Cipriano, ¿estás dispuesto?

—Sí.

—¿Ante un notario?

—Sí.

—Cipriano, ¿quieres pertenecer a la hacienda o a la comunidad?

—Quiero pertenecer a Yanacocha.

—A la comunidad se entra bailando. ¡Música!

Los Huamán rompieron a tocar un huayno.

34. De cómo el danzar de Agapito convirtió en día a la noche

Los forasteros que hoy visitan Yanahuanca se asombran del espectáculo de sus casas torcidas, superiores a las de cierta jactanciosa Pisa, dueña de una sola torre inclinada. Temerosos de perecer bajo el inevitable derrumbe de muros tan rendidos, el viajero retrocede. Las carcajadas de los comerciantes premian a los medrosos. Pero hubo un tiempo en que los mismos burlones temblaron en el interior de esas casas que, según los enemigos de Yanahuanca, no se derrumban simplemente debido a la abulia. Todas las casas de la Plaza de Armas, sin exceptuar el Puesto de la Guardia Civil, la Subprefectura, la Municipalidad y las tiendas se doblan hacia sus patios traseros. Los yanahuanquinos sostienen que las casas padecen una tortícolis causada por los olvidos de Simón, el distraído. Así disimulan que sus casas sufren de susto desde el día en que la comunidad de Yanacocha decidió castigar al Juez Montenegro. Porque no bien clareó y Soto se desplomó para dormir la borrachera, la directiva de la comunidad de Yanacocha debatió:

—Opino por quemar la hacienda de canto a canto. Montenegro ensucia nuestras tierras. ¡Opino por acabarlo!

—¡Hay que incendiar Huarautambo y después volar los puentes para impedir que llegue la Guardia de Asalto!

—Opino por denunciarlos a la justicia.

—No me hagas reír.

—Cipriano Soto debe declarar ante un notario que la Montenegro lo contrató para matarnos. ¡Por escrito!

—Siempre que además castiguemos a los Montenegro.

—¿Cómo?

—Hay modos.

—¿Cuáles?

—Esta gente quiere su dinero más que a su vida. ¿Qué tal si expulsamos sus animales?

—¡Eso es! Hay que expulsar hasta el último cuy de esos malditos.

—¡Cuyes, no! Se molestaría doña Añada.

La Junta aprobó la expulsión del ganado de los Montenegro. La noticia fue recibida con aclamaciones. El presidente Carbajal ordenó reunir todo el ganado de Huarautambo. Tropas de vacas, toros, terneros, carneros y cabritos ocultaron la llanura. Alguaciles con órdenes escritas salieron a las estancias cordilleranas. Al día siguiente comenzaron a descender con el ganado. Suponían rico al doctor Montenegro, pero nadie había sospechado ese mundo de ganadería que ahora se perdía de vista en la campiña. Anulando con sus mugidos el novedoso rumor del río Huarautambo, la animalería descendió todo el día. Atardecieron en el camino real. Amaneciendo cruzaron Racre. A mediodía atravesaron el puente de Yanahuanca. Declinaba otra tarde cuando el ganado comenzó a llenar la plaza. Pronto la repletó, destrozó las veredas, rompió los alambrados que protegían los jardines. Medio divertidos, medio asustados, los comerciantes salieron a la puerta de sus tiendas. Los comuneros seguían arreando. El cabo Bejarano no tuvo más remedio que interrumpir la siesta del jefe de Puesto.

—¿Qué pasa?

El cabo Bejarano señaló la ventana. El sargento Astocuri se asomó. Miles de cabezas se apretujaban en la plaza ya incapaz de contenerlas.

—Están locos, mi sargento.

—¡Qué locos ni locos! Esta es otra pendejada del mierda de Robles.

Agapito Robles, jinete ataviado con un rabioso arcoíris de lana, ingresó. Miró el océano de bestias, con dificultad se abrió paso hasta el célebre balcón donde durante treinta años el doctor Montenegro había honrado con su presencia los humildes crepúsculos pueblerinos.

—¡Montenegro *supaypaguagua* —gritó—. ¡Juez hijo del diablo, Yanacocha te trae tu ganado! ¡Hártate con los animales confiscados a las viudas, a los presos sin recursos, a los huérfanos despojados! ¡Mete tus animales en tus patios, en tus cárceles y en las casas de tus compadres *y* alcahuetes! Aquí tienes nuestro sudor. Aquí te traigo la sangre de los muertos. Aquí tienes los años de tus presos. En Huarautambo ya no hay sitio para los animales de las viudas que despojaste, ni puquio para los carneros que les quitaste a los

acusados. ¡Alójalos en tus salas, mételos en tu dormitorio para que mejoren a tu mujer! ¡Huarautambo es libre! ¡Hay sol!

En la Plaza de Armas ya no cabía un cabrito más, pero los alguaciles seguían metiendo animales y Agapito Robles increpando al pie del balcón del caserón que comenzaba a vacilar. Por fin se abrieron las puertas del balcón. El Juez Montenegro miró palidísimo la inacabable pradera que mugía, balaba, berreaba, bufaba, resoplaba.

—Yanacochanos —gimió el doctor Montenegro—, si quieren vengarse, vénguense de los hombres, pero no se ensañen con los animales. ¿Qué culpa tienen estos inocentes?

Doña Pepita se asomó al balcón.

—¡No te rebajes, Paco, a rogarles a estos malditos!

El ganado aumentaba. El caserón de los Montenegro y los edificios de la plaza comenzaron a temblar. El Puesto de la Guardia Civil se arqueó. Los guardias se asomaron al balcón, aterrados. La casa de Ayala y el caserón de Cisneros se doblaron. Las casas de Edmundo Ruiz y del notario Pasión, enemigos declarados, se vieron obligadas a abrazarse. Pero ni los gritos de los comerciantes que juraban su adhesión a la comunidad ni los de los guardias civiles que amenazaban disparar contuvieron la avalancha. Los yanacochanos seguían arreándolos. No encontrando sitio los animales subían unos sobre otros. La colosal presión dobló la fachada de la casa de Lovatón. Los mugidos sofocaban el susto de los comerciantes. En el balcón el Juez gritó algo que no se oyó. La casa de los Cisneros se torció.

Hasta el anochecer los yanacochanos celebraron la victoria. Los Julca carnearon dos magníficos toros sementales. Los asaron en la orilla del rejuvenecido Chaupihuaranga. Se hartaron, luego subieron a Yanacocha a seguir festejando. Los profesores Vento y Soto esperaban con una bienvenida estruendosa. Hacía días que Soto había mandado levantar un arco de triunfo con flores y contratado una banda de música. Por fin, ya oscuro, el camino mostró a los yanacochanos vencedores.

—¡Ahí están! —avisó un alumno.

—¡La campana! —ordenó el maestro. Otro alumno corrió a repicar triunfo.

—¡La Marcha de Banderas!

Es una marcha reservada por la ley al presidente de la República, pero todo le parecía poco al Comité de Recepción. El profesor Vento, Nicolás Soto y los preceptores y los alumnos de las dos escuelas se adelantaron con el estandarte. Vento, maestro de una generación de yanacochanos, vestía el traje azul que reservaba para los aniversarios patrios. Solemne, con la cara colorada, estrechó a Agapito Robles salpicado de estiércol. Inició un discurso que en espera de ese día pulía desde hacía años. Wistozorro entró encabezando una cuadrilla de músicos, borrachos perdidos. Don Eulogio Vento comenzó la perorata: «Señoras y señores: aunque no he venido preparado ni tengo dotes de orador, quisiera…». Pero el estruendo de los cohetes, los gritos de los danzantes, la excitación de los violines, el relincho de los caballos, impidieron escucharlo.

Era solo el comienzo de la celebración. La noche encontró casas iluminadas por una alegría demente. Solo Agapito Robles, que nunca bebía, no se emborrachó. El resto se atracó de carnero asado y de aguardiente que los comerciantes entusiasmados ofrecían sin tasa. Bebieron y danzaron hasta troncharse en las calles. El personero se sentó en un banco de la plaza. Recordó las carcajadas de Cachabotas el día que lo salvó del Andachaca, la mirada dolida de Tupac Katari, los fulgurantes ojos del Ángel de Pumacucho, la cólera del capitán Reátegui, los lagos, las nieves, los páramos que había atravesado —¡tantos años!— antes de llegar a mirar esa luna incomparable. «¡Por fin!», exclamó. Sintió la necesidad de informar a don Raymundo Herrera. Por la calle del Abanderado Minaya subió hacia el cementerio. Sintió que en su paz cabían no solo las estrellas de esa noche sino todas las estrellas que brillarían en los años por venir. Su paz abarcó hasta a los enemigos. ¿Qué enemigos? Ya no tenía enemigos. Hasta por Montenegro sintió amor. Otra vida comenzaría. «Ya voy, don Raymundo», gritó. Al llegar a la cuesta se detuvo. Miró fuego en la cueva de Altomachay. ¡Era la alarma! ¿Soñaba? Cerró los ojos, los volvió a abrir: la señal seguía titilando. Un hombre orinaba contra la tapia de una casa.

—¿Wistozorro?

—¿Qué hay, hermano?

—Alarma, Wistozorro.

Wistozorro se irguió.

—¿No será un error?

—Vamos a la loma.

Wistozorro había ordenado colocar centinelas en todas las alturas desde donde podía avizorarse un avance enemigo. En caso de emergencia los centinelas debían encender fogatas. Wistozorro había previsto todo. Si la noche o la lluvia impedían distinguir las señales, los centinelas prenderían fogatas en cuevas. ¡Un fuego ardía en la cueva Altomachay!

Subieron. En la otra banda parpadeaban inocultables señales.

—La cueva Cruzjirca también advierte.

—Chipipata también avisa —exclamó Agapito Robles señalando el cerro donde las linternas trasmitían mensajes.

—¿Qué dicen?

Wistozorro deletreó.

— *Tro… pa… ar… ma… ría… vie… ne…*

La borrachera se le disipó. Siguió descifrando.

—*Por… Tam… bo… pam… pa… tro… pa… vie… ne…*

—Repite, zorrito.

—*Por… Tam… bo… pam… pa… mu… cha… tro… pa… vie… ne…*

En los eucaliptos crujió el fúnebre canto de la pacapaca. Y entonces, de nuevo, nuestro personero enloqueció. Comenzó a reírse bajito, luego fuerte, más fuerte. Sorpresivamente, se echó el poncho sobre la espalda que tembleteaba con sus carcajadas. Y ante el espanto de Wistozorro inició su baile.

—*¡Wífala, wífala!* —gritó.

El humo de la danza lo envolvió. Ya no se le veía. Su poncho era un torbellino de colores vertiginosos. Sin dejar de bailar, descendió la loma. Como candela pasó chamuscando los eucaliptos. Yo lo vi. Cuidando que su calor no me alcanzara, lo seguí de lejos. Sin piedad por los maizales que devastaba a su paso, sin atender al terror del caballaje que se revolvía piafando en los corrales, ¡*wífala, wífala*!, siguió bajando. Se acercó al pueblo. Los López se percataron entonces de que el pasto de su chacra ardía. Quemó la estancia de Polidoro Quinto. ¡*Wífala*! Calcinó el gigantesco pisonay del patio de los Requis. ¡*Wífala*! Evaporó el agua de la acequia que corre por Altomachay. ¡*Wífala*! Chamuscó la fachada de la Municipalidad. Las llamaradas refilaron la torre de la iglesia: todavía puede verse ennegrecida. Sin querer alcanzó a mi perrito. En las casas donde

festejábamos comenzamos a sudar. Pronto nos sentimos como vecinos del horno de los Lucas. El sofoco se hizo intolerable: nos obligó a salir. ¡Entonces vimos! ¡Toda la quebrada estaba ardiendo! ¡Un zigzag de colores avanzaba incendiando el mundo!



MANUEL SCORZA (Huancavelica, 9 de septiembre de 1928 - Madrid, 27 de noviembre de 1983), poeta peruano de la llamada Generación del 50, entre el compromiso social y la imaginería parasurreal, se dio a conocer en el ámbito internacional con la primera entrega (*Redoble por Rancas*, 1970) de una pentalogía (*La Guerra Silenciosa*, 1970-1979). A lo largo de sus páginas, integradas por *Historia de Garabombo el Invisible*, *El Jinete Insomne*, *Cantar de Agapito Robles* y *La Tumba del Relámpago*, Scorza denuncia las injusticias contra las comunidades indígenas de los Andes, perpetradas por un gobierno alejado de la sierra y unas empresas transnacionales sin escrúpulos.

Falleció en un accidente aéreo que también terminó con la vida de Ángel Rama, uno de los mayores ensayistas y críticos literarios de América Latina.

Notas

[1] Oviedo, José Miguel, «Cantar de Agapito Robles», *World Literature Today*, Vol. 53, 1979, p. 81. < <

[2] Escajadillo, Tomás Gustavo, «Scorza antes de la última batalla», *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, Vol. 4, No. 7/8, 1978, p. 190. < <

[3] Oviedo, *op. cit.*, p. 81; Escajadillo, *op. cit.*, p. 54. < <

[4] Forgues, Roland, *La estrategia mítica de Manuel Scorza*, Lima, CEDER 1991, p. 53. < <

[5] Morana, Mabel, «Función ideológica de la fantasía en las novelas de Manuel Scorza», *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, Vol. 9, No. 17, 1983, p. 180, 191. < <

[6] Subirats, Eduardo, «Las poéticas colonizadas de América Latina», *Crítica y Emancipación*, Año I, No. 1, Buenos Aires, CLACSO, 2008, p. 86; Escajadillo, *op. cit.*, p. 190. < <

[7] Pasolini, Pier Paolo, *Descripciones de descripciones*, Trad. Atilio Pentimalli, Barcelona, Península, 1997, p. 68. <<